

LA 16
LINTERNA
MÁGICA



97
DAD AUTO
CIÓN G

POR
FACUNDO

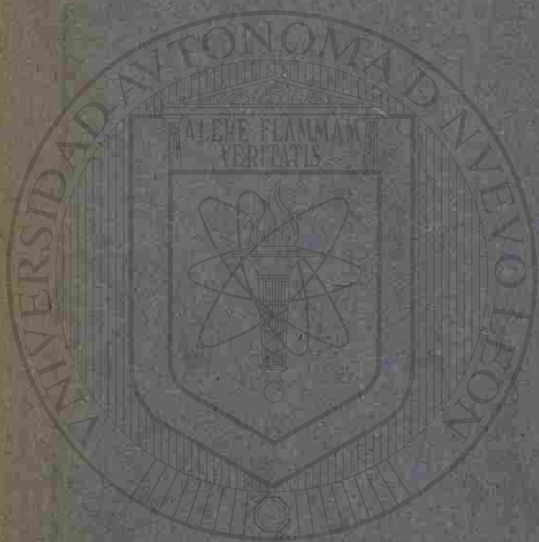
18

PQ729
C77
1889
V. 16
T. 1
C. 1

18



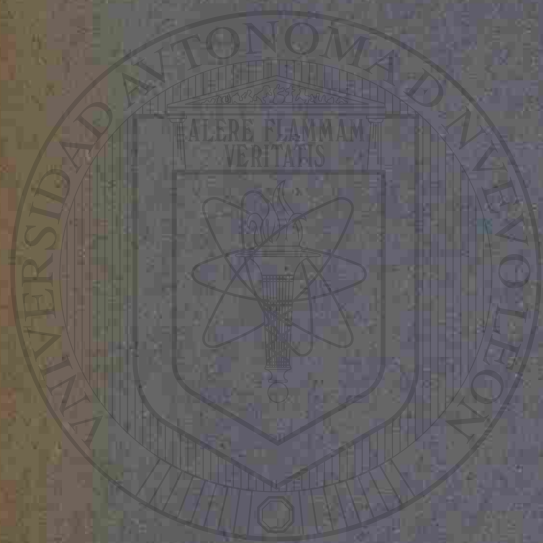
1080042420



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA
LINTERNA MÁGICA

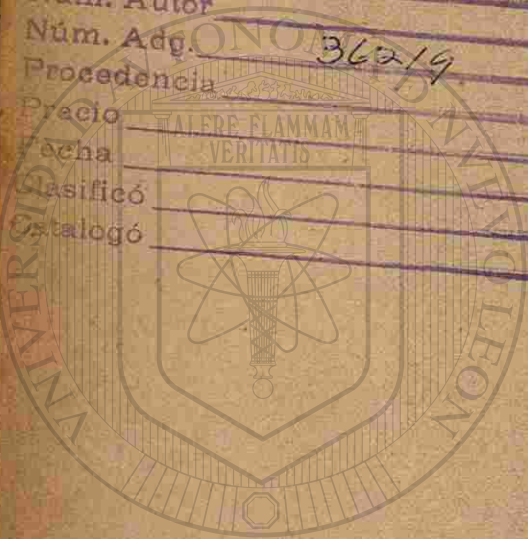
SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 36219 _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Imp. L. Blanchard - Santander

Lit. de M. Garcia y C.ª. Dijos y habano

El mozo del cura.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS
DE
COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE
FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XVI.



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

SANTANDER.
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Calle 1625 - MONTERREY, N.P.M.

55164

36219

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

LAS GENTES
que «son así»

(PERFILES DE HOY)

POR

FACUNDO

TOMO I.

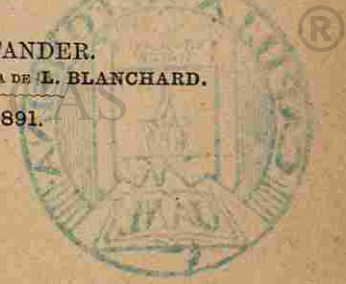
SEGUNDA EDICIÓN.



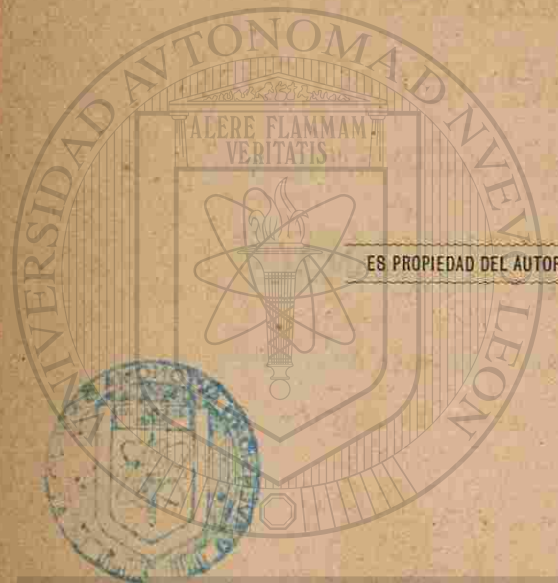
SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1891.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Capilla Allende
Biblioteca

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297

C77

1889

V-16

t.1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

AL DISTINGUIDO LITERATO

Ignacio M. Altamirano

Mi afición á las letras ha dado á
D. motivos más de una vez, para alen-
tarme á seguir en tan difícil senda.

Agradecido á su cariño, le ofrezco hoy
este pobre libro en prenda de nuestra buena
amistad.

José T. de Cuellar.



ALFONSO X
ESTADO DE NUEVO LEÓN



CAPÍTULO I.

PREÁMBULO.

LA humanidad no ha podido todavía ponerse de acuerdo ni aún en el sentido de lo que más le conviene. A pesar de todos los dogmas, de todos los sistemas filosóficos y de todas las leyes, el mundo está plagado de individuos excepcionales, de seres refractarios á todo sistema, de hombres, en fin, en cuyo cerebro entra la verdad disfrazada, maltrecha é insuficiente.

Sobre esos cerebros se ha quemado el suyo la frenología, esforzándose en encontrar en la forma la causa eficiente de las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, N. L.

excentricidades y de las extravagancias; y después de un maduro examen ha exclamado satisfecha: «hay gentes que son así.»

El desacuerdo de la raza data de la antigua memorable fecha de la manzana; y cuando ni los dos primeros hermanos pudieron entenderse, ¿qué mucho que no nos entendamos nosotros todavía?

Las grandes conquistas de unidad y acuerdo han logrado cuando más poner un millón de hombres frente á otro millón para probar su fuerza física: los tiempos primitivos nos presentan un vasto cuadro en el que los hombres se destruían á millares, movidos sólo por el espíritu de conquista; y tal manía se ha perpetuado por desgracia, entre otras causas por la muy poderosa de que hay «gentes que son así.»

Pero ninguna época es tan fecunda en ejemplos de esta especie como la presente, al menos para nuestro propósito.

Esta época tornasol en que vivimos ofrece engendros curiosos, tanto de individualidades vacilantes y equívocas, como de

personas que, arrojando pelillos á la mar, se han conformado sencillamente con su manera de ser y se han lanzado á la vida armadas con un precioso salvo conducto en que se leen estas palabras: «yo soy así.»

Quédese para los sabios el dudar, para los débiles el temer y para los cavilosos el meditar; pero para los génios inquietos y para los que viven de prisa no hay cosa más natural que conformarse con lo que son, é ingresar en el número de las gentes «*que son así.*»

Cuando contemplamos á esas bienhadadas personas, nos arrepentimos de todo corazón de haber perdido el tiempo en indagaciones inútiles, en librajos y en manías de esta especie, sobradamente perniciosas en estos tiempos.

¡Dichosos mortales aquellos que, sin saber lo que cargan, llevan su alforja al cementerio, á donde con un *debe y haber* más ó menos documentado, hemos de ir todos!

Esta es una hornada de seres completamente felices, que desde el vientre de sus

respectivas madres vinieron al mundo dueños de la piedra filosofal.

Ellos atraviesan este valle de dolores con la sonrisa en los labios, y pasan sobre todas nuestras dificultades como Pedro por su casa.

Probad, si gustáis, á hacerlos fijar en algo; habladles del mundo moral ó de algo que valga la pena de llevar en el mundo el título de sér pensador, y veréis cómo esas privilegiadas inteligencias se os escapan como el azogue, os contestan con una sonrisa estereotipada y os espetan, riéndose, la más estupenda de las barbaridades... Estremecéos en seguida de horror, escandalizáos cuanto os sea posible, y por toda vindicación, por toda respuesta, os plantarán esta muletilla:

—¡Qué quiere usted! «yo soy así.»

Encontráos con uno de esos seres felices, y no les notaréis ni perplejidad, ni asombro, ni mucho menos encogimiento; os esperan á pié firme, se os plantan delante siempre festivos, provistos de una abundante colec-

ción de risas que entrerenglonarán en el asunto más serio; y como se han hecho el ánimo de prescindir de toda investigación, afrontarán con el valor de la ignorancia toda vuestra sabiduría, por medio de estas ó semejantes frases:

—¡Qué quiere usted! yo soy un bruto, yo no he estudiado ni entiendo una jota; pero no creo lo que usted me dice; yo soy muy franco; ¡qué quiere usted, amigo, qué quiere usted! «yo soy así.»

Ese dédalo que se llama ciencia, que se llama moral, destino del hombre, eternidad, espíritu, más allá y tantas otras cosas, es para las consabidas gentes parvedad de materia.

Y no se crea que tales gentes no sirven para nada, sinó todo al contrario; son capaces de todo, están en todas partes, y para ellas se hicieron el placer y la vida, las comodidades y el sueño, la paz y la prosperidad; jamás les ha pasado por las mientes este terrible riesgo: ponerse en ridículo; ¡qué disparate! el ridículo es para todos,

menos para las gentes «que son así,» y lejos de caer en tan hondo abismo, tienen el don de ridiculizar á los demás.

Se prestan á todo, y por medio de un sistema expeditivo, que les tiene mucha cuenta, pasan sobre todas las dificultades.

Si son fanáticos, se fabrican su Dios á su manera; si son progresistas, aceptan todo lo brillante; si son liberales lo liberalizan todo; y no se les da un ardite de cuanto por acá abajo acontezca, ni de cuanto por allá arriba les espere, «porque son así.»

A estos dichosos mortales nos toca seguirles el bulto en este tomo. Juntos hemos de sujetarlos al foco de nuestra linterna, en cambio de que ellos, «que son así,» nos den sus propios perfiles, siquiera para que el lector los coteje detenidamente con los de algunos de sus conocidos.



CAPÍTULO II.

EN EL QUE COMIENZA LA HISTORIA
DE UNA DE LAS GENTES QUE «SON ASÍ.»



Las dos de la tarde de un domingo de Noviembre, llegaba el autor de este libro á Ciudad del Maíz, distrito de San Luis Potosí.

Mi compañero de viaje era un joven de diez y ocho años. El acontecimiento que turbó por un momento la triste tranquilidad del pueblo, fué nuestra llegada. Apenas tuvimos tiempo de descansar y de tomar alimento: los ecos de una música de

viento hacían afluir á los pacíficos habitantes del pueblo á la maroma.

Mi compañero se puso contentísimo, y por nada de este mundo se hubiera quedado sin concurrir al espectáculo; y por mi parte, la circunstancia de poder conocer á los principales vecinos del pueblo reunidos en la maroma, me animó á ser de los espectadores.

Una hora después, mi compañero y yo estábamos en el corral, que la compañía de funámbulos había erigido en teatro.

La concurrencia ocupaba una gradería formada con vigas, y reinaba allí cierta confianza y bienestar, propios de una verdadera fiesta de familia; todos se conocían y se comunicaban entre sí; allí estaban la familia del señor cura, los españoles de las tiendas, los empleados públicos, los regidores, el juez y el prefecto; lo más granado, en fin, de la ciudad.

Se destacaban deslumbrantes algunos trajes de señora, ya de color de escarlata, ya amarillos, ó ya, en fin, abigarrados hasta

ofender la vista; y brillaban aquí y allá algunos sombreros bordados con hilo de plata y lentejuelas; pero en todos los semblantes se dibujaba una benévola sonrisa de satisfacción y de contento.

Aquella función era un acontecimiento ruidoso é inolvidable: la compañía ecuestre era de lo mejor que se había visto, los ejercicios eran de lo más bárbaro que pueda imaginarse, y sobre todo, había una gran novedad:

Una cirquera.

Merced á la deferencia de algunas personas, para quienes éramos enteramente desconocidos, disfrutamos, mi compañero y yo, de dos asientos en primera línea, y una vez instalados nos fuimos persuadiendo de que aquel espectáculo realmente no carecía para nosotros de atractivo.

Los ejercicios á caballo no llamaron mucho nuestra atención, pues en realidad tenían poca novedad; pero cuando tocó su turno á la cirquera, nuestra atención quedó de todo punto embargada.

Acompañada por el director y por el *payaso*, se presentó en el circo una joven hermosísima, cuya sola presencia hizo prorrumpir en un entusiasta aplauso á la concurrencia.

La joven cirquera tendría diez y seis años, era blanca y poseía una magnífica cabellera color de castaña claro, que caía sobre sus hombros en profusión de sedosos rizos.

El óvalo de su rostro era perfecto, y en su mirada brillaba, á la par que la inteligencia, cierto aire de concentración y de tristeza, que la hacía en extremo interesante.

Las líneas de su cuerpo eran purísimas, y contra lo que en general se nota en gentes dedicadas á ese ejercicio, el talle de la joven era irreprochable, sus formas artísticamente modeladas y su traje riquísimo y de un gusto poco común.

Llevaba una tunicela y corpiño de raso azul con franjas y fleco de oro, que caía sobre una pierna modelada y elegante: el

pie era pequeño, fino y ricamente calzado.

Le presentaron un caballo negro de hermosa estampa, enjaezado con mantillón y pecho pretal azul de terciopelo.

El director ofreció, bajándola, la palma de la mano, y la joven, poniendo en ella uno de sus pequeños piés, saltó al lomo del caballo, con no menos gracia que destreza.

Sin necesidad de arreglarse, se había colocado sobre el cojín en una actitud tranquila y elegante, y se ocupaba de templar las riendas del fogoso animal, que se manifestaba impaciente por emprender la carrera.

El palafrenero contenía al caballo por los alacranes del freno.

En la concurrencia reinaba ese silencio que es la expresión del asombro y del interés: todos contemplaban á aquella joven, creyéndose cada uno para sí, víctima de una fascinación.

Tal es el prestigio de la hermosura, que la admiración que causa se individualiza, y cada cual cree que la impresión que experimenta es superior á la de los demás.

—¿Realmente es tan hermosa esa mujer? me preguntó mi compañero.

—Yo estoy admirado, le contesté.

En este momento rompió á galopar el hermoso corcel, y después de la primera vuelta, la jóven, por medio de un movimiento rapidísimo, se puso de pié sobre el cojín.

El viento hacía ondular graciosamente, así los profusos rizos de su cabellera, como su corta y abundante falda azul, y sobre aquel pedestal movable, la arrogante figura de la jóven realzaba toda su belleza.

Noté que mi compañero estaba más que absorto, estaba profundamente conmovido: sus ojos seguían con una fascinación febril el círculo que trazaba en el espacio aquella aparición, cuyas actitudes académicas y el rápido movimiento le prestaban tal encanto que, perdida la idea de la pesantez, semejaba una verdadera aparición aérea, una hija del aire, que, con un prestigio arrobador, se atraía las miradas y la admiración de los espectadores.

No sé qué había de fantástico y de voluptuosamente aéreo en aquella mujer, pues sus ejercicios parecían tan fáciles, tan naturales, que se comprendía que gozaba al ejecutarlos; no era el terror que inspira un peligro próximo, sinó la fascinación de una aparición deliciosa lo que inspiraba aquella mujer.

El público, después de haberla admirado por largo tiempo, prorrumpió inusitadamente en un grito de admiración y en el más estrepitoso de los aplausos

Aquella joven había hecho cuanto humanamente se puede pedir al más avezado maestro de equitación, y por fin saltó ligera y siempre graciosa, á tierra, y dando las gracias al público, desapareció del circo.

El público no dejó de aplaudir sinó después de haberla obligado á presentarse de nuevo por tres veces consecutivas.

Cuando volví la cara, mi compañero había desaparecido de mi lado.

Ha sido preciso poner al lector al tanto del anterior episodio, que es el principio de

la historia íntima de dos de los personajes de esta obra.

En cuanto á mi compañero de viaje, que es uno de ellos, lo perdí de vista desde aquella tarde, y cuando algunos años después le he vuelto á ver, me ha relatado su historia, autorizándome para darla á luz, á condición de ocultar su nombre y el de la cirquera.

Pero como el nombre haga poco al caso, daré al lector los que el mismo joven me dió como *speudónimo*, conocido no obstante por algunos.

—Lámele usted á esa mujer Estrella, me dijo.

Cuando hubo acabado de contarme su historia aquel joven, me dejó en libertad de darle á él en mi novela el nombre que yo quisiera, y he preferido darle el de su padre.

Su padre se llama Alberto.

Hé aquí su historia:

El señor cura de un pueblo no muy distante de la capital, y cuyo nombre no debemos decir por no estar para ello auto-

rizados, recibió un día la visita de un vaquero, que era uno de sus feligreses y capataz de varias cuadrillas que, en faz de hermandad católica, representaban anualmente uno de los más pingües ingresos del curato con motivo de las ceremonias de Semana Santa.

Lázaro, que así se llamaba el vaquero, no hacía á Lázaro precisamente por el papel que representaba en las ceremonias, pues prefería el de sayón, sino porque su jornal de medio año desaparecía en el cepo del curato antes de la Semana Mayor.

Lázaro había venido á ver al señor cura mucho antes de la cuaresma, y esto era raro porque nunca venía sinó en febrero.

—Qué novedad traes, hijo mío? le preguntó el señor cura al bueno de Lázaro.

—Esta criatura, contestó Lázaro enseñando al párroco un niño como de seis años, pues como su paternidad andaba encargando un *piltontle*, yo dije: pues á ver si quiere su paternidad esa criatura, que al fin ni padre ni madre que lo reclamen, porque no tiene, después de Dios y de su pa-

ternidad, más que á mi comadre, con perdón de su paternidad.

—¿Es huérfano?

—De padre y madre, con perdón de....

—¿Y está bautizado?

—De eso sí no hay *costancia* en el pueblo; pero yo creeré que debe estar bautizado, pues cuándo no!...

—¿Y cómo se llama?

—Pues, le nombran Alberto, para servir á su paternidad.

—¿Y de dónde es?

—Dicen que de San Pedro el de Abajo, que de allá lo trajeron.

—Bueno, dijo el señor cura, que se quede. Ven acá, le dijo á Alberto.

Este se acercó para que el señor cura lo reconociera: le tomó la cabeza y se la levantó para verle la cara, y sin duda el párroco era algo frenólogo, porque exclamó con cierta seguridad:

—¡Qué buena cara de pillo tienes! A ver, á ver! ¿y qué tal come?

—Come sus tortillitas.

—Este chico ha de ser glotón, dijo el señor cura para sí, poniéndole los dedos cerca de las orejas; y agregó á poco:

—¿Y te hurtarás tus gallinitas?

Lázaro abrió la boca y miró con profundo respeto al señor cura, acordándose de que, entre otras su comadre tenía al padrecito en opinión de santo.

En el robo de gallinas estaba precisamente el secreto de la donación que Lázaro hacía al señor cura: Lázaro sabía muy bien que lo que le regalaba á su paternidad, era un redomado é incorregible ladrón de gallinas; vicio por el cual, los muchachos de San Pedro conocían á Alberto por el apodo de *El coyote*.

Lázaro sintió cierto terror supersticioso por estar engañando al señor cura, pero por otra parte, estaba resuelto á deshacerse á toda costa del Coyote.

—Ya le quitaremos las malas mañas, dijo el señor cura. Mira, le dijo á Alberto, mira.

Y le mostró un retablo pintado, en el

que un angel combatía con flamígera espada á los demonios y los arrojaba al infierno.

—Este es el castigo de los ladrones. ¿Sabes los mandamientos?

Como es muy difícil hacer hablar á un niño indio de seis años y de las prendas de Alberto, Lázaro contestó por él:

—Apenas los sabe, padrecito.

El señor cura, apesar de todo, aceptó á Alberto, y Lázaro, agradecido, no vaciló en asegurar á su paternidad, que aquel año iba á estar la Semana Santa mucho mejor que las anteriores.

Alberto quedó instalado en el curato.

Se le dedicó con tesón al aprendizaje del Catecismo, y Alberto, por mucho tiempo, no dió que decir: se portaba bien y crecía, llegó hasta ayudar la misa al señor cura; aprendió á sacristan y era, en lo general listo y servicial.

Pero tan luego como hubo sentado sus reales y reconocido la posición, se entregó á sus hurtos, de los que había prescindido sólo por un refinamiento de aquel feo vicio.

Nadie pudo probarle que él era el que se robaba las formas en la sacristía, y nadie tampoco logró pillarlo apurando el vino para consagrar.

En cuanto á su afición á la volatería, nada dejaba que desear; sabía cojer un pollo sin dejarlo píar, y para alejar el rastro de las plumas, las amasaba con lodo, fabricando proyectiles para su honda.

Soltaba después, atado á un alambre un cuarto de pollo en el puchero con tanta destreza, que nunca pudo verlo la cocinera; y en una palabra, Alberto era el más hábil é ingenioso de los ladrones.

El cura, que conocía muy bien las tendencias de Alberto, ordenaba que nada se le negase, y después de algún tiempo de observación, se sorprendía de no ver realizadas sus predicciones.

—¡Será posible, decía el señor cura, que Alberto no se haya robado nada todavía! Entonces ó la frenología es mentira, ó Alberto es el más hábil de los ladrones.

Así llegó Alberto á la edad de trece años.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
L. 1625 - BUENOS AIRES, ARGENTINA



CAPÍTULO III.

DESARROLLO DEL ÓRGANO DE LA ADQUISIVIDAD.



ALBERTO tenía costumbres extraordinarias: los domingos en la tarde se perdía.

Nadie sabía adonde iba, y si se le preguntaba decía que se había estado en el campo espionando á las tusas ó cogiendo ratones; pero en realidad nadie podía dar fé de que en efecto tales fueran sus entretenimientos.

Habían desaparecido ya algunos objetos de valor, pero no se le había podido probar nada á Alberto; al contrario, las sospechas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925. QUINTANA ROO, NUEVO

siempre recaían sobre otro, que cargaba injustamente con la responsabilidad, porque Alberto nunca cometía un robo sin preparar antes hábilmente una víctima expiatoria.

En suma, Alberto llevaba siete años de ejercer su oficio de una manera irreprochable, haciéndose más habil cada día.

No desdeñaba ningún objeto por insignificante que fuese, y en siete años había logrado reunir, entre otras cosas, una cantidad muy respetable de alfileres, de clavos, de botones, de dinero, de ropa y de alhajas.

El cura le había puesto mil veces la ocasión como un cebo, pero Alberto sabía siempre olerlo como las zorras.

El señor cura llegó á responder formalmente y en conciencia, de la honradez de Alberto.

Perdiéronse un día al señor cura dos taleguitos, que contenían moneda menuda, que ascendía á ciento ochenta pesos, y siendo éste, si no el único, si el robo de más entidad que había sufrido, se propuso averiguar el hecho por medio de la justicia.

La ama de llaves, las criadas, los sacristanes y los vecinos, tuvieron que ver con la justicia, y Alberto presencié imperturbable todos los trámites de la causa; dió sus declaraciones con una seguridad y una firmeza admirables, y después de muchos trámites y moratorias, la justicia y el cura llegaron á averiguar que nada sabían.

Disponíanse varios vecinos del pueblo á hacer la romería del Señor de Chalma, y Alberto, con ese motivo, consultó al cura si le sería obligatoria la promesa que había hecho de visitar al Señor de Chalma en caso de que hubiera parecido el ladrón de los taleguitos.

El cura le aconsejó que cumpliera la *manda*, y una mañana salió Alberto del pueblo, con la bendición del cura, para anticiparse según él decía, á sus compañeros de romería.

Alberto, salió á pié del pueblo, cargando una pobre maleta que hizo en presencia de su amo, y partió devotamente.

Pero dos horas después, bajaba de una

loma un ginete bien apuesto y montado, que no era otro que el mismo Alberto, que entraba por fin en el pleno goce de sus rapiñas atesoradas con tanto tesón y constancia durante algunos años.

Un vecino se presentó al juzgado ese mismo día para denunciar el hecho de haberle sido robado un caballo, sus arneses y sus armas.

Mandó el juez buscar las huellas y hubo de dudar de la veracidad del quejoso; pues el lugar en que guardaba los arneses estaba á la sazón cerrado, sin aparecer rastro ni fractura, y sobre todo, no se pudo encontrar pisada alguna que, partiendo del corral, indicase el rumbo que el caballo había tomado.

Alberto, entretanto, caminaba ufano y satisfecho del buen éxito de su habilidad, y como si estuviera pasando efectivamente por una transformación, se irguió sobre su caballo y perdió de pronto el aire de encogimiento y humildad que para nada le servía; pensó en quitarse el nombre y en acep-

tar un nuevo género de vida en teatro más adecuado á sus instintos, que tomaban proporciones colosales á medida que se sentía libre y dueño de elementos preciosos.

Hasta entonces, Alberto había tenido el buen juicio de no tener cómplices; pero sus proyectos para el porvenir exigían ya una cooperación digna de su ambición de atesorar. Desde luego se consideró en buena posición supuesto que estaba equipado, montado y sobre todo armado; él no sabía manejar las armas, pero en último caso no le servirían de estorbo.

Caminó todo el día y llegó al oscurecer á un pueblo que celebraba su fiesta titular.

Esta circunstancia fué de su agrado, pues desde luego en aquella fiesta encontraría todo cuanto pudiera apetecer.

Todo era nuevo para Alberto excepto el robo; los amigos, las mujeres, el juego, la embriaguez, todo se presentaba ante sus ojos con el atractivo de la novedad, y su corazón era un volcán de deseos.

Aunque había dejado sepultada en un

escondite gran parte de su hacienda, llevaba lo bastante para proporcionarse comodidades y placeres.

Se alojó en un mesón y pasó, ante el dueño, por José María Gómez; y como pagó al contado y gratificó al posadero, fué considerado como una persona de distinción.

Lo primero que hizo Gómez, que así le llamaremos en lo sucesivo, fué comprar el sombrero de más costo que encontró en las tiendas.

El sombrero bordado de plata y oro es en el país la introducción indispensable al bien parecer, siempre que no se trate de seudo *gentleman*, ó de personas enteramente parciales por las costumbres europeas.

Cuando Gómez pudo ponerse treinta pesos sobre la cabeza, su felicidad no conoció límites, no obstante que él hubiera querido encontrar en el pueblo un sombrero mucho más costoso.

La segunda prenda en que pensó Gómez, fué en una bufanda de estambre con los co-

lores nacionales: no tardó en hallarla y la enrolló á su cuello.

Enseguida entró á una fonda y comió á reventar; de allí pasó al juego, tiró una moneda en la roleta y ganó; enseguida entró á una partida y ganó; cambió allí su pistola por otra mejor, compró una culebra que llenó de onzas, y tuvo la calma necesaria para salir ganando.

Allí encontró Gómez sus primeros amigos. Con ellos fué al baile: allí recibió Gómez las primeras caricias, allí, derramando su oro, conoció el amor.

Este amor era el de una bailadora.

Era una mujer apiñonada, graciosa, y de su tipo podía decirse que era todavía la viva representación del tipo mexicano de hace medio siglo, y que va perdiéndose con la invasión de las modas francesas.

La bailadora se llamaba Tomasa, vestía enaguas de castor rojo y blanco, y de sus hombros pendía un rebozo finísimo de largas puntas.

Tomasa era una especialidad en el bai-

le; usaba por lo común zapatos de piel plateada, que brillaban en medio de los rápidos movimientos del baile, como dos cocuyos aleteando.

Gómez se aventuró á bailar y se declaró el galán de Tomasa, y, como mandó dar pulque á la concurrencia, fué el rey de la fiesta.

Gómez entró esa noche al mundo, y lo tuvo todo en un momento.

Al día siguiente nada encontró que apetecer, y veía en todo aquello el más merecido galardón de su habilidad en el robo; y si las buenas máximas del señor cura hubieran logrado siquiera inspirar á Gómez un poco de pudor, el éxito de su salida al mundo hubiera bastado á borrar todo género de escrúpulos.

Pero por más que aquella fiesta hubiera venido tan á propósito á sus deseos, se consideraba aún muy cerca del curato, y á toda costa necesitaba hacer perder sus huellas; bien es que, por otra parte, ni Lázaro el vaquero, ni el señor cura, ni los sacristanes

hubieran podido reconocer al tímido Alberto en aquel espléndido don José María Gómez, de un aire tan despejado y de maneras tan desenvueltas.

De todos modos, el Coyote ó sea Gómez, á fuer de prudente y avisado, proporcionó cabalgaduras á Tomasa, á una tía de ésta y á dos acompañantes, caravana que á partir de aquel instante constituía la familia de don José María Gómez, puesta en camino en dirección del pueblo de la Asunción, distante de allí unas treinta leguas, y á donde había empezado ya la fiesta anual.

Gómez encontró en la crápula quien le hiciera justicia; su mejor amigo fué un gran ladrón, tal vez porque dos lobos no se muerden, pero se conocen.

Gómez había encontrado su media naranja, y esta adquisición la celebró en su interior, con más entusiasmo que la de Tomasa, á quien proporcionó habitación, estableciéndola como la señora de don José María Gómez.

Gómez y su nuevo amigo emprendieron

un viaje, del que no volvieron sinó á los quince días.

Gómez, ni en sus momentos de expansión comunicó á su amigo su vida pasada ni su verdadero nombre; ya se ve, él mismo lo había olvidado.

Ni él ni su amigo volvieron á tener residencia fija, excepto unos meses en los cuales Gómez fué mayordomo de una hacienda, donde se portó admirablemente.

El dueño de aquella hacienda, que era una de las personas más ricas y respetables entonces, estaba seguro de no haber tenido mayordomo más honrado ni más inteligente que Gómez, quien había hecho cobros cuantiosos, y se había conducido con tanta honradez y fidelidad, que el amo se vió obligado á obsequiarlo, cediéndole un terreno y unos bueyes.

Pero cierto día Gómez recibió una carta de su familia, (carta escrita por su amigo), y notificó á su patrón, con mucho sentimiento, que tenía el deber de separarse de la hacienda, pues lo llamaba su padre mo-

ribundo en Morelia, para que se hiciera cargo de los intereses de la familia.

El amo estuvo á punto de llorar de pena, dió dinero á Gómez, y, sobre todo, una carta en forma de certificación, que era el documento más honorífico y el testimonio más fehaciente de que don José María Gómez era el tipo de la honradez y de la virtud.

Como tal fué llorado por el amo y por toda la servidumbre.

Gómez tenía ya ocultas en el forro de su costoso sombrero, dos cosas importantes: una era una estampa que representaba á Nuestra Señora de la Soledad, de quien, desde el curato, era Alberto muy devoto, y la otra era aquel certificado que haría valer á su debido tiempo y en los casos extremos.

Tomasa seguía viviendo por cuenta de Gómez, á quien veía algunos días cada dos meses; pero á Tomasa y á su familia no les faltaba nada, excepto Gómez.

Diremos más acerca de este personaje, para que el lector conozca á fondo su ca-

rácter: según hemos visto, la pasión dominante en Gómez era el robo, y esclavo perenne de este instinto, lo había empleado siempre, robándose todo lo que á las manos había, desde un alfiler hasta un capital.

La influencia de su educación no combatió, sinó simplemente regularizó su conducta, haciéndolo víctima de una nueva aberración.

Había aprendido, más por conducto de la cocinera del señor cura, que por el señor cura mismo, que hay una divina intercesora entre el pecador y el Sér Supremo.

Gómez adoptó la fé de esta intercesión, no en la acepción sublime del sér moral, sinó en la influencia material de un amuleto de poder sobrenatural.

A ese amuleto se refugiaba la conciencia de Gómez.

Esa instintiva reprobación de las malas acciones se revelaba en Gómez por un temor que no podía dominar, y aunque ya se había acostumbrado á no temblar robando, sentía que el miedo era su principal enemigo.

Cuando el éxito coronaba un plan meditado, creía ingénuamente que su santa protectora lo había sacado avante del peligro.

Sintiendo la necesidad de palpar su amuleto, adquirió una escultura que representaba á su santa, y el producto de sus primeras rapiñas lo consagró á bordar de perlas el manto de su Virgen; un día, día aciago, hizo voto de poner á su Virgencita una corona de oro: el éxito de sus depredaciones fué completo y cumplió la promesa.

Corroborada día á día la influencia milagrosa que, según Gómez, ejercía aquella imagen en los robos, Gómez llegó á persuadirse que robar era una manera de vivir como cualquiera otra, y que no por ello lo había de castigar Dios, ni lo había de abandonar su divina santa.

Gómez llegó á los veinte años enriqueciéndose y amando la vida que le brindaba con todo género de placeres, y pensaba que si en lugar de *aprovechar el tiempo* hubiera seguido siendo mozo del cura, sería á la presente el más desarrapado y pobre de los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

36219

domésticos, mientras que merced á su astucia, tenía á la sazón cuanto pudiera apetecer.

Gómez tenía una idea imperfecta del crimen y aún no había sentido en su interior la reprobación de sus acciones; se creía protegido por su Virgen, á quien amaba de corazón y á quien había puesto corona de oro y manto de perlas.

¿No era esto corresponder debidamente á tantos favores?

Por otra parte, Tomasa la bailadora cuidaba con tierna solicitud de que á la Virgen no le faltase una lamparita, sustentada con aceite de olivo; todo porque á Gómez le fuera bien; y así le iba á Gómez; todavía no le habían hecho nada.

Gómez no sabía nada en materias de moral y de deber, pero en lo tocante á sí propio, sabía sostener su tesis con convicción y con aplomo.

La palabra propiedad tenía para Gómez una acepción distinta de la que le conocemos.

Un buen robo ratero es para el robado,

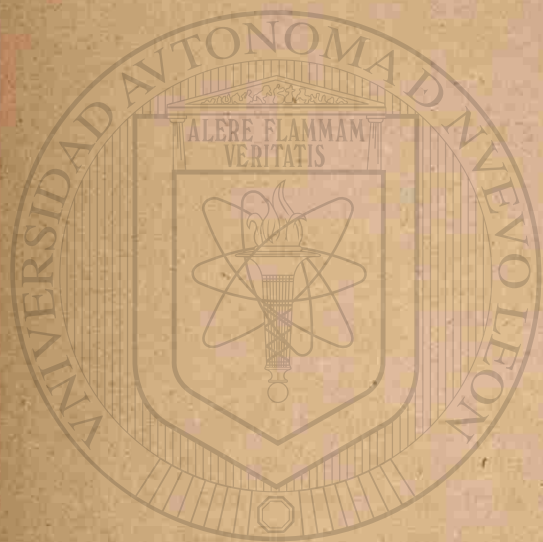
decía Gómez, enteramente igual á una pérdida casual: nada importa para el robado que intervenga una mano hábil, ó la mano del destino: las dos son manos invisibles y contra las cuales nada puede el hombre.

En compensación de lo que cada uno pierde, le queda el derecho de adquisición, que ése sí es sagrado.

Del robo ratero pasó Gómez al robo á mano armada.

Ya lo veremos más adelante en su primer lance de armas.





CAPÍTULO IV.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JOSÉ MARÍA
GÓMEZ.

BIEN pronto adquirió Gómez la costumbre de ser pródigo, y su modo de vivir le proporcionaba las ocasiones de desperdiciar y derrochar cuanto adquiría; de manera que cuando á Gómez le faltaba algo, sentía en su interior una impaciencia que no podía dominar y se encontraba entonces capaz de todo, por tal de ver satisfechos sus menores caprichos.

Su buen amigo, á quien conocían todos por el sobrenombre de *El pájaro*, era quien le ponía las ocasiones y quien lo adiestró en su ejercicio.

Estando un domingo el Gómez y el Pájaro en la plaza del pueblo de San Pablo Apetatitla, de tránsito para sus correrías, vió Gómez una mujer.

Por la primera vez sintió Gómez todo el poder de la pasión; por la primera vez tembló de amor.

Aquella mujer era hermosísima.

Era la mujer más bella del pueblo.

Gómez, desde el momento en que la vió no tuvo ojos más que para aquella mujer: averiguó su nombre y sus circunstancias.

Se llamaba Salomé, era casada con el dueño de una hacienda inmediata; no había tenido sucesión y era víctima de un marido celoso.

Gómez era á la sazón un mozo presentable, era gran ginete, y su color bronceado y sus maneras no carecían de atractivo para la mujer que fuera capaz, como lo son

muchas, de hacer de un *charrito* el bello ideal de sus ensueños.

Sin duda hubo de brillar algo en la profunda mirada de Gómez, supuesto que Salomé al verlo se estremeció, y algo como el aviso secreto de un destino futuro, hizo palpar simultáneamente aquellos dos corazones acobardados uno delante del otro.

La forma de este amor era ésta: el terror.

Salomé tuvo miedo al ver á Gómez.

Gómez tembló al ver á Salomé.

A la vez que el amor, los celos entraron al corazón de Gómez, como para que no faltaran ni el fuego ni el combustible al mismo tiempo.

Salomé entraba á la sazón á la parroquia.

Gómez entró tras de Salomé y se arrodilló junto á ella, y sin pensarlo, sin vacilar un momento, sacó del forro de su sombrero aquella carta que daba tan buena idea de Gómez.

Sin hablar se la entregó á Salomé.

Esta vacilaba, pero Gómez pronunció

esta palabra que salió, la primera, del fondo de todo lo que estaba sintiendo:

—Tómela usted.

Orden, amenaza y súplica al mismo tiempo, tenía aquella palabra tal prestigio, que Salomé obedeció; pero una vez con aquel papel en sus manos no supo que hacer con él.

La sobrecogió la idea de que su marido la viese, y pensando mil cosas á un tiempo creyó de repente haber encontrado una favorable solución.

La misa tardaría en celebrarse.

Salomé se levantó y se dirigió á una puertecita lateral que comunicaba con el panteón de la parroquia.

Salomé solía visitar allí un sepulcro.

El panteón estaba completamente solo.

Salomé atravesó aquel recinto, doblando con su falda la espesa yerba que lo cubría, y haciendo volar numerosas bandadas de pajarillos que se sombreaban entre las malezas.

Gómez observaba á Salomé oculto tras de un pilar.

Al fin llegó Salomé al extremo opuesto y sin volver atrás el rostro, se arrodilló, desdobló la carta y leyó.

No era una declaración de amor si nó un certificado; aquel joven se llamaba Gómez y era mayordomo de una hacienda; tenía tierras y yuntas, era honrado y leal; había sido llorado en su separación.

—Ha querido que sepa yo quién es, pensó Salomé, creo que este es un joven audaz que va á comprometerme; ¿si habré hecho mal en leer esta carta?... He cometido una imprudencia. Si aún está ese joven en la iglesia, se la devolveré, y no volveré á fijarle la vista.

El sonido de una campana hizo estremecer á Salomé, y se levantó.

En seguida dió un grito.

Estaba frente á Gómez.

—No se espante usted conmigo, señorita, porque.... me ha bastado verla para que de hoy en adelante sepa usted que cuenta conmigo, con José María Gómez, que está prendado de usted. Ya sé que es usted

casada, pero esono importa; ó mejor dicho, sí importa, porque sé que ese señor la molesta y es injusto con usted; pero mientras yo viva ¡por Dios que no le ha de tocar un pelo!

—Pero.... murmuró Salomé, deseando interrumpir á Gómez, yo no le conozco á usted, y....

—Haga usted de cuenta que nos conocemos hace mucho tiempo, porque lo que es yo, la quiero á usted como si hiciera años que la conozco, y la verdad, creo que usted....

—Van á sorprendernos... y ¿qué dirán los que nos vean aquí?...

—No tenga usted cuidado, que para eso cerré la puerta del panteón, y no nos oyen más que los muertos.

.....
Más tarde sabrá el lector de qué manera lo que pasó aquella mañana en el panteón, lo supieron también algunos vivos.

Seis años después de este acontecimiento, pedía alojamiento, en la posada del mismo pueblo, una compañía de maromeros.

Venía el payaso en una mula, rendido de cansancio y rojo como una remolacha; lo seguían el director, que era todo un atleta, dos hermanos suyos, jóvenes de veinte á veintidos años, dos mujeres y una niña.

Cada una de estas personas venía cabalgando en uno de los caballos del circo, y además traían una carreta de dos ruedas en que venían los equipajes, las cuerdas y los aparatos de la maroma.

Esta carreta era conducida por un carro y el mozo de caballeriza.

Toda la caravana se alojó en el mesón. Como no se había cuidado de quitar á los caballos los arneses propios del circo, bastaba á los transeuntes ver con el rabo del ojo un freno con borlas ó un mantillón con fleco de oro, para comprender que se trataba de una compañía de cirqueros.

A eso de las seis de la tarde conversaban, sentados en una de las banquetas del zaguán del mesón, el director y el payaso.

—¿Sabes compadre, que hay aquí muchos muchachos? le dijo el director al payaso.

—Ya lo había notado, le contestó éste: y he notado más.

—¿Qué?

—Ya sabes que tengo buen ojo.

—¿Has visto algo?

—Ven acá.

Y el payaso obligó al director á pararse en la puerta del mesón.

—No está, dijo el payaso después de haber buscado con la vista algo entre los muchos curiosos, que en la acera de enfrente y cerca de la puerta, no habían cesado de hacer su cuarto de observación desde la llegada de la compañía.

—¿Ya lo perdiste?

—Ahora no está aquí, pero ya me fijé.

—Bueno; avísame cuando lo veas, y ya obraremos de acuerdo.

Los dos compadres volvieron á sentarse en la banqueta del zaguán, y se pusieron á fumar.

—Es una diablura, dijo el director, que los aprendices tengan padres: estoy resuelto á no enseñar el oficio este más que á los huérfanos.

—Por supuesto; y si tienen madre es peor, porque empieza con melindres, y á su juicio no hay paso en que sus hijos no estén á punto de matarse.

—No se puede hacer nada: acuérdate de Juan el enano y de Silvestre; ya hacían algo y podían ganar su vida cuando nos los quitaron, y á ese paso nunca lograremos tener una compañía completa.

Algunos muchachos se habían acercado poco á poco, escurriéndose contra la pared para ver de cerca á los cirqueros.

—Mira, le dijo el payaso á su compadre, ¿ves á ese de la blusita amarilla?

—Sí; pero es muy chico.

—¡Mira qué piernas!

—Sí, es ancho y parece sano. ¿Y sabes algo?

—No había querido indagar hasta que tú lo vieras.

—Pues infórmate.

El payaso sacó una moneda de la bolsa, se la puso en un ojo á guisa de lente y dirigió la vista al grupo de muchachos.

Estos se fijaron en el payaso, celebrando la gracia y codiciando la moneda.

El payaso arrojó por alto la moneda y los muchachos se precipitaron sobre ella.

—¿Quién la cogió? preguntó el payaso con una risa grotesca, que infundió confianza á los muchachos.

—Este, dijo uno señalando al más grande.

—Vete, le dijo el payaso al beneficiado, tú no entras en la otra.

Se retiró el payaso á su lugar y volvió á arrojar otra moneda, y repitió esta operación acompañándola de más ó menos chuscadas á propósito para entretener á los muchachos.

Todos habían cogido ya su moneda, menos el de la blusa amarilla.

—Ven acá, le dijo el payaso, toma; y le alargó una moneda de plata. ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Gabriel.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre ni madre.

El payaso y su compadre se vieron.

—Toma, le dijo el payaso, mañana vienes á la función.

Y le dió al muchacho un boleto.

A la tercera función, Gabriel era amigo íntimo de toda la compañía, y cuantas veces podía se escapaba de su casa para mezclarse con los cirqueros, ver los ensayos y los preparativos de las funciones.

Al cabo de algunos días empezó á escasear la concurrencia, y la compañía levantó el campo y emprendió su marcha hacia el pueblo vecino.

Serían las ocho de la noche del día de la partida de la compañía, y Salomé estaba sentada en un taburete cerca de la ventana que daba vista á la calle.

A los piés de Salomé estaba su criada de confianza; la luna bañaba con luz purísima la falda del vestido de Salomé.

—¿Qué se cuenta en el pueblo, Gertrudis? dijo Salomé.

—¡Qué, niña! no te cuente; que estoy de caerme muerta!

—¿Pues qué sucede?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FONDO REYES
1975. MONTENEGRO, MEXICO

—Que el pobre de Gabriel no parece.

—¿Quién es Gabriel?

—Un muchacho, el huérfano del herrador.

—¿Conque no parece?

—Ni su luz.

—¿Y qué es lo que se cree?

—Pues dicen que se habrá largado, y otros que quién sabe. ¿Qué dices nada más, niña de mi alma?

—¡Pobre muchacho!

—Sí, pobre muchacho; le tocó ser siempre desgraciado.

—¿Pues qué más le ha sucedido?

—Nada; que á ser cierto lo que dicen, la pobre criatura tiene pecados ajenos que purgar.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis.

—Pues has de estar, mi alma, que fui esta tarde á ver á mi comadre la de la tienda, que estaba de lo más acongojada precisamente por la desaparición de Gabriel, y me contó su historia; pero ¡qué historia, niña de mis ojos!

—A ver, cuéntemela usted.

—Pues figúrate, mi alma, que éste es un muchachito á quien tiraron.

Salomé hizo un movimiento.

—Mira, mi alma, dijo Gertrudis, cerraremos la ventana, porque te acaba de dar la *muerte chiquita*.

Estremecimiento nervioso muy común en todas las gentes, y que por lo general no se determina por causa fija.

—No: estoy bien, siga usted.

—Pues, sí señor, y como iba diciendo, continuó la vieja, á este pobrecito lo tiraron, y yo no lo sabía, y le tocó al maestro herrador recogerlo, y hace cinco años que lo tiene.

Salomé hizo otro movimiento.

—¿Ya lo ves? te está haciendo daño el frío.

—Siga usted, Gertrudis, dijo Salomé con cierta impaciencia.

—El maestro herrero, que es tan bueno, adoptó al muchachito, lo bautizó, le buscó *chichihua* y cuando creció lo puso en la escuela, y ya lo quería como si fuera su

hijo, cuando ¡cátate, niña! que esta tarde se volvió reloj la criatura. Ya te puedes figurar todo lo que se habrá hecho por encontrarlo y todo el habladero del pueblo con este motivo; y para que conozcas á las gentes te diré: antes, ni quien hablara de Gabriel, y ahora que le sucedió algo malo, se empeñan todos en hacer creer que todo lo sabían; es buena que se atreven á decir las gentes que Gabriel es hijo de los muertos!

—¡De los muertos! repitió maquinalmente Salomé.

—Dicen que en el panteón fué donde la madre del niño conoció al autor de sus días.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis, me interesa la historia de ese pobre muchacho.

—Dicen, y de ello no salgo garante, que el pobre niño apenas nació, según le he dicho á usted, fué puesto en las cuatro esquinas.

—¿Y qué edad tendrá?

—Como de cinco á seis años.

—¿Y no sabe usted más acerca de él?

—¡Qué se ha de saber sinó que se ha perdido!

Salomé no hizo más preguntas, y Gertrudis no tardó en roncar á los piés de su ama.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROYES"
No. 1695 INDICENTRO, BARRIO



CAPÍTULO V.

GABRIEL.

A excepción de algunas lágrimas, Gabriel no fué muy sensible á su cambio de vida.

Pertenecer al circo era para Gabriel una dulce compensación, y caminar á caballo, ó en la carreta de los equipajes, tenía para él un atractivo poderoso.

Una vez calmadas sus primeras inquietudes, empezó su aprendizaje de acróbata.

El payaso ensayaba desarticular á Gabriel y el director á hacerlo fuerte.

El capital inmueble de las fuerzas ó de la

elasticidad, se conquista á fuerza de dolores y por medio del tratamiento menos comedido que se conoce.

El hombre al encontrarse frente á frente de su propio organismo y al contemplar la admirable precisión con que todas las partes del cuerpo humano concurren al desempeño de su sabio objeto, ha discurrido que un *fémur*, saliéndose de su encaje y volviéndose á encajar como si tal cosa, vale la pena de pagar por verlo, y para llegar á este resultado medio mata al propietario de dos *fémures* comunes y corrientes, hasta lograr que se abran como las piernas de un compás.

Gabriel puso por capital en la compañía ecuestre sus piernas y su miedo, sus dolores y sus descoyuntamientos, hasta que llegó á abrir las piernas como un muñeco de alambre; y desde ese momento Gabriel tenía un capital en las coyunturas, aunque ninguno en la cabeza ni en el corazón.

Consolábase, no obstante, de tener una compañerita, á la que también se obligaba

á hacer barbaridades aunque de distinto género.

Dos años estuvo Gabriel flexibilizándose, y más de una vez había sido exhibido por el director y sus dos hermanos que hacían grupos y encaramaban á Gabriel, y hacían de su pobre humanidad cera y pábilo.

Gabriel, como por lo general los niños que no han probado los mimos maternos, era impetuoso y duro; y había en su interior no sabemos qué repulsión instintiva á sus semejantes, como si estuviera guardando un secreto reproche contra todos, por no saber á quién le debería la desgracia de no haber tenido padres.

Un día los miembros de Gabriel estuvieron más rígidos, y estuvo menos dispuesto que otras veces á dejarse descoyuntar, y recibió en pago de esta rebeldía una azotaina de manos del payaso.

A excepción de los primeros gritos, Gabriel sufrió los azotes, haciéndolo su ira superior al dolor.

Cuando todos se recogieron Gabriel se

sentó en su cama sin poder conciliar el sueño: á su pesar sollozaba de cuando en cuando, y cada uno de sus movimientos le causaba un nuevo dolor en sus recientes cardenales.

—¿Por qué he de ser acróbata? decía; estos hombres son unos brutos, que me embrutecen y me tratan como á un caballo, y todo para hacerse ricos con mis verdugones y mis golpes. No quiero ser del circo!

Y sin meditar esta resolución, se dirigió á la ventana que daba al campo y saltó á tierra.

La noche estaba oscura y reinaba en el pueblo un silencio solemne; pero Gabriel no se acobardó, sinó que envolviéndose en el cobertor que aun pendía de sus hombros echó á andar en dirección de un cerro inmediato á la población.

—La compañía debe ponerse en marcha en la madrugada, y tal vez, pensaba Gabriel, no se detengan sólo por buscarme: me encaramo al cerro y desde allí los veo ir;

y cuando estén lejos me vuelvo al pueblo.

Serían apenas las once cuando Gabriel se encontraba enteramente fuera de la población y á la orilla de unos sembrados.

Vagaba al través de campos de un negror tristísimo aquel pequeño bulto blanco, tiritando de frío, y volviendo la cara á todas partes como esperando un peligro á cada paso.

Al fin la fatiga le obligó á moderar el paso y se detuvo junto á un árbol, antes de encumbrar la loma que había elegido como refugio.

No bien se hubo parado, le pareció ver brillar entre las malezas dos puntos luminosos; fijóse en ellos, y notó bien pronto que una forma negra se movía frente á él; se volvió bruscamente y percibió hacia el lado menos sombrío otra masa negra que se le acercaba, y después una tercera; y no sabiendo qué partido tomar hizo un movimiento abriendo los brazos como para ahuyentar aquellas visiones.

Los animales monteses huyeron en opues-

tas direcciones, y Gabriel triunfó del primer peligro.

—Son coyotes, pensó tranquilizándose.

Calculó enseguida que tendría que estar alerta toda la noche para no permitir que se le acercasen.

A este efecto comenzó á proveerse de piedras, con las cuales hizo un lío en su corbetero, y eligió un lugar escampado y una altura desde donde pudiera dominar el terreno.

Varias veces intentaron los coyotes rodearlo, pero Gabriel, vigilante y audaz, les arrojaba piedras y agitaba su cobertor y lograba ahuyentarlos.

Luchando con el sueño consiguió con grande esfuerzo no descuidarse hasta el momento de anunciarse el día.

Cierta claridad blanquecina en el Oriente volvió á Gabriel toda su tranquilidad, como si un padre cariñoso se anunciara lleno de poder y de fuerza para defender al pobre niño de todos sus enemigos.

Gabriel dejó exhalar de su alma la primera

oración inarticulada, en la forma de una mirada y una sonrisa á la luz del día. ¡Cuánta pureza había en aquella acción de gracias! ¡Cuánta inefable gratitud al Autor de la luz en la sonrisa de aquel niño, que iba dejando caer las piedras de sus manos, moradas de frío, para fijarse absorto en el crepúsculo!

A medida que crecía en el horizonte la zona de la luz, Gabriel volvía hacia Occidente el rostro, como para gozarse en contemplar la huída de las sombras.

—¡La luz! exclamó el niño, se abrió el cielo y de allí vino la luz y luego viene el sol...

Gabriel experimentó un enternecimiento profundo; se sentía agradecido y hubiera querido acariciar la luz.

—¡Qué larga es la noche, y qué horrible en el campo! todo está negro y triste: ¿esta noche qué haré?... Cuando se haya ido la compañía me volveré al pueblo y allí veré qué hago.

Entre tanto Gabriel se dirigió á la montaña sin perder de vista el pueblo.

Cuando estuvo á cierta altura, reconoció la calle por donde debería ver pasar á la compañía.

El sol doraba con vivos reflejos todo un panorama de esmaltadas nubes, que seme-
jaban suntuosas arquerías y pabellones de
filigrana, como para formar un templo al
astro del día.

Gabriel no cesaba de contemplar aquel
espectáculo, que por la primera vez le ha-
cía experimentar emociones de un género
tan grato: era la primera vez que Gabriel
se ponía en espontánea comunicación con
algo superior á los hombres y á todas las
miserias que rodeaban su vida, y se le-
vantaba del fondo de su alma el consuelo,
la paz y la esperanza.

Una vez exaltada la imaginación del ni-
ño, se fijaba con placer en cuantos objetos
le rodeaban, y todos sus temores y sus án-
sias de la noche, se habían convertido en
confianza y bienestar.

Con deleite escuchaba el canto de las
aves, y las buscaba con la vista entre las

ramas para espiar sus aleteos y sus caricias;
hasta las florecillas que se abrían á sus piés
le invitaban á la contemplación.

Esta serie de impresiones debían influir
poderosamente en la vida de Gabriel; acaso
este destello de espiritualidad lo induciría á
una nueva serie de contemplaciones y á la
perfección moral.

Ya lo sabremos más adelante.

El polvo que se levantaba en la calle del
pueblo, á eso de las ocho de la mañana,
anunció á Gabriel que la compañía empen-
día la marcha.

Distintamente llegaba á su oído el silbido
particular con que el payaso acostumbraba
llamar á sus camaradas y aún al mismo
Gabriel.

Conoció que en aquellos momentos lo
buscaban, y ocultándose tras de unos grue-
sos troncos, observaba los movimientos de
sus verdugos.

Al cabo de algún tiempo percibió que la
cabalgata desfilaba por un camino y salía del
pueblo seguida por la carreta de los equipajes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N.M.L.

Con esta confianza, y habiendo podido contar los bultos y cerciorarse de que todos los hombres de la compañía caminaban, sin que ninguno se hubiera quedado para buscarlo, se dirigió al pueblo; y como si el cielo hubiera recogido en su forma inarticulada la oración del niño en la mañana, en el pueblo le esperaba ya á Gabriel el alma compañera que necesitaba en su aislamiento, la compensación de su desgracia.

Vagaba Gabriel al acaso, sin saber qué partido tomar y buscando en el semblante de cada uno de los transeuntes alguno en que pudiera notar una señal de benevolencia.

Al fin cansado se sentó sobre una piedra; comenzaba á sentir la necesidad de comer, y pensó por la primera vez en lo terrible de este agujón de la humanidad, que ha sugerido á los hombres tan extraños y variados procedimientos para alimentarse.

Gabriel había ocultado la cabeza entre sus dos manos, y hacía tiempo que permanecía en esta postura cuando acertó á pasar por allí una persona.



Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos
y se puso en pié.

Era un viejo envuelto en una capa española color de aceituna, y llevaba puesto un sombrero fieltro de anchas y flexibles alas.

Se paró frente al muchacho, y después de contemplarlo inmóvil por largo tiempo le preguntó:

—¿Estás malo?

Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos y se puso en pié.

—¿Qué tienes? volvió á preguntar el viejo.

—Nada, contestó Gabriel con un acento que revelaba que en efecto no tenía nada.

Aquella manera particular de contestar llamó la atención del viejo, quien, fijándose en la fisonomía de Gabriel, empezó á comprender que éste sufría y disimulaba.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Nada, volvió á decir Gabriel.

—¿Quién es tu padre?

—Nadie.

—¡Nadie! repitió el viejo con cierta emoción, ¿no tienes padres?

—No señor.

—¿De qué vives?

—Vivía de hacer suertes; pero me dolía mucho el cuerpo, y como el payaso es muy bruto, me pegaba.

—¿Eras de los del circo?

—Sí, señor; pero no quise seguir, y me fui al cerro mientras se iban.

—¿Y ahora?

—Ahora, aquí estoy.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, señor; si V. me enseña á leer, iré.

Al viejo le llamó la atención que aquel muchacho, hambriento probablemente, pensara primero en aprender á leer.

El viejo echó á andar seguido por Gabriel; lo llevó á su casa, y desde aquel día nada faltó á Gabriel de cuanto pudiera apetecer. Aquel señor era un viejo viudo y rico que vivía hacía algunos años en el pueblo; vivía solo y era de un carácter reservado y taciturno.

Era servido por un ama de gobierno y por un criado.

Cuando llegó á su casa acompañado de

Gabriel, llamó al ama de gobierno y la dijo:

—Vea usted, Mariana, aquí le traigo á usted este jovencito, acabo de adoptarlo, y me propongo hacer de él un hombre de provecho.

Mariana torció el gesto, y revisó de arriba abajo á Gabriel.

—¿Con que lo ha adoptado usted, señor D. Santiago? Dios se lo tomará á usted en cuenta ¡Como al fin se logre!

—Se logrará, yo se lo aseguro á usted, Mariana; por ahora dele usted de comer, y disponga usted el cuarto chico para que sea su dormitorio. Ve, hijo, ve con Mariana y respétala: ella te va á querer mucho si te portas bien.

Mariana cumplió fielmente las órdenes de D. Santiago, pero á poco rato se apareció de nuevo.

—¿Qué se ofrece? preguntó D. Santiago.

—Nada, señor amo, sinó que como hay gentes tan ingratas, yo quería decir á usted que si ya pensó bien lo de adoptar al mu-

chacho, porque... en fin, usted está grande, y no sea que el chico sea un pillastre y no hayamos buscado más que quebraderos de cabeza.

—No tenga usted cuidado, Mariana; el muchacho tiene muy buena frente, y me prometo hacer de él un hombre de provecho.

—¡Eso es tan difícil en el día!...

—No lo crea usted, Mariana; hoy disfrutamos en el país de las ventajas de la educación pública, en una escala que me hace concebir muy lisonjeras esperanzas para el porvenir.

—¿La educación? ¿Y en el día, señor don Santiago? será lo peor que pueda usted hacer; hoy se enseña á todos los muchachos á herejes y á liberales; da horror ver como está la juventud, señor D. Santiago: la prueba es que este muchacho no sabe el Catecismo; va á cumplir siete años, según entiendo, y no sabe los misterios de nuestra santa religión, y por este ejemplar se conocen todos; hoy los niños no se

ocupan del Catecismo; lo cual es cosa que me tiene verdaderamente escandalizada.

—¡Cuándo en mis tiempos, señor don Santiago, había de suceder esto! ya se ve, entonces se creía que para ser feliz un hombre, era indispensable que supiera nada más que sus deberes como cristiano; pero hoy, primero son las matemáticas y las... qué sé yo qué gerigonza de librajos traen entre manos, porque yo cada día oigo mentar libros nuevos; es cosa que el hijo de la cocinera de acá dice que está aprendiendo no sé que cosa de ografía.

—Será geografía.

—Eso, señor, la geografía, y el muchacho no sabe todavía como ha de confesarse; ¿lo pasará V. á creer, señor don Santiago?

—Es muy fácil.

—Quiere decir que V. le va á enseñar á este niño todas esas cosas de la geografía, y á hablar como los extranjeros, y á todo.

—Sí señora, voy á ver si mi hijo adoptivo llega á presidente de la república.

—¡Dios nos ampare y nos defienda de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTREY, N.M.

semejante cosa! pero ya se vé, eso si no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—Un huérfano, un pobre como éste!

—Pero si este pobre llega por la instrucción á ser un hombre de provecho, puede aspirar como todos los buenos ciudadanos que saben distinguirse por sus virtudes cívicas, á la primera magistratura.

—¡Ay! señor don Santiago, con razón estamos como estamos; si nos vemos expuestos á ser mandados el día menos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertía con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con don Santiago, quien como hemos dicho, tenía una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.



CAPÍTULO VI.

EL VIENTO DE FEBRERO.

DON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasión de conocer que no se había equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenía un bello corazón y una organización admirable para el estudio; don Santiago, por su parte era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 BONTREY, MEXICO

semejante cosa! pero ya se vé, eso si no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—Un huérfano, un pobre como éste!

—Pero si este pobre llega por la instrucción á ser un hombre de provecho, puede aspirar como todos los buenos ciudadanos que saben distinguirse por sus virtudes cívicas, á la primera magistratura.

—¡Ay! señor don Santiago, con razón estamos como estamos; si nos vemos expuestos á ser mandados el día menos pensado por gente así, como este muchacho, salida de la nada.

D. Santiago estaba acostumbrado á tolerar las confianzas y las impertinencias de Mariana, y se divertía con sus apreciaciones; ya se vé, Mariana era tal vez una de las muy pocas personas que hablaban con don Santiago, quien como hemos dicho, tenía una manera particular de vivir, y pasaba en el pueblo por un misántropo, de quien circulaban extraños y fantásticos cuentos.



CAPÍTULO VI.

EL VIENTO DE FEBRERO.

DON Santiago encontró muy de su gusto á Gabriel, y bien pronto tuvo ocasión de conocer que no se había equivocado en creer que aquel muchacho era susceptible de un perfeccionamiento moral rápido y notable.

En efecto; Gabriel tenía un bello corazón y una organización admirable para el estudio; don Santiago, por su parte era un hombre ilustrado y progresista, aunque las decepciones de su vida le hubiesen obligado

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 BONTREY, MEXICO

á vivir aislado, huyendo siempre de hacer el papel de leguleyo de pueblo.

No obstante, la mayoría de los vecinos de éste le hacían justicia en cuanto á su saber, y le pedían generalmente consejo en todas las situaciones difíciles.

Don Santiago, á pesar de todas las reticencias y vacilaciones de Mariana, se dedicó con una solicitud verdaderamente paternal á la educación de Gabriel, quien por su parte mostraba las más felices disposiciones para el estudio, y su inteligencia se desarrollaba diariamente al benéfico y provechoso influjo del sistema empleado por don Santiago; de manera que en poco tiempo Gabriel poseía ya los rudimentos de la primera educación, y estaba en aptitud de emprender estudios de más consideración.

A este efecto se hacía indispensable que Gabriel continuara su educación en México, y don Santiago, que en muchos años no se había movido del pueblo, decidió hacer un viaje á la capital á fin de asegurar el aprovechamiento de su hijo adoptivo.

En esta época ya el cariño de Gabriel formaba en el corazón de don Santiago uno de sus más vehementes sentimientos, porque el joven se había hecho acreedor, con su conducta, á la estimación de cuantos le conocían, y al más acendrado cariño por parte de don Santiago.

Soplaba á la sazón el viento de febrero.

Gabriel estaba solo y en el campo.

Después de la fría calma del invierno, la naturaleza parecía tomar aliento en la obra perpetua de sus regeneraciones.

Ráfagas violentas semejaban falanges de seres movedizos que se arrastraban por los sembrados y los valles, que lamían las faldas de las montañas, y desasosegados y pertinaces, rizaban unas veces los lagos y otras veces sacudían las empolvadas copas de los árboles escuálidos.

De repente cesaban los turbiones, y en lontananza se destacaban algunos remolinos que levantaban las últimas hojas secas del campo hasta las nubes.

Otras veces, silbador y ronco, caracoleaba

el viento entre las malezas agitando los varejones y desentretrejiendo las enredaderas secas, las aristas presas en los breñales, las hojas que pasaron el invierno en pelotón informe entre dos recodos sirviendo de casa á los insectos.

Rugía por todas partes doblgando algunas plantas polvosas y macilentas, y en toda la naturaleza se notaba no sabemos qué festinación precursora de una fiesta.

No eran los anuncios de una ruina próxima, no era el huracán embravecido é implacable; sinó un viento precursor de las delicias primaverales que llegaba sacudiéndolo todo y como reprendiendo al invierno por sus despojos y por sus estragos.

Este viento ejecuta millones de actos solemnes y de una importancia incalculable: su soplo, verdaderamente vivificador, arranca de los vértices de las hojas los dañosos amontonamientos de despojos que obstruyen la vegetación, desenlaza dos plantas que durmieron abrazadas durante el invierno, las despierta y les avisa que estén listas para

el trabajo del crecimiento y la reproducción.

Barre sobre las gramíneas llevándose las hojas y las escorias perniciosas hasta depositarlas en un escondite de piedras, ó las oculta en un barranco ó en un arroyo, ó las desmenuza para que desaparezcan á la vista.

Reprende á los insectos perniciosos que habían plegado las hojas con su baba para fabricarse cuarteles de invierno; desaloja á algunos intrusos aventureros que pretendían perforar las plantas y roerles el corazón; echa á silbidos otros que amenazaban una yema y hasta pide á las nubes algunos goterones para que le sirvan de proyectiles contra la canalla que usurpa el terreno de las flores que vienen.

Las aves, al sentir ese viento que riza sus plumas, lo resisten, volviéndole la cara, y adivinan la estación que se avecina, y en medio de aquel trajín de aseo general, arréglanse con el pico las últimas plumas de la muda, péinanse su pechuga de pluma nueva, y aderezan su interesante vestido con

que se presentarán en la primavera, en cuya época es necesario cantar bien y estar aseado.

De vez en cuando dirigen las aves una mirada al cielo que se empaña, para aparecer más tarde brillante y diáfano.

Verdeguean sobre despojos inertes las ramas que aún subsisten y van á ver brotar las nuevas hojas, y debajo de la tierra se prepara por todas partes el gran trabajo de las savias, como si la voz de ponerse en acción se hubiese propalado en las inmensas zonas fértiles; y los millones de obreros microscópicos, ese mundo oscuro de chupadores de jugos se pone en movimiento para dar vida y jugos desde los individuos seculares hasta los pequeñuelos ejemplares de la vegetación.

El aviso solemne se propaga en ecos, en murmullos y en silbidos; en los chasquidos de las breñas, en el rodar de las escorias y en la pertinacia de algunos gemidos que se producen en las junturas de una choza abandonada, y tal vez en los mil postreros ayes

de angustia, de las hojas secas que van á perderse en el abismo.

Gabriel contemplaba este cuadro de la naturaleza, y sentía cierto placer melancólico al ver rodar las hojas; y es que encontraba una misteriosa analogía entre el estado de su alma y aquellos preparativos que iban á cambiar la faz de la naturaleza.

Gabriel sabía que iba á abandonar aquel pueblo hospitalario y querido, y que un porvenir lleno de flores le esperaba.

Venir á México, era para Gabriel un acontecimiento tan plausible, que lo consideraba como la realización de un sueño.

Por fin, llegó el día fijado para la marcha; D. Santiago se había provisto de caballos y estaban listos ya dos criados y una mula de carga; se había cerciorado detenidamente de la buena andadura de su caballo, del buen estado de los arneses, y había preparado con método y orden de todo cuanto pudiera apetecer en materia de comodidades.

—Lo estoy viendo y no lo puedo creer,

decía Mariana; ¡será posible que el señor D. Santiago, que lleva tantos años de no querer moverse de su rincón por nada de esta vida, vaya ahora á emprender un camino tan largo sólo por ese muchacho? Ya se ve, no se puede negar que el chico es bueno; pero no al grado de sacar al pacífico de mi amo de sus arregladas costumbres; ¡y todavía sabe Dios los trastornos que se originen, ó si va á sucederle algo por esos caminos, que dicen que están tan malos! Pero qué hemos de hacer! no parece sinó que Gabriel no es huérfano, sinó hijo legítimo del señor don Santiago.

Ya hechos todos los preparativos de la marcha, aún probó Mariana de disuadir á su amo de lo que ella llamaba una locura; pero nada pudo conseguir, y llegó por fin el día de la partida.

Gabriel no había podido dormir pensando en su dicha, y fué el primero que estuvo listo, esperando sólo el momento de marchar.

—¡Ea! dijo D. Santiago saliendo de su habitación; ya creo que nada falta.

Hizo sus últimos encargos á Mariana y montó á caballo, Gabriel lo imitó, y seguidos por los dos criados y la mula de carga, salieron del pueblo.

D. Santiago tenía que pararse al pasar por cada tienda y por cada esquina para dar razón de su marcha á los vecinos, para quienes aquello era un acontecimiento extraordinario; pero después de no pocas detenciones, saludos, encargos y despedidas, la pequeña caravana se encontró en des poblado y el caballito de D. Santiago desplegó todo su sobrepaso.

Gabriel procuraba no alejarse de don Santiago á quien hacía preguntas incesantes.

—A mí me gustan los muchachos preguntones, decía don Santiago; esos son los que aprenden ó los que llegan á saber algo.

De manera que con estos antecedentes Gabriel, bien sea por su deseo de saberlo todo ó por halagar á don Santiago, no cesaba de hacerle preguntas sobre todo lo que veía, y don Santiago, por su parte, se encontraba satisfecho, pues tenía ocasión, á cada pre-

gunta de su hijo adoptivo, de darle nociones sobre multitud de conocimientos.

Ningún incidente digno de notarse aconteció á don Santiago en los primeros días de camino; pero una tarde uno de los criados se dirigió á su amo para decirle:

—Patrón, usted dirá si seguimos.

—¿Por qué ¿qué hay?

—Dice el de la tienda que ahí abajo de la loma anda *el Pájaro* con otros.

—¿Y quién es *el Pájaro*?

—Pos es de los compadres.

—¿Pero á nosotros, qué nos pueden quitar? Ya saben ustedes bien que no traemos nada de valor.

—Pos cuando menos nos dejan á pié, señor amo; luego *el Pájaro* anda con diez ó doce.

—¡Tantos así! exclamó don Santiago espantado.

—Y yo no sé, continuó el criado, cuántos traerá, y ya verá su *mercé* que lo que es por nosotros en cualquier rato nos chispamos y como Dios nos dé á entender desta-

pamos; ¡y cuándo nos cojen! pero su *mercé* no podrá hacer lo mismo. Y luego que las armas ¿de qué sirven cuando son muchos? Por mí, lo que su *mercé* disponga; yo cumplo con avisar.

—Me parece, dijo don Santiago reflexionando, que lo prudente será averiguar si esa noticia es cierta, y luego si se sabe la gente que traen.

Se decidió en consecuencia que uno de los criados, el más conocedor del terreno, se adelantara á pedir informes, y volviera con ellos, antes de seguir adelante.

Gabriel pretendió acompañar al explorador y estaba deseoso de tener su primer lance de armas, pues que armado iba, y sentía vehementes deseos de que llegara el caso de hacer uso de una mala pistola que le habían proporcionado.

Pero don Santiago no consintió en la separación del joven, quien contrariado, pero obediente, se resignó á esperar.

Hubo necesidad de pernoctar en un pequeño rancho, y esperar tranquilamente la

vuelta del explorador, quien no regresó hasta la mañana siguiente, trayendo la noticia de que efectivamente habían pasado por el camino real *el Pájaro*, un tal Gómez y dos hombres más; pero que como había salido una fuerza rural á perseguirlos por los crímenes que por allí habían cometido, estaba seguro el camino y se podía transitar sin ningún peligro, de manera, que, apenas hubo llegado esta noticia, los viajeros se pusieron en marcha.



CAPÍTULO VII.

DOS COMPADRES CURIOSOS.

MIENTRAS camina D. Santiago, volvamos á seguir los pasos de Gómez, de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde la escena del panteón del pueblo.

Gómez, acostumbrado á conseguir todo lo que deseaba, tenía ya ese aire resuelto y esa audacia que caracteriza á los hombres incultos y feroces.

La pasión que concibió por Salomé lo volvió loco, y desde el momento en que la conoció, no pensó en otra cosa que en pre-

vuelta del explorador, quien no regresó hasta la mañana siguiente, trayendo la noticia de que efectivamente habían pasado por el camino real *el Pájaro*, un tal Gómez y dos hombres más; pero que como había salido una fuerza rural á perseguirlos por los crímenes que por allí habían cometido, estaba seguro el camino y se podía transitar sin ningún peligro, de manera, que, apenas hubo llegado esta noticia, los viajeros se pusieron en marcha.



CAPÍTULO VII.

DOS COMPADRES CURIOSOS.

MIENTRAS camina D. Santiago, volvamos á seguir los pasos de Gómez, de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde la escena del panteón del pueblo.

Gómez, acostumbrado á conseguir todo lo que deseaba, tenía ya ese aire resuelto y esa audacia que caracteriza á los hombres incultos y feroces.

La pasión que concibió por Salomé lo volvió loco, y desde el momento en que la conoció, no pensó en otra cosa que en pre-

parar un rapto, para lo cual contó en todo con su amigo el Pájaro.

Este asunto llegó á estar arreglado, especialmente desde el momento en que Salomé sintió que iba á ser madre, y se consideraba sin valor para arrostrar la justa cólera de su marido.

La casa de Salomé no era de las céntricas del pueblo, y formaba la esquina de una pequeña manzana, que en su mayor extensión de terreno pertenecía al marido de Salomé.

El costado izquierdo de la casa formaba parte de una calle angosta que conducía al campo, y en esta calle sólo había una puerta y dos ventanas, pertenecientes al departamento de la servidumbre y los macheros.

Con alguna frecuencia aparecían á eso de las once de la noche, especialmente en las más oscuras, dos ginetes, que, conduciendo sus cabalgaduras con extraordinaria precaución, llegaban sin hacer el menor ruido á cierta distancia de las ventanas; allí quedaba uno de ellos y el segundo avanzaba len-

tamente hasta colocarse al pié de una de las ventanas.

Todo esto pasaba en medio del mayor silencio y sin ser notado por los vecinos; hasta cierta noche en la cual aquella escena tuvo un testigo presencial.

D. Máximo, el dueño de una tienda situada á corta distancia y en dirección de la calle angosta de que hemos hablado, se retiraba una noche á su casa, preocupado con el relato de ciertos crímenes que habían formado el tema de la conversación de su tertulia favorita.

Notó don Máximo, á pesar de la oscuridad de la noche, que á lo lejos se destacaban dos bultos; paróse á observar y conoció que los bultos avanzaban con precaución, y entónces pareció conveniente á D. Máximo ocultarse en el hueco de una puerta para observar lo que pasaba.

Don Máximo tenía un compadre, que á la vez era el hombre de todas sus confianzas.

— Compadre, le dijo al día siguiente, ten-

go que participar á usted un acontecimiento: anoche á eso de las once y media vi en la dirección de mi casa y como quien sale del pueblo hacia el Oriente...

—¿Qué vió usted, compadre?

—Dos bultos.

—¿De hombres?

—Probablemente; eran dos ginetes.

—¡Tan tarde y dos ginetes! ¿Serían correos?

—No, compadre, porque iban espacio, y como recatándose: ¿me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y qué hicieron los bultos?

—Se pararon: después uno de ellos se separó de su compañero y avanzó hacia la izquierda, y el otro se quedó esperando.

—¡Haya cosa!

—El que avanzó se pegó á la pared, y allí se estuvo como más de dos horas.

—¿Y usted, compadre?

—Yo me estuve observando, ¿Me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y luego?

—Luego se juntaron los bultos y se fueron.

El compadre se quedó pensando largo tiempo, y luego preguntó:

—¿Dice usted que á lo largo de la calle?

—Hacia el Oriente.

—¿Más allá *dencá* don Antonio?

—Más.

—¿Pasada la tienda?

—¿Más allá.

—¿Entonces en la última calle?

—¡Eso es!

—Pues en la última calle no hay más que la puerta de los macheros de la casa de Salomé.

—Pues eso es lo que yo digo.

—¿De manera que allí sería donde el ginete se paró?

—Yo creeré que sí.

Pues vea usted, compadre: como el marido de Salomé tiene sus medios y es tan confiado, no será extraño que lo estén espionando para darle un golpe de mano.

—¿Le parece á usted que sería bueno avisar? preguntó D. Máximo.

—Vea usted, compadre, en todo es bueno ser prudente.

—¡Cómo prudente!

—Quiere decir, que si no es lo que nos figuramos...

—¿Pues qué otra cosa puede ser?

—Puede ser... muchas cosas: en primer lugar puede ser cosa de amores.

—En todo mete V. los amores, compadre.

—En todo los hay, compadre; vea usted qué tengo mucho mundo.

—Pero si son amores ¿de quién cree usted que se trata?

—Pues nada.... yo diría que de las criadas de doña Salomé.

—Sabe V. que tiene razón, compadre?

—¡Ya lo ve usted!

—Y si son amores de las criadas ¿para qué nos metemos?

—Es verdad; ¿pero y si no son?

—Por eso será bueno averiguar el hecho.

—Vamos á averiguarlo.

—Vamos.

—¿Cómo harémos?

—Es muy sencillo: enfrente de la tapia y las ventanas del costado izquierdo de la casa de doña Salomé, está la tapia del corral de D. Pascasio.

—¿Y qué?

—D. Pascasio no está en el pueblo; y en la casa no vive más que su mayordomo y dos peones.

—Ya comprendo, compadre; nos metemos esta noche con cualquier pretexto.

—No, compadre Máximo, no es tan sencillo eso, porque entonces nosotros seremos los que vamos á inspirar sospechas.

—¿Pues qué cree V. que será lo más conveniente?

—En primer lugar, debemos cerciorarnos de si lo que V. vió anoche no es una casualidad, sinó una cosa constante y positiva.

—¡Tiene V. razón!

—Y una vez averiguado que la escena se repite, entonces veremos cómo nos introducimos en la casa de D. Pascasio.

—¡Eso es!

—Y entre tanto, no hay que decir nada á nadie de este acontecimiento.

—Por mi parte guardaré secreto, y esta noche observaremos los dos.

—No hay necesidad de que yo me desvele, compadre; V. que se retira tarde de su tertulia, vuelva á poner cuidado, y si esta noche se repite la escena le ofrezco á usted que mañana la veremos de cerca.

—Me parece muy bien.

Á la noche siguiente D. Máximo se puso en acecho á eso de las once y media; pero la noche estaba lluviosa y oscura y nada podía distinguir desde donde había observado la noche anterior; de manera que tuvo necesidad de avanzar en dirección del lugar de la escena.

Daban las doce cuando vió los dos bultos, y favorecido por la oscuridad, avanzó cuanto le fué posible; pero nada sacó en limpio sinó que el ginete estaba probablemente

hablando con alguien, que se asomaba á una de las ventanas.

Cerca de la una, D. Máximo, entumecido y soñoliento, se retiró á su casa.

Al día siguiente volvió á entablar la plática con el compadre.

—Compadre, dijo D. Máximo, los ví.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Como antes de anoche?

—Lo mismo. Se fueron cerca de la una.

—Pues esta noche los veremos cerca.

—Convenido.

—Voy á preparar las cosas.

—Aquí estaré esperando á usted. ¿Á qué hora nos veremos?

—Volveré en el día para que convengamos la hora de la cita.

Los dos compadres tuvieron desde entonces, el más formal empeño en conocer el misterio que encerraba la aparición nocturna de los dos ginetes.

El compadre de D. Máximo era uno de los vecinos más antiguos del pueblo: cono-

cía á todos y era muy inclinado á interiorizarse en los asuntos de los demás, por poco que los tales asuntos le importaran; pero en un pueblo corto, la curiosidad es un constante motor, y dejar pasar algo desapercibido, es una cosa imperdonable.

D. Antonio, que así se llamaba el compadre de D. Máximo, comprendió la necesidad de no inspirar sospechas al mayordomo de D. Pascasio, á cuya casa iba á penetrar para ver de cerca lo que hacían los ginetes misteriosos.

Pedir permiso para penetrar en la huerta de D. Pascasio á las once de la noche, era desde luego una pretensión que debía inspirar sospechas; pero D. Antonio encontró bien pronto un expediente.

—Amigo D. Mateo, le dijo al mayordomo, necesito de sus buenos servicios.

—Estoy para que usted me mande, contestó el mayordomo quitándose el sombrero.

—No es nada, D. Mateo; ha de estar usted que tanto á mi compadre Máximo,

como á mí nos comprometen en casa del licenciado á jugar todas las noches; y aunque no es más que de á medio el tanto, el negocio se va volviendo ruinoso, y mi compadre y yo hemos decidido retirarnos del jueguito.

—Me parece muy acertado, señor don Antonio.

—Pero es el caso que se nos han agotado las excusas, y hemos tenido que recurrir al arbitrio de decir que esta noche estaremos fuera de la población, y para no caer en mentira.....

—Ya entiendo quiere usted pasar una mala noche.

—Efectivamente.

—Pues si eso es todo, señor D. Antonio, no necesitaba usted ni avisarme: puede usted disponer de toda la casa, que al fin mi patrón, el señor D. Pascasio, es buen amigo de su persona de usted.

—Pues estamos convenidos; esta noche, á eso de las diez, estaré aquí con mi compadre. ®

—A la hora que sus mercedes gusten, que no faltará cena y cama para dos.

—En cuanto á cena no hay necesidad, porque la haremos temprano, pero en cuanto á la cama sí, es preciso aceptarla.

— Todo estará dispuesto.

Don Antonio se retiró satisfecho de su ardid que comunicó en el acto á su compadre, y poco antes de las diez de la noche de ese mismo día, estaban perfectamente alojados en la casa de don Pascasio, merced á la buena voluntad del mayordomo.

No bien se hubieron cerciorado los dos compadres de que Mateo se había encerrado en su habitación, cuando abriendo con precaución las puertas, se dirigieron á la huerta.

Don Antonio tenía medidos los pasos y á partir de un punto dado comenzó á contar los que era necesario andar á lo largo de la tapia para venir á parar precisamente en el punto que quedaba frente á las ventanas de la casa de Salomé.

—¡Aquí es! dijo don Antonio parándose, y sacando de una vaina de cuero un ancho

cuchillo, con el que comenzó á rascar la juntura de dos adobes, hasta lograr hacer un pequeño agujero que le permitiera ver la ventana deseada.





CAPÍTULO VIII.

EL RAPTO Y LA CRECIENTE CURIOSIDAD DE LOS COMPADRES.

A eso de las doce de la noche, llegaron á la calle los dos ginetes misteriosos, y apenas se sintieron los pasos de los caballos, se abrió la ventana y apareció Salomé.

—Esta noche, dijo Gómez acercándose, es la última que espero tu resolución, y supongo que no la retardarás por más tiempo.

—¿Pero acaso no nos estamos viendo todas las noches?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1923 MONTREY, MEXICO

—Esto no me basta; yo necesito vivir á tu lado y verte constantemente; necesito verte á la luz del día y sin esconderme; además, esta situación no puede prolongarse por más tiempo; pues si hasta ahora han podido pasar desapercibidas nuestras entrevistas, alguna vez llegarán á notarlas y entonces será muy difícil, tal vez imposible, tomar una resolución.

—Debes á tu vez tener presente, contestó Salomé, que el sacrificio que me exiges es de tal manera grave, que una vez consumado no caben reparación ni remedio.

—¡Reparación! rugió Gómez incomodándose; ¿para qué necesitamos reparación? ¿ó serías capaz de exigirme que le pida perdón á tu marido?

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento de ira tan concentrado que Salomé tembló.

El terror había tenido una parte tan activa en la conducta de Salomé, que ella misma no había podido averiguar hasta entonces, si temía á Gómez más de lo que lo amaba.

Desde los primeros momentos, Gómez ejerció sobre ella un ascendiente irresistible, se sintió impotente para luchar, y en el sopor de los primeros momentos, Salomé encontró más fácil sacrificar su dignidad, que arrostrar con la ira de Gómez.

Salomé no lo conocía, ignoraba completamente los antecedentes y la conducta de Gómez, y ella misma no podía explicarse el temor instintivo que la inspiraba, pues se sentía incapaz de toda resistencia.

Es tal el corazón de la mujer que no puede aborrecer al autor de su desgracia: por el contrario, esto la estrecha más y la subyuga.

Si Gómez hubiera ofrecido á Salomé una felicidad deslumbradora, Salomé se hubiera sentido capaz de desdeñarla; pero Gómez era el autor de su desgracia, y esta contemplación engendraba en su alma el sentimiento que ella confundía con el amor.

Fluctuando entre un marido justamente indignado y un amante decidido á arrosarlo todo por ella, teniendo además la conciencia de una falta irreparable, prefería

huír de la cólera del marido á arrostrar la del amante.

Su propia falta era de tal naturaleza, que la colocaba en una pendiente en la que no podía ni rehabilitarse ni retroceder.

Gómez, por su parte, acostumbrado á no dominar sus instintos, se dejaba llevar por aquel amor, echándose en cara la debilidad con que hasta entonces había obrado; de manera que en el momento en que lo vemos hablar con Salomé, está enteramente resuelto á llevar á cabo el rapto proyectado.

La conferencia aquella noche fué más larga que de costumbre, al grado que el Pájaro daba, por primera vez, á los diablos su misión de acompañante, y por su parte estaba también resuelto á que aquella situación no se prolongase.

Los dos compadres, atisbando cada uno por su tronera, pues don Máximo había tenido tiempo de hacer la suya, se habían enterado de la situación á pesar de haber perdido la mayor parte de las palabras que los amantes se decían muy por lo bajo.

Por fin, Salomé consintió en que á la noche siguiente á la hora de costumbre, en vez de asomarse á la ventana abriría la puerta.

Gómez se despidió ofreciendo estar puntual á la siguiente cita, que sería la última, y los dos compadres dieron fé de esta despedida y se retiraron á su habitación.

La ocasión era propicia para Salomé, porque su marido estaba ausente, y hasta entonces no se había apercebido de la infidelidad de Salomé.

Cuando ésta volvió á su habitación se entregó de lleno á sus reflexiones.

—Esto no tiene remedio, pensaba, yo no debo vivir al lado de un hombre á quien engaño; yo no podré ocultar mi falta, no; ni quiero ocultarla; yo no he sido dueña de mí; Gómez me fascina, juega con mi albedrío, con mi fé, con mi resistencia; hay en él algo que me atrae como el fondo del abismo.... sí, estaba escrito que debía pertenecerle.

Robusteciendo más y más su resolución se dispuso á hacer sus preparativos; no

sabía qué era lo que había de dejar en aquella casa que no había de volver á ver nunca, y le parecía cometer un robo al pensar en llevar algo de lo que le pertenecía.

Quemó algunos papeles y dió su última mirada á todos los objetos que le eran queridos, á todas esas pequeñas chucherías que forman el museo de algunas mujeres.

Vió su corona de azahares, la corona nupcial, y la cubrió inmediatamente, como si aquel emblema de pureza le lanzara un reproche por sus liviandades posteriores.

¡Cuánto sufrió Salomé! solo en el corazón de una mujer cabe esa minuciosa y amarga despedida subdividida en mil pequeños objetos, en mil complicados y pueriles recuerdos, en mil delicadas y sutiles vacilaciones.

Pero lo que había de notable en el estado moral de Salomé, era que su resolución no dimanaba del entusiasmo que inspira una pasión: no había en Salomé el alborozo de la mujer amada que va á realizar sus sueños de felicidad y á indemnizarse de sus angus-

tias, nó; en Salomé había la fascinación del suicida, el capricho sostenido por una idea pertinaz y sin solución; y en todo ello un fondo de despecho que lejos de sonreír temblaba ante un porvenir que por intuición se figuraba negro y triste.

No pudo en toda la noche conciliar el sueño; las horas se habían precipitado unas tras otras con la festinación de sus ideas arrastradas por aquel torbellino que la impelía con la fuerza de un destino irresistible.

Tenía Salomé una criada de confianza, según hemos visto: Gertrudis. Esta criada en quien el marido de Salomé depositaba toda su confianza, había criado á Salomé y no se había separado nunca de su lado: la vió nacer, la alimentó, la vió crecer, la vió casarse, y ahora la estaba viendo tal vez por la vez postrera.

La presencia de Gertrudis fué para Salomé tal vez el más serio de los reproches. Gertrudis la quería tanto, que al día siguiente se moriría de pena la pobre anciana al saber que su hija había desaparecido para siempre.

Casi estuvo Salomé á punto de arrepentirse, y sintiendo que vacilaba se decidió á no ver más á Gertrudis en el día.

Las horas le parecían eternas, y cada uno de los objetos que contemplaba Salomé, parecían decirle adiós con una tristeza indecible; de manera que procuraba no fijarse en nada que pudiera influir en debilitar sus resoluciones, pues necesitaba de todas sus fuerzas para cometer una acción no menos reprobable que su primera falta, pero que ella consideraba como consecuencia precisa de su destino!

Los dos compadres estaban abismados y sin saber qué partido tomar.

—¿Sabe usted, compadre, que el caso es bastante comprometido?

—¡Pues ya se ve que lo es!

—¿Impedimos el rapto?

—¿Pero con qué derecho?

—¡Toma! con el de amigos del marido.
¿Me comprende usted?

—¿Pero cómo impedirlo sin hacer un escándalo, sin deshonrarlo previamente, sin

tener que dar parte á la autoridad, sin hacer público el hecho?

—Y luego, agregaba el otro compadre, ¿si nos ha parecido, si no es un rapto lo que el ginete pretende?

—No, compadre, en cuanto á eso, yo estoy cierto que lo que es rapto.... en fin, yo estoy seguro: ya sabe V. que yo tengo mucho mundo, y lo que á mí me da en el corazón ¡jure V. que sale, compadre!

—Pues V. dirá lo que será bueno hacer, porque si por otra parte nos conformamos con ser simples espectadores, nos convertiremos en cómplices, y entonces sí tendremos que echarnos en cara con respecto á nuestra amistad con el marido.

—Eso es muy cierto.

D. Máximo y D. Antonio pasaron también la noche en vacilaciones, y á la madrugada los venció el sueño sin haber podido encontrar una solución á aquel enigma.

Pero llegó el día y se hacía preciso tomar una resolución, y D. Antonio, sin pensarlo más, se dirigió á la casa del prefecto.

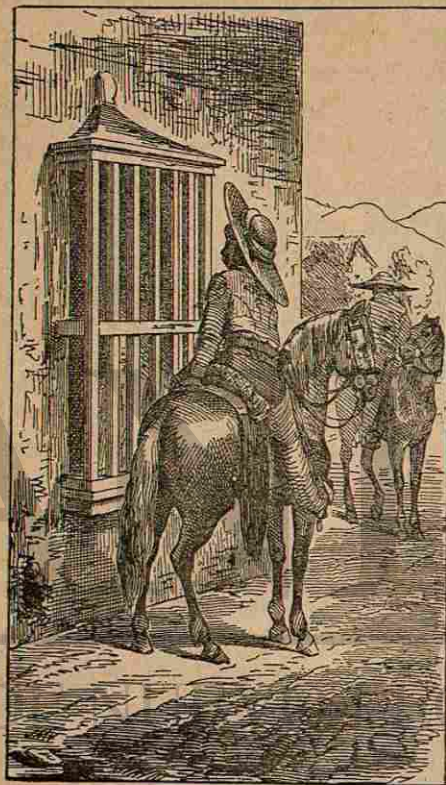
Solicitó tener con la autoridad una conferencia secreta en la que le reveló sus sospechas, y por vía de consulta le contó cuanto sabía sobre el particular.

Al prefecto le ocurrió emboscar una ronda al término de la calle para cortarles la retirada á los raptores, disponiendo á la vez que D. Máximo, D. Antonio y él mismo estarían en acecho, y en el momento de entrar los dos ginetes en la calle consabida, rodearlos y apoderarse de ellos.

Estas disposiciones se tomaron con el mayor sigilo, y al Jefe de la ronda se le dijo que se trataba de capturar á dos *mañosos* recomendados por exhorto recibido en el juzgado.

Todo se dispuso convenientemente, y los diversos actores de la escena que iba á pasar en la noche, se disponían cada uno por su parte á verla realizada de muy distinto modo de como iba á pasar.

Gómez tenía á su disposición tres magníficos caballos, y ya había tomado sus medidas para huir con su prenda á lugar seguro.



LOS GINETES MISTERIOSOS.

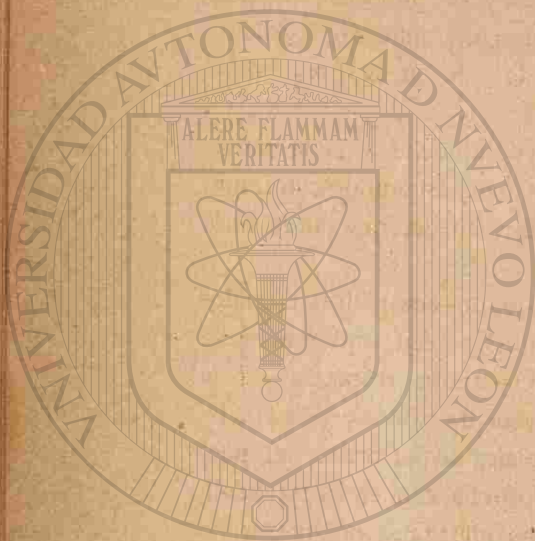
El Pájaro se felicitaba porque llegaban á tener término las excursiones nocturnas, en que se fastidiaba soberanamente.

Los compadres y el prefecto pensaban que iban á dar un golpe maestro, y Salomé estaba segura de que su destino estaba fijado.

En tanto llegó la noche y cada uno se preparó para el lance, esperando con impaciencia las once y media que era la hora crítica.

El prefecto y los dos compadres, armados hasta los dientes y bien embozados, se apostaron á respetuosa distancia de la ventana de la casa de Salomé, y la ronda, oculta en una casita de las orillas del pueblo, esperaba dormida, casi en su totalidad, las órdenes de su Jefe; pues ninguno había comprendido la causa de que la ronda se hubiese hecho aquella noche encerrados en una casa, en vez de recorrer la población como lo hacían siempre.

Pero como es obligación del soldado callar y obedecer, los rondadores se acom-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daron con facilidad á la idea de esperar acostados mejor que andando.

Dieron las once, y Salomé no pudo contener sus lágrimas al ver dormida á Gertrudis; dirigió todavía una última mirada á su habitación, y se dirigió al desierto departamento de los macheros, llevando en la mano la llave de la puerta que le iba pareciendo á Salomé la llave del cementerio.

Se sentó tras de la ventana sin abrirla y sólo poniendo el oído atento á las pisadas de los caballos; pero ningún ruido se percibía, á excepción de los aullidos lejanos de un perro.

Un perro, el animal doméstico, el festivo y leal compañero del hombre, tiene á veces una manera de contarle á la noche sus desgracias, que hace estremecer de horror al que lo escucha.

En efecto, ¿qué ecos más lastimeros y profundos que los de uno de esos perros vagabundos que en la mitad de una noche sombría, levantan la cabeza en ademán de

angustia y lanzan el prolongado gemido de un dolor que nadie comprende?

Aullidos de esta naturaleza eran los únicos que de vez en cuando turbaban el silencio de la noche.

Dieron las doce y los ginetes no parecían: aquella tardanza estaba produciendo en los ánimos un viva impresión.

Salomé, por su parte, estaba tan conmovida que había perdido la idea del tiempo transcurrido; aún le parecía que se había adelantado á la hora de la cita.

El prefecto comenzó á dudar de la veracidad de los compadres y á temer que éstos hubieran procedido con ligereza.

D. Antonio pensaba que tal vez el raptor sería persona de la población y que había tenido tiempo de saber que se le preparaba una emboscada, y había prescindido, por aquella noche, de poner en ejecución el plan proyectado.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que en dudas y conjeturas dió la una, y los raptos no parecían; el encargado de la ronda

se fastidiaba esperando la ocasión de atacar al enemigo que no daba señales de vida.

Por fin, á eso de las dos y media de la mañana, el prefecto y los compadres decidieron recoger la ronda y esperar otra oportunidad.

Salomé permaneció tras de la ventana toda la noche, y al notar que el día despuntaba ya, se retiró á su habitación, no sabiendo á qué atribuir aquella extraña desaparición de Gómez.



CAPÍTULO IX.

—
DON MÁXIMO NO ABANDONA EL GRAVE
PROYECTO DE AVERIGUAR
LO QUE PASA.

PASARON seis meses sin que los dos compadres volvieran á ver á los ginetes misteriosos; el prefecto tuvo á solemne embuste la denuncia, aunque los compadres habían visto con sus propios ojos á los ginetes, habían oído hablar á Gómez con Salomé, y no les cabía la menor duda de que se trataba de un raptó. ®

Los dos compadres entraron en sosiego por algunos días en materia de espionaje y

se fastidiaba esperando la ocasión de atacar al enemigo que no daba señales de vida.

Por fin, á eso de las dos y media de la mañana, el prefecto y los compadres decidieron recoger la ronda y esperar otra oportunidad.

Salomé permaneció tras de la ventana toda la noche, y al notar que el día despuntaba ya, se retiró á su habitación, no sabiendo á qué atribuir aquella extraña desaparición de Gómez.



CAPÍTULO IX.

—
DON MÁXIMO NO ABANDONA EL GRAVE
PROYECTO DE AVERIGUAR
LO QUE PASA.

PASARON seis meses sin que los dos compadres volvieran á ver á los ginetes misteriosos; el prefecto tuvo á solemne embuste la denuncia, aunque los compadres habían visto con sus propios ojos á los ginetes, habían oído hablar á Gómez con Salomé, y no les cabía la menor duda de que se trataba de un raptó. ®

Los dos compadres entraron en sosiego por algunos días en materia de espionaje y

cuidados ajenos, hasta que una noche don Máximo, que era el más afecto á saber lo que pasaba á los demás, notó que en la sudicha calle de las ventanas, había, no cerca de una de éstas sinó del zaguán, un bulto que parecía recatarse.

—¡Nuestro hombre viene á pié para ocultarse mejor! exclamó muy contento D. Máximo, creyendo haber hecho un importante descubrimiento.

Se puso á su vez en acecho, y después de media hora de observación, acertó á pasar un vecino por allí.

—Vecino, le dijo D. Máximo, hágame usted favor de decirle á mi compadre D. Antonio que aquí lo estoy esperando para un asunto de mucha importancia. ¡Por vida de usted, vecino!

—Voy á verlo, contestó el vecino con flemático tono; aunque no sin encontrar altamente misteriosa la cita.

D. Máximo siguió escuchando.

El bulto negro permaneció inmóvil en la puerta.

Al cabo de un rato apareció D. Antonio.

—Compadre, le dijo D. Máximo.

—¿Qué tenemos?

—Que nuestro raptor está á pié; y ahora nos será más fácil pillarlo.

—¿Es posible?

—Mírelo usted, compadre.

—No se ve nada, dijo D. Antonio apurando la vista.

—¡Cómo! ¿No es un bulto negro que se esconde tras el dintel de la puerta? ¿Lo ve usted?

—Sí, sí, algo se nota. ¿Pero está usted seguro, compadre, de que ese bulto es el del raptor?

—¡El mismo! ¡estoy seguro, segurísimo! Y esta es la ocasión propicia de probarle al prefecto que no lo engañamos y que cuando le hacemos una denuncia tenemos en qué fundarnos.

—¡Tiene usted razón, compadre! y supuesto que está usted tan seguro voy á avisarle en el momento al prefecto que disponga la gente. ®

—Sí, compadre; nada más que ahora la ronda en vez de esperarse, entrará á lo largo de la calle por la parte de allá y nosotros también entraremos por la parte de acá al mismo tiempo.

—¡Y lo encorralamos!

—¡Y le damos el alto!

—¡Y nos desengañamos todos!

—Pues no pierda usted tiempo, dijo don Máximo.

Apenas se hubo desprendido don Máximo de su compadre cuando don Antonio notó que el bulto en cuestión se había movido y echaba á andar á lo largo de la calle, en dirección de donde estaba don Máximo.

Este se recató lo más que pudo, pero sin perder de vista el bulto.

Pero ¡cuál sería la sorpresa del compadre cuando notó que el bulto aquel era una mujer!

—Ha de estar disfrazado, exclamó; voy á seguirlo.

Y efectivamente se puso en su seguimiento. Era una mujer, y llevaba algo cuidadosamente cubierto en los brazos.

Don Máximo la dejó pasar afectando disimulo, y como se proponía no seguir á aquella mujer á corta distancia, esperó que se alejara para observar de lejos sus movimientos.

La mujer misteriosa en llegando á la esquina en donde estaba don Máximo, tomó otra calle á su derecha y cortando después por otra, llegó casi á despoblado.

Don Máximo apretaba el paso porque la noche era oscura y temía por momentos perder la pista en una de tantas vueltas como daba la mujer aquella.

Cada vez más impaciente, D. Máximo se propuso acercarse á la mujer y desengañarse definitivamente de quién era y qué asuntos la traían á las vueltas á aquellas horas y por los suburbios del pueblo.

Tomada esta resolución avivó el paso, lo cual sentido que fué por la mujer, echó á correr y don Máximo en su seguimiento; pero la misma agitación de la carrera no le dejaba ver los movimientos de su perseguida que corría con más velocidad

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1923 WINTERBET, MEXICO

que don Máximo, hasta que por fin desapareció.

A cierta distancia se dibujó en tierra una ráfaga de luz que deslumbró á don Máximo pero siguió corriendo; no veía ya á la mujer, pero en cambio le pareció oír distintamente el llanto de un niño.

Don Máximo se paró jadeante.

—¡No me cabe duda! exclamó; eso que ha gemido ha sido un niño ó un tecolote: la noche se presta á todo y bien puede ser lo uno ó lo otro. Recapitulemos: La mujer escondía algo y huyó cuando la seguía; estos son dos datos en favor de la idea de que sea un niño y no un tecolote lo que ha gemido.

Se proyectó una luz, luego se abrió una puerta; desapareció la mujer, luego la mujer entró al mismo lugar de donde salió la luz; á la sazón lloró un niño, luego era un niño lo que llevaba la mujer y no un tecolote, á quien le hubiera faltado la espontaneidad que estos animales necesitan para gemir.

De todo esto se infiere claramente que

de resultas de lo del ginete que hablaba al través de la ventana, aparece una noche un bulto en el que luego á reconocer á una mujer, cuya mujer espera un niño, cuyo niño no puede ver nadie, supuesto que la mujer no permite que yo me acerque: luego todo ello no es más que una infidelidad.

—¡Infidelidad, no cabe duda! ¿Pero de quién? ¿de criada ó de ama? ¡Hé aquí lo difícil de adivinar! ¡pero no! qué difícil...! Yo lo sabré.

Y diciendo esto, don Máximo echó á andar entregándose de nuevo á sus cavilaciones, pero ya cerca de su casa se acordó de que su compadre don Antonio en compañía del prefecto, debían haberlo buscado, y como mientras llegaban, él había tenido necesidad de seguir á la mujer, probablemente su compadre, pero más especialmente el prefecto, le tendrían por un visionario cuando menos.

Las calles del pueblo estaban completamente desiertas, y don Máximo encontró que por lo pronto lo mejor sería acostarse,

reservando para el día siguiente las explicaciones que debía á su compadre y al prefecto.

Muy temprano estuvo á verlo su compadre don Antonio.

—¡Válgame Dios, compadre, lo que ha ido usted á hacer anoche!

—¡Qué, compadre! si tengo muchas cosas que comunicarle.

—Ya me va usted escamando con sus noticias y sus descubrimientos, y lo que es en esta ocasión el señor prefecto no le perdonará á usted el chasco que le ha dado.

—Pero no ha sido inútil, porque he hecho un descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento ha hecho usted, compadre?

—Que lo del ginete ha dado su resultado.

—¿Qué resultado?

—Un niño.

—¡Un niño!

—Sí, compadre.

—¿Y dónde está ese niño?

—Eso es lo que no puedo saber á punto fijo.

—Entonces.....

—Vea usted, compadre, al principio vacilé en si sería un niño ó un tecolote.

—¿Un tecolote?

—Sáqueme usted de una duda.

—Diga usted.

—¿No es verdad que para que un tecolote cante, es necesario que esté cómodo?

—Hombre, no lo sé.

—Pero lo que usted se figura.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque yo creo que para que un tecolote cante ó lllore, porque yo no sé bien por fin lo que hacen esos animales; pues bien, para que el tecolote cante, es preciso que esté á sus anchas, parado en su respectiva rama y con todas sus comodidades, porque de lo contrario el animal en vez de entregarse á gemiditos de cierto género, graznaría ó arañaría según fuera tratado por una mujer.

—La verdad, compadre, dijo don Antonio, me está usted volviendo loco, no comprendo una palabra de todo eso que está usted diciendo. ®

Entonces don Máximo explicó detalladamente á su compadre todo cuanto en la noche había visto y oído, y quedaron por fin de acuerdo los dos compadres en que todo lo que hasta allí sabían, reconocía por origen un amor secreto, y un secreto producto que se había escapado á sus ojos.

El prefecto por su parte y á pesar de todas las explicaciones de don Máximo, se propuso no volver á dar crédito á sus denuncias y habladurías.

Estos dos compadres «eran así.»

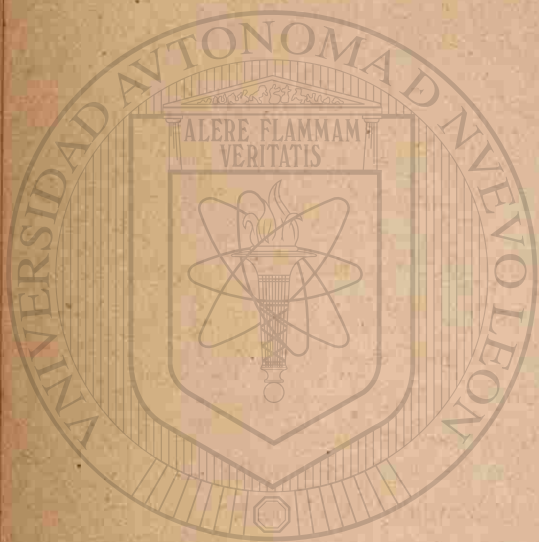
Don Máximo no podía resistir al misterio; averiguar lo que no le importaba era su pasión dominante; hubiera caminado al fin del mundo en pos de un asunto misterioso; encontraba un extraño y caro placer en averiguar los asuntos ajenos, en sorprender secretos que no le podían confiar, en interiorizarse de hechos que no le atañían; y en una palabra, don Máximo había venido al mundo para ver lo que hacen los demás.

Su amistad con don Antonio no tenía otro origen que la curiosidad: desde el mo-

mento en que supo que don Antonio era curioso, estrechó con él sus relaciones, y de la noche á la mañana é incesantemente, don Máximo no se ocupaba sino de aquello que menos relación tenía con su persona: hacía apuntes, consignaba fechas, y llevaba la crónica del pueblo con toda la exactitud del más laborioso compilador.

A don Máximo le debemos los apuntes de esta historia, en la que nos permitimos dar un lugar al mismo compilador, reservándole en esto una sorpresa para cuando este libro llegue á sus manos.

Pero con la confianza de que no podrá desmentirnos, no hemos vacilado en describirlo como tipo curioso, y porque en realidad don Máximo es sin disputa una de las gentes «que son así,» y que por lo tanto no se puede eximir de figurar entre las figuras que alumbra nuestra linterna.



CAPÍTULO X.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS DOS COMPADRES.

DON Máximo tenía razón.

No era sinó un niño lo que aquella mujer llevaba oculto; sólo que la rapidez de la carrera, la ráfaga de la luz, y la velocidad con que pasó la escena que vamos á describir, le impidió conocerla á D. Máximo con todos sus detalles.

La mujer al sentirse perseguida y llevando en brazos aquel niño recién nacido, y que sin compasión estaba resuelta á aban-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1965 MONTERREY, N.L.

donar, según las instrucciones que había recibido, y con las instrucciones una regular propina; la mujer, decíamos, viéndose perseguida pensó tomar el campo á toda costa.

El ruido de su carrera obligó al maestro herrero, que á la sazón daba vuelta á la llave de su puerta, á detenerse en esta operación, y al sentir que quien corría se aproximaba abrió la puerta: la mujer puso al niño en el suelo á los piés del herrero y siguió corriendo.

El herrero se adelantó, recogió al niño, y se cerró la puerta por su propio peso.

En este momento se paró D. Máximo y todo quedó en silencio.

D. Máximo regresó, y al volver la espalda al lugar de la escena, el herrero entró con el niño en su casa.

La mujer del herrero contempló estupefacta á su marido arrullando á un recién nacido.

—¿De quién es ese niño? preguntó próxima á ponerse fuera de sí.

—¡Mío! exclamó el herrero con una alegría casi paternal.

—¡Infame! exclamó la mujer del herrero con una voz casi de fiera.

—Entendámonos, mujer: este niño acaba de ser abandonado á nuestra puerta.

—¿Por quién?

—Por una mujer que corría.

—¿Oiga?

—La verdad.

—Esas serán tus salidas de noche.

—No.

—No, eh? ¡ya nos comeremos el gallo!

—Sí, pero entre tanto hagamos algo por este niño: no ha á vuelto á llorar, y esto es extraño: está frío y es tan chiquito!

—¡Qué clase de madre será ésa! no sé como ha podido ser de tu gusto; porque lo que eres tú tendrás malos gustos pero no mal corazón.

—Vamos, vamos, mujer, no hay que andarse con sandeces á estas horas; nuestro deber es socorrer á esta criaturita y no dejarla morir de frío y de hambre; que en

cuanto á su procedencia ya quedará tiempo para averiguarla.

Pronunció el herrero con acento tal de seguridad estas palabras, que la mujer se tranquilizó un tanto, y se prestó, aunque refunfuñando, á ayudar á su marido.

—Mira, mujer, este niño debe ser hijo de alguna madre desgraciada que no puede lucirlo como nosotros á los nuestros; se conoce que la mujer que lo llevaba tenía intenciones de tirarlo en la zanja; pero Dios me inspiró para abrir la puerta á tiempo, y la mujer sorprendida soltó la prenda.

—¿Y todo eso á qué viene? preguntó la mujer.

—Viene á que es necesario ocultar este niño y á que no se sepa que está aquí.

—Al contrario, es necesario avisarle al señor prefecto para que tome sus medidas y nos quiten este engorro.

—No seas cruel, mujer, y piensa en que á estas horas la madre de este niño llora y se aflige.

—No lo creas; las madres que lloran por sus hijos no los tiran.

—Pero si esa madre es una señora... casada, por ejemplo, que no pueda...

—¿Y eso á nosotros qué nos importa? que sea todo lo que quiera ser; pero no debemos nosotros cargar con pecados ajenos.

—¡Pero las buenas acciones, mujer, las buenas acciones!

—¡Para buenas acciones estamos ahora, que el obrador está como si se hubieran muerto todos los caballos del mundo!

—A pesar de todo, es necesario no tener mal corazón y tal vez nos agradecerán algún día lo que hacemos por este niño.

—¿Tú crees todavía en eso? Haz beneficios y verás lo que sacas.

—El gusto de hacerlos; mujer, me estás escandalizando.

—Y tú me estás dando en qué pensar volviéndote tan bueno con motivo de ese niño por quien te interesas más de lo que conviene á un hombre casado y con obligaciones.

—Me intereso por el niño por humanidad, y creo necesario ocultarlo porque na-

die nos autoriza para producir un escándalo y quitarle el crédito...

—¿A quién? se apresuró á preguntar la mujer del herrero, pretendiendo hacerlo caer.

—¿A quién? eso es lo que yo no sé ni puedo saberlo; pero sea quien fuere, debe ser una persona que tiene poderosos motivos para ocultarse.

—¿De mí?

—De tí y de todos, y de mí también.

—¡Ah! creía yo que de tí no tendría que ocultarse.

—¡Cállate!

—¡Hola, hola! ¡te incomodas! ¡me alzas el gallo! ¿Y así no quieres que sospeche? ¡Pues estamos lucidos! Todo esto corrobora mis sospechas y á mí no me envuelves; viejo y todo como eres no me la das, porque las mujeres pecamos de malicia; á mí no me venga usted con huevas, maestro herrador, y usted y esa criatura pueden ir saliendo de mi casa, ó armo una que suene por todo el pueblo.

El herrador arrullaba entre tanto al niño, y sólo contestaba á su mujer con una mirada de cólera.

—En resumidas cuentas, dijo el herrador al cabo de un rato, ¿no te prestas á socorrer á esta criatura? ¿no tienes corazón? ¿estás celosa? ¿sospechas de mi fidelidad? ¿crees que es mío este niño? Pues bien, aunque no lo es, lo adopto: lo declaro hijo mío y lo cuidaré para que no se muera; á tí nada te deberá, y cuando crezca, cuando comience á hablar, yo sólo le oiré decir papá, y no le enseñaré á decir madre, supuesto que no la tiene; yo le cuidaré, yo le proporcionaré alimento y todo lo que necesite sin deberte á tí nada, ni una mirada para el angelito... ¡Ah! ¡si lo vieras... pero no le verás... está abriendo los ojitos; estoy seguro de que si pudiera hablar, me diría: ¡muchas gracias, señor herrador! ¡usted es mi padre, porque á usted debo la vida! ¿Ya oyes esto? pues así lo he de oír yo de sus labios cuando lo enseñe á hablar. No, no es tu hijo ni lo será nunca; y á la verdad, yo tampoco quiero

proporcionarle al inocente una madre como tú, que antes de tener corazón de madre, tiene celos de tonta.

La mujer del herrador no contestó ni una soía palabra, porque las razones de su marido tenían un valor que ella no podía desconocer.

El herrador, que había tenido cinco hijos, conocía todo ese formulario de recursos que se necesitan para que se logre el sér humano; el hombre orgulloso y que se declara sin embarazo ni modestia, después de la papilla, señor de la creación.

El herrador atendió, con solicitud verdaderamente paternal, al tierno niño en presencia de aquella mujer, para quien cada solicitud de su marido á la criatura era un reproche para ella; pero cuyo reproche afrontaba, vigorizada con el poderoso estímulo de los celos.

Al día siguiente don Máximo, para quien era imposible prescindir de hacer investigaciones sobre cualquier misterio que le saltaba á los ojos, se levantó de madrugada

y dirigiéndose al lugar en donde, según su apreciación, se había perdido la mujer misteriosa, fué, de puerta en puerta, preguntando hasta dar con el herrador.

—¡Buenos días dé Dios á usted, maestro!

—Buenos días, D. Máximo! Es un milagro verle á usted en casa de los pobres.

—El pobre soy yo, maestro.

—¿Por qué, D. Máximo?

—Cuidados que no faltan.

—¿Le ha sucedido á usted algo?

—Vea usted, maestro, anoche....

El maestro herrador se puso sobre sí, y como estaba enterado de la fama de curioso de que gozaba D. Máximo, estuvo listo para disimular y ser discreto.

Fingió el herrador sorprenderse del relato de D. Máximo, y tuvo acierto para desorientarlo completamente.

D. Máximo, por su parte, experimentó un verdadero disgusto al perder la pista, pues el maestro herrador era el último en quien tenía fundadas todas sus esperanzas; de manera que se volvió contrariado y ca-

bizbajo, y meditando poner en ejecución algún otro plan que diera por resultado apoderarse de la clave de tantos misterios.

La mujer del herrador fué cediendo poco á poco y prestándose á complacer á su marido, y á prodigarle cuidados al recién nacido.

Pasaron dos meses y ninguno de los vecinos del herrador se apercibió de que en la casa había un niño.

La mujer del herrador tuvo un día una conferencia con el cura del pueblo en el confesonario, sobre el partido que debía tomarse para bautizar al niño en secreto: arreglose todo, y una noche el herrador y su mujer entraron por la casa del curato, y atravesando la nave de la iglesia, que no estaba iluminada más que por una lámpara, se instalaron en el cuadrante para esperar al cura.

Allí recibió el niño el agua del bautismo y el nombre de Gabriel con que le hemos conocido.



CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL CONOCERÁ EL LECTOR LOS
PODEROSOS MOTIVOS QUE TUVO
GÓMEZ PARA NO CONCURRIR Á LA
CITA DE SALOMÉ.

HACÍA ocho días de aquél en que hemos visto á Gómez hablando con Salomé, que el Pájaro, Gómez y dos compadres más, habían desbaliado á unos pasajeros muy conocidos del Pájaro, pero á quienes Gómez tenía el honor de ver por la primera vez.

Aquel golpe puso á Gómez en posesión

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
vol. 1625 BONTERR, BERG.

bizbajo, y meditando poner en ejecución algún otro plan que diera por resultado apoderarse de la clave de tantos misterios.

La mujer del herrador fué cediendo poco á poco y prestándose á complacer á su marido, y á prodigarle cuidados al recién nacido.

Pasaron dos meses y ninguno de los vecinos del herrador se apercibió de que en la casa había un niño.

La mujer del herrador tuvo un día una conferencia con el cura del pueblo en el confesonario, sobre el partido que debía tomarse para bautizar al niño en secreto: arreglose todo, y una noche el herrador y su mujer entraron por la casa del curato, y atravesando la nave de la iglesia, que no estaba iluminada más que por una lámpara, se instalaron en el cuadrante para esperar al cura.

Allí recibió el niño el agua del bautismo y el nombre de Gabriel con que le hemos conocido.



CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL CONOCERÁ EL LECTOR LOS
PODEROSOS MOTIVOS QUE TUVO
GÓMEZ PARA NO CONCURRIR Á LA
CITA DE SALOMÉ.

HACÍA ocho días de aquél en que hemos visto á Gómez hablando con Salomé, que el Pájaro, Gómez y dos compadres más, habían desbaliado á unos pasajeros muy conocidos del Pájaro, pero á quienes Gómez tenía el honor de ver por la primera vez.

Aquel golpe puso á Gómez en posesión

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
vol. 1625 BONTERR, BERG.

de una buena suma, que desde luego dedicó á la formal instalación de Salomé en un pueblo, supuesto que era punto enteramente resuelto el de unirse con ella.

Tomadas por Gómez todas las medidas conducentes, emprendió el camino en compañía del Pájaro y un criado, que conducía un caballo para Salomé.

Ninguna sospecha abrigaba el Pájaro de que pudiera ser perseguido, pues según todas las noticias que hasta entonces había recibido, el último robo había quedado impune, pues los robados no se habían tomado el trabajo de dar parte á la autoridad próxima.

De manera que, caminando confiados Gómez y el Pájaro, no pensaban sinó en la luna de miel que le esperaba á Gómez.

Pero al atravesar un estrecho sendero con un despeñadero por un costado y los crestones de la montaña por el otro, se vieron sorprendidos por una fuerza que les marcó el alto.

El Pájaro, más avezado y más tranquilo

en lances de esta especie, sacando su espada, disparó su caballo contra sus perseguidores, tiró algunos tajos á derecha é izquierda, hirió á dos y logró escaparse; mientras que Gómez que no tuvo tiempo ni de mover su caballo, ni de sacar la pistola de la funda, recibió sin defenderse los golpes de sus adversarios, quienes, tratándole como bestia feroz, lo machetearon hasta dejarlo sin sentido.

Medio muerto fué conducido al pueblo de donde acababa de salir, y no estuvo en disposición de darse cuenta de lo que le había pasado, hasta el día siguiente dentro de los muros de la cárcel.

La curación y las primeras diligencias duraron dos meses, al cabo de los cuales fué conducido Gómez, bajo segura custodia, á la cabecera del distrito y de allí á la cárcel del estado.

Faltaba al carácter de Gómez, para llegar á su punto definitivo, esa série de trámites por que pasa el reo, esa larga sucesión de humillaciones repugnantes, esas cien mira-

das escudriñadoras que lo devoran, y todo ese conjunto de impotencias embotadas contra la férrea mano de una justicia despreciable para el reo y tan odiosa cuanto irresistible.

Las miradas de Gómez eran las del basilisco, y día á día se recrudecía en su prisión su odio contra los que lo aprisionaban. Ni por un momento se figuró que aquel sería su destino definitivo, sinó todo lo contrario, abrigaba una esperanza, ó mejor dicho, una convicción profunda de que aquel estado en que se encontraba sería transitorio, y sufría su prisión y reprimía su impaciencia seguro de que llegaría el día de la libertad y la venganza.

Gómez adquirió esa mirada impasible, esa calma impenetrable del criminal, cuyas pasiones, cuyo orgullo lo colocan, al menos para sí mismo, más alto que la justicia y sus recursos.

Gómez contestaba tranquilamente los interrogatorios, y su estoicismo hacía vacilar muchas veces á los jueces. Por supuesto

que á Gómez no le pudieron arrancar jamás una confesión, y todas las pruebas que hasta entonces se habían podido aducir contra él, eran sacadas por inducción, pero no directas ni irrefragables.

No obstante, Gómez pasó año y medio en la cárcel sin que su causa se hubiera podido concluir.

Pero el día que Gómez menos lo esperaba, despertó al estruendo de las armas y en medio de una estupenda gritería; se levantó, se dirigió á la puerta de su calabozo para espiar por la cerradura, y notó que la puerta estaba abierta; salió y vió á sus compañeros de prisión precipitarse hacia la puerta y él hizo otro tanto.

Estaban en la calle: se oían disparos de fusil por todas partes y no sabía que partido tomar ni de lo que se trataba; cayó herido á sus piés un soldado, y Gómez le quitó el fusil y unos cartuchos, y se alejó del lugar de la cárcel; atravesó una calle y vió á uno de los dependientes del juzgado que salía á caballo de una casa: lo conoció Gómez, ten-

dió el fusil y dejó ir el tiro: el dependiente se llevó las manos al estómago, se inclinó hacia delante y cayó del caballo; Gómez se precipitó hacia su víctima y de un salto lo reemplazó en el lomo del animal, que iba á correr al sentirse libre.

Un momento después, Gómez se incorporaba á la fuerza que había asaltado la ciudad; y desde ese momento se consideró tan salvador de la patria como cualquiera otro.

Graduado por él mismo de capitán de auxiliares del ejército, se presentó al coronel, quien le hizo desde luego su ayudante; y Gómez, colmando de bendiciones á la guerra civil, se puso de parte de esos que nos están haciendo felices todos los días, y á quienes la patria debe estarles tan agradecida.

La fuerza salvadora á que pertenecía Gómez, comenzó desde aquel momento á moverse sin cesar, alejándose más y más de la angustiada Salomé.

Gómez tuvo ocasión de aprender la tá-

ctica y la ordenanza de guerrilla, y comprendió que la posición á que podía aspirar, merced á las inmunidades del oficio, era con mucho, superior á la que hasta entonces había guardado en su calidad de simple ladrón de camino.

Gómez pensó que saquear una hacienda, plagiar á un rico y hacer una requisición de caballos, eran cosas productivas, que además de proporcionarle todas las comodidades á que se había ya acostumbrado, tenían la ventaja de ceder en beneficio de *sagrada causa*; y llevaban en sí un sello tan marcado de patriotismo y otras virtudes, que aquello que antes le había echado en cara la pícara de la justicia, ahora se lo estaba agradeciendo la buena de la patria.

No necesitaba tanto la oscura conciencia de Gómez para tranquilizarse en materia de mal obrar; pero con semejante piedra filosofal, abonó desde entonces Gómez todos sus crímenes al *haber* de sus distinguidos servicios como patriota.

Gómez era una de esas autoridades in-

vulnerables y absolutas compuestas de una pistola, un caballo y un hombre, y tenía, sobre los apaches, la ventaja de haber aprendido á firmar, sobre los ciudadanos, la de tener derechos y no tener obligaciones; sobre los hombres honrados, la de no tener taxativa; sobre los militares, la de no tener honor militar, quisicosa que ha engendrado tantos hechos heróicos; y en una palabra, José María Gómez era todo lo que quería ser, y «era así.»

El homicidio no tenía para Gómez más significación que el de un procedimiento: un tiro de su revólver era el acento agudo de alguna de sus frases.

Al principio mandaba fusilar, y después fusilaba; encontrando más expeditivo convertirse en fiscal, juez y pelotón á un mismo tiempo en obvio de trámites.

Entraba á un pueblo: lo vió un hombre:

—Cojan á ese, dijo Gómez.

Los soldados de Gómez cogieron á *ese*.

—¿Y usted, qué es? le preguntó Gómez al preso.

—Yo, nada.

—Pues tenga, y le disparó su revólver en la frente.

Ese cayó á sus piés, y Gómez, antes de moverse, sopló el cañón de su pistola que humeaba; quitó con la uña el fragmento de cápsula de la chimenea y guardó el arma.

Volvióse á su segundo y le dijo con tono reposado:

—¿Vamos á echar una jugada, amigo?

—Como quiera, jefe, le dijo el segundo. Y entraron al cuartel.

Gómez era hombre de muy pocas palabras; y no bastándole las cejas ni la inclinación constante de la cabeza para graduar el foco de sus miradas, empleaba, como acentuación indispensable de su manera de ver, el ancha ala de su sombrero.

Desde la mirada abierta del niño que no parpadea ni con la amenaza de un puñal, hasta la mirada de Gómez, había la misma distancia que hay entre la inocencia y el crimen.

El hombre depravado siente la penetra-

bilidad de sus retinas, y teme no encubrir bastante su alma al través de esos diáfanos cristales de la visión.

Gómez hubiera prescindido de ver porque no lo miraran; su primera tendencia era abatir la mirada de su interlocutor, y nada exacerbaba tanto sus feroces instintos como una mirada escudriñadora.

El hombre á quien acababa de matar, no había hecho otra cosa que fijarle la vista.

Estos actos de incalificable barbarie, habían formado al rededor de Gómez la clave de su prestigio; no era el más valiente de los suyos, pero era el más cruel; no era el más entendido, pero era el más malo.

Sus palabras sabían á plomo, según expresión de sus mismos soldados; porque según hemos dicho, era muy común que los períodos gramaticales de Gómez acabasen, no en punto sinó en detonación.

A esta ortografía debía Gómez su grado militar y su guerrilla y su preponderancia.

Nadie podía disputarle que no había luchado contra el enemigo invasor, y más de

un periódico puso el grito en el cielo, en un arranque de ingenuo patriotismo, exclamando:

«El invicto José María Gómez á la cabeza de cien valientes, mantiene vivo el fuego sagrado de la patria entre los ásperos breñales de la sierra de... Todavía en esos corazones generosos, todavía en esas almas nobles no se apaga la fé del triunfo de México, no se extingue la idea de la justicia de una nación libre, que lucha por su autonomía y su independencia.»

No faltaba quien leyera á Gómez estas elucubraciones, ni faltaba á él el regocijo correspondiente al ver sancionada su conducta; de manera que lo único que á Gómez solía faltarle de vez en cuando, entre su conciencia y sus hechos, entre su pasado y su enmienda, era esto: un párrafo.

De cuyo útil adminículo se encargaba espontáneamente algún periodista desde su tranquila redacción, á cuenta de mayor cantidad.

Como las piedras rodando se encuentran,

Gómez y el Pájaro volvieron á encontrarse al cabo de tres años.

—¡Adios! ¿Y qué anda haciendo por aquí, amigo? le dijo el Pájaro á Gómez.

—Pues ya lo vé; aquí ando con la fuerza.

—¿Ya tiene fuerza?

—¡Pues no!

—¡Ah! ¡qué usted tan bueno!

—¡Y usted, por qué no!

—Yo soy paisano, amigo; ya sabe.

—¿Y por qué no se mete á la bola?

—¡Adios! conque yo andaba con los franceses!

—¿De traidor?

—No; qué!

—¡No digo! ¿Pues entónces de qué?

—Pues nada; viendo lo que Dios me daba.

—Venga á echar una almorzada conmigo.

¿Ó ya no somos amigos?...

—¡Vaya! ¡pues cuándo no! ¡entónces!...

Llegaron los dos amigos á un pueblo; se alojó la fuerza; el forragista pidió pasturas por cuenta de la pobre patria; los soldados

tomaron todo lo que les hacía falta para seguir sosteniendo la independencia nacional, y Gómez y el Pájaro se proporcionaron una buena cantidad de enchiladas y una tina de pulque para proceder con acierto en el curso de las ciencias políticas y otros primores que Gómez iba á comunicar al Pájaro.





CAPÍTULO XII.

APUNTES PARA LA HOJA DE SERVICIOS
DE GÓMEZ.

AQUELLOS dos pájaros de cuenta se entregaron con deleite á las enchiladas, al pulque y á la conversación.

—¿Conque le ha ido bien, no, amigo? le preguntó el Pájaro á Gómez.

—¡Vaya! ¿pues nó me vé? Métase también; mire que en la bola está uno mejor; pues á mí ¡cuando me hacen nada ya! ¡Si viera qué oficios tengo de los jefes! de mu-

cha honra, amigo; y lo que es la justicia, pues ahora es ella la que me teme. ¿Lo creerá, amigo?

—¡Pues cómo no!

—Métase, yo sé lo que le digo. ¿Cuántos muchachos tiene?

—No más tengo siete.

—¡Adios!

—¡Por vida de usted! ¿Pues qué no sabe que por fin me fusilaron al Chato?

—¡Lo fusilaron!

—¡Vaya! pues cuándo lo pudimos salvar! y oiga usted, recomendaciones no faltaron; *así*, de personas particulares...

Al decir la palabra *así*, el Pájaro juntó las puntas de los dedos moviéndolos.

—*Así* de licenciados, pero siempre lo lastimaron; pero ya uno pagó: á los cuatro días me lo encontré mal parado, y allí fué donde.

—¿Y ahora adónde iba, amigo?

—Pues como supe que aquí estaba, en lugar de cojer para allá, me metí al pueblo; y yo dije, pues al cabo somos amigos; ¿qué me han de hacer!

—¿Pues qué?...

—Nada; sinó que ayer por allá, por Loma Alta, nos encontramos los muchachos y yo con unos valientes, y...

—Me acaban de dar parte, dijo Gómez, que han traído dos cadáveres.

—¡Adios! *¡esque* cadáveres ¡ya usted sí que...

—Dicen que los trajeron en una escalera...

—¡Pues mire qué delicados! si apenas los regañé! sería algún rasguño que se les encontró.

—Quién sabe; pero llegaron muertos.

—¡Adios! ya no puede uno echar mano al *cháfalo*; luego dicen que se mueren; y es que el Ratón afila mucho.

—¿Quién es el Ratón?

—El muchacho que me limpia la espada; ya se lo dije que no afile tanto. ¿Conque se murieron?

—Así dice el parte del alcalde.

—¡Malhaya la delicadeza!

—Conque, ¿qué dice amigo? véngase con los muchachos.

—Baeno; y de qué me vengo?

—Pues de mayor. ¿Y qué tal gente?

—*Digasté, diatiro* buenos; saben de todo.

—¿Se cuenta con ellos?

—¡Pues no! y á la hora que usted quiera; son de lo que hay...

—Pues lo daré á conocer.

—Vaya si me hace favor, antes que vuelvan á menear lo de los lastimados de ayer.

Gómez silbó de una manera particular, y se presentó un ayudante.

—Oiga, don Poli, mire, que den á reconocer en la fuerza al señor como el mayor; ya sabe:

—Sí, mi coronel, se tocará orden general.

—Pues vaya, que toquen orden.

—¡Clarín de guardia! gritó el ayudante.

No había en la fuerza más que un clarín, y á éste le tocaba siempre la guardia.

—¡Mande! gritó el clarín tocándose el sombrero.

—Que toque orden general.

El clarín obedeció.

El ayudante formó á los pocos soldados

que pudieron reunirse, y les comunicó que había un mayor en la fuerza y siete altás en el servicio.

—Mire, don Poli, escriba una comunicación al general diciéndole que hoy se han presentado á mi fuerza siete voluntarios armados y montados, y que yo he de procurar que la fuerza se aumente; independencia y libertad; ya sabe.

—Está bien, mi jefe.

—Pues voy á traer á los muchachos.

—¿Pues *onde* están?

—Allá abajito.

—Pues vaya y no se tarde, no se ofrezca algo.

El Pájaro no tardó en montar y en emprender, á galope, el camino para recojer á los muchachos.

Después de hora y media, entraban á la población ocho hombres armados y perfectamente montados; algunos de ellos traían la bufanda más alta de lo que la temperatura podía exigirles; pero se conocía que eran personas afectas á cuidarse el cútis.

No parecieron mal los muchachos á Gómez, y en el acto mandó llamar al habilitado.

—Oiga, le dijo, á ver si socorre á las altas.

—¿En qué clase, mi jefe.

—En clase de...

—En clase de oficiales, se apresuró á decir el Pájaro.

—A todos como subtenientes.

—Está bien, mi jefe.

Y el habilitado fué á hacer sus cuentas.

Al cabo de algún tiempo volvió.

—Ya están socorridos, mi jefe.

—Bueno. ¿Y dígame, ya pagaron todos los del préstamo?

—Faltan el de la tienda grande y el del rancho.

—¿Y qué dicen esos?

—Que no tienen dinero.

—¿Ya les dijo que los fusilo si no aflojan?

—Sí, mi jefe, se lo dije; pero....

—Pues á esos nos los llevamos.

En modos de adquirir, Gómez había llegado al expeditivo é infalible de la exacción:

todo parecía dispuesto para satisfacer las necesidades de Gómez; circunstancias por las cuales llegó á estar tan contento de sí mismo como de la patria, y desde entonces adquirió el aire de jefe y de superior á todas luces.

En efecto, Gómez ejercía el poder absoluto en nombre de la libertad, de la que era el primero en aprovecharse; cooperaba prácticamente á la salvación de la patria; y á la sombra de idea tan luminosa, Gómez era absolutamente dueño de sí mismo, teniendo su voluntad por ley, su fuerza por razón y á la nación por responsable.

Ante tan risueño cuadro, el Pájaro veía un nuevo cielo abierto á su ambición, y se sorprendió de cómo aquel intrincado dedalo de su conciencia, aquella grave cuestión sin salida de sus deudas ante la ley y la justicia, encontraba una solución expeditiva, irrepachable, absoluta.

Jamás en los sueños de un ladrón pudo surgir este luminoso consuelo.

Ahorcar á la justicia.

Ni Jerjes, ni Cambises ni Nerón asumían poder más alto, ni ejercían su dignidad real en la más estupenda de las matanzas, con más aplomo y sangre fría que Gómez.

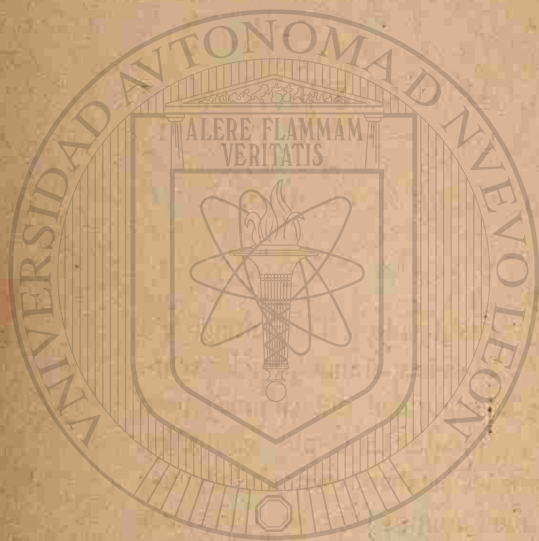
El mismo Cambises, matando al buey Apis y á sus sacerdotes, no sonreía con más gracia al olor de la sangre, que Gómez después de haber disparado su revólver.

La barbarie de los primeros tiempos ejercida en plena civilización, hacía de Gómez la invulnerable entidad de las montañas y el irresistible azote de las poblaciones.

Estas ametralladoras humanas pasan á la posteridad nadando en lagos de lágrimas y sangre, después de haberse considerado en el mundo completamente felices.

Al partir del pueblo en que renovaron su amistad Gómez y el Pájaro, la lucha de la defensa nacional había tomado incremento: había más hombres y más armas, y las mismas víctimas estaban besando el cuchillo que las había de degollar, en la creencia de que aquellos eran legítimamente sus salvadores políticos.

A este punto llegó Gómez en su gloriosa carrera; pero para llegar allá hubo de dejar consignados para su historia algunos episodios que tenemos el deber de narrar por ligarse con la historia de nuestros personajes, en gracia de lo cual nos perdonará el benévolo lector que retrocedamos para volver á tomar el hilo de los acontecimientos.



CAPÍTULO XIII.

EL PADRE Y EL HIJO.

HEMOS dejado á D. Santiago y á Gabriel esperando noticias sobre la seguridad del camino; pero aunque el explorador les inspiró confianza, á los viajeros les estaban reservadas algunas sorpresas que haremos conocer á nuestros lectores.

Téngase presente que al volver á ocuparnos de Gómez, nos referimos á una de las épocas en que no prestaba sus importantes servicios á la patria, pues éstos los prestaba sólo en circunstancias extremas. ®

Gómez merodeaba á la sazón en compañía del Pájaro y de otros dos compadres.

Gómez y el Pájaro, á eso de las siete de la mañana, se encontraban al pie de una montaña en una pequeña esplanada, á la que daba paso por una barranca un puente natural cubierto por abundante vegetación, de manera que la esplanada quedaba completamente oculta é ignorada.

Los dos bandidos esperaban impacientes el regreso de los dos compadres, quienes habían salido á explorar desde las cuatro de la mañana.

Se sintieron de pronto las pisadas de un caballo, y como en aquel lugar, bien conocido del Pájaro, todos los rumores tenían una significación especial, el Pájaro dijo á Gómez:

— Ahí viene Catarino.

— ¿Y por qué no el otro?

— No; porque Catarino se fué por abajo y el ruido se oye en esa dirección.

En efecto, á pocos momentos los pasos se acercaron, y después el ruido de las ma-

lezas indicó que el explorador estaba de vuelta.

— ¿Qué hay? le preguntó el Pájaro.

— No hay nadie; pero ayer salió del pueblo D. Santiago con su hijo y dos.... yo digo que serán sirvientes.

— ¿Quién es D. Santiago? preguntó Gomez.

El Pájaro se había quedado pensativo; pero al cabo de un rato contestó:

— Don Santiago tiene unos doce mil pesos saneados, es un viejo económico que usa todavía la capa de su abuelo y tiene un hijo á quien quiere mucho.

Gómez interrogó con la mirada al Pájaro.

— Pues yo creo, contestó éste, que bien puede aflojar unos cinco mil por el chico, y todavía le dejamos siete para que no se muera del susto.

— ¿Y por qué no los doce de una vez?

— Pedimos para que ofrezca.

— Bueno.

— ¿Y hacia dónde van? pregunto el Pájaro al explorador.

— Van á México.

—De modo, dijo el Pájaro, que si cortamos por las lomas...

—Los alcanzamos en la tarde oscureciendo.

—¿Como por el ranchito?

—Puede ser que más abajo.

—¿Y Celso? preguntó Gómez.

—No debe tardar, contestó Catarino.

—Lo esperaremos.

Muy poco se hizo esperar el segundo explorador, y apenas se sintieron sus pisadas, los tres ginetes salvando el puente oculto, salieron á su encuentro.

Sin detenerse, el explorador se colocó entre Gómez y el Pájaro para dar sus noticias.

—Lo único que he podido saber por uno que vino de México, es que esta semana debe salir de allá la familia de un señor don Carlos.

—¿Qué don Carlos?

—No sé; dicen que es un rico, que su mujer se llama Chona, y que viene además un señor que se llama Salvador, que creo es español.

—¿Y adónde van? preguntó el Pájaro con visible interés.

—A la hacienda grande.

—¿Ah, es el dueño de la hacienda grande? preguntó Gómez.

—¿Y qué? dijo el Pájaro, sospechando una vacilación por parte de Gómez.

—Que ya sabe que de allí fui yo mayordomo y me conocen todos.

—¿Acaso tenemos necesidad de entrar á la hacienda? ¿qué, no se acuerda del bosquecito? Pues allí ni modo.

—¡Ah, si no llegamos!

—Oiga, D. Celso, ¿y que día salen?

—Yo por sí ó por nó dejé allá al *Ratón* en el mesón de Regina con su caja de varilla.

—¿Y le dijo que esté pendiente para que avise?

—¡Pues no!

—¿Ya sabe donde estamos?

—Le dije que no pasábamos de entre San Nicolás y el rancho viejo; y en San Nicolás mi comadre le dará razón. ®

—¡Bueno, dijo el Pájaro, todo lo haremos!
—Entonces, dijo Celso, cortaremos por el otro lado á salir para....

—No, interrumpió el Pájaro, porque vamos á esperar á un D. Santiago que viene con su hijo.

—¿Y á ese *pa* qué?

—¡Adiós! si tiene sus *tecolines*.

—¡Qué ha de tener!

—Entonces usted no sabe.

—Es un viejo miserable, y se nos muere del susto.

—Ya veremos; yo sé muy bien que tiene sus doce mil *grullos*.

—¡Ah qué!

—¿La Casa Colorada, pues de quién es?

—¿Del viejo?

—¡Pues no!

—¿Conque tiene?

—¿Y las tierritas que tiene arrendadas á mi compadre Jimenez?

—¿También?

—¡Vaya, pues usted si que!...

—¿Y qué? ¿le quitamos al muchacho?

—Pues eso es.

—Si creo que no es su hijo.

—¡Sí, que no ha de ser! dijo Gómez, y muy su hijo; dicen que lo recogió; pero son jugarretas del viejo hipócrita: el muchacho es su hijo; pero como D. Santiago no ha sido casado, tiene escrúpulo de lucir á sus hijos.

Esto produjo una risa entre aquellos ginetes, para quienes el pudor y otras virtudes eran siempre motivos de desprecio y de burla.

Caminaban los cuatro ginetes entretenidos en su conversación, y salvando con familiar destreza los senderos, los pasos y las veredas, como prácticos conocedores del terreno.

Simultáneamente se detuvieron en una pequeña eminencia, y el Pájaro dirigiéndose á Celso le dijo:

—Anda tú.

Celso, por toda respuesta, arrendó su caballo y comenzó á trepar por una loma.

UNIVERSIDAD DE BUENO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1025

Esperaron los ginetes más de un cuarto de hora el regreso de Celso.

—El camino está solo, dijo Celso, y los caminantes vienen ahora bajando el cerro.

—Entonces los esperaremos más abajo, dijo el Pájaro.

—¿Del lado de la barranquita?

—Vamos, dijo el Pájaro, arrendando.

—Vamos, dijeron los otros.

Y cada cual comenzó á prepararse. Celso y Gómez se apearon para componer la silla; Catarino sacó su pistola y la registró; Gómez se pasó hacia adelante el puñal que pendía del cinturón, y el Pájaro rompió la marcha.

Al llegar al lugar elegido por Gómez, aquellos ginetes habían hecho en el día una marcha circular de quince leguas, para venir á parar al punto de donde habían salido, lo cual hará comprender que las noticias llevadas á D. Santiago por su explorador no eran inexactas, pues aquellos hombres habían pasado por allí tomando una

dirección extraviada, que indicaba que no aparecerían pronto por el mismo sitio.

Don Santiago efectivamente venía en compañía de Gabriel bajando del cerro.

El occidente desplegaba á sus ojos el panorama del crepúsculo.

—¡Qué hermosas nubes! decía Gabriel. ¿Qué son las nubes, padre?

—Las nubes, hijo mío, contestó gravemente don Santiago, son las emanaciones que el calor roba á los diferentes cuerpos; son los vapores que se desprenden de la tierra.

—¿Entonces por qué no las vemos subir desde la superficie de la tierra?

—Porque se hacen visibles cuando el frío de las capas de aire superiores las condensa.

—¿Y cómo es eso?

—Se elevan los vapores de la superficie de la tierra y de las aguas durante el día, de una manera invisible; porque son como el aroma de la flor y como la respiración de las plantas: estos vapores ligeros atraviesan

con precipitación las capas inferiores y cuando han llegado á cierta altura se encuentran rodeados de una temperatura más fría, y entonces se unen, se estrechan y se abrazan sosteniéndose mutuamente; allí los arrebató una corriente de aire y los unió á otros grupos, hasta que juntos van á formar esos pabellones, esos pórticos, esos vistosísimos panoramas de mil colores al través de los cuales contemplamos la desaparición del sol.

—¡Qué bello es todo eso, padre! ¿Y el sol dónde se va?

—El sol está fijo.

—¿No camina?

—No, hijo mío, la tierra es la que se mueve.

—¿Y es muy grande el sol?

—Es el globo principal del sistema solar y es 1,385.000 veces más grande que la tierra.

—¡Tan grande! exclamó Gabriel admirado. ¿Entonces estará muy lejos?

—A 34.400.000 leguas de nosotros.

—¡Cuánto saben los hombres, padre! yo quiero saber todo eso. ¿En México aprenderé esas cosas?

—Sí, hijo mío, allí aprenderás: ese es mi deseo.

—Y se lo deberé á usted todo, dijo Gabriel, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Pero no olvidarás nunca mis primeros consejos: instrúyete, enriquece tu inteligencia; pero no corrompas tu corazón; sé humilde y caritativo, huye de la soberbia y de las malas pasiones, y.... oye, vas á encontrar en México muchos jovencitos llenos de humo y de vanidad, llenos de soberbia y de suficiencia; húyeles, hijo mío, húyeles y no imites á los elegantes y á los presumidos, y hazte valer por tu saber y tus virtudes. Yo quiero que llegues á ser un hombre de provecho, respetado por su honradez, por sus buenas costumbres y su buena educación. Felizmente has nacido en un país libre, regido por instituciones democráticas, lo cual te

pone en el caso de aspirar á todos los honores y á todos los puestos prominentes, porque entre nosotros no hay más aristocracia que la del talento y la instrucción; y si sabes distinguirte por tus prendas, alcanzarás en la sociedad un puesto distinguido; pero necesitas trabajar mucho, tener una constancia ejemplar y una dedicación absoluta á tus deberes.

Gabriel caminaba concentrado y atento á las palabras de don Santiago; y éste á medida que hablaba sentía acrecer en su interior cierto enternecimiento, como si comenzara á sentir la influencia de la separación que se acercaba.

El sol estaba próximo á hundirse tras de los montes y prestaba á la naturaleza toda esa variedad de esmaltados colores, en que algunas tardes de México son tan ricas y tan espléndidas.

Las *huilotas*, preciosas tortolitas de los valles, atravesaban con precipitación el espacio en dirección á los *jagüeyes*, adonde después de apagar la sed de la siesta se guarecen en los *perús* y en los sauces.

Algunos labradores se percibían muy lejos conduciendo sus yuntas al establo, al que los bueyes se encaminaban gravemente cansados de las rudas tareas del barbecho; y ya en el cielo, diáfano y sereno, no quedaban más que uno que otro girón de nubes *frisés*, cuyos perfiles se iban perdiendo en el azul del cielo.

Era la hora de la oración y del recogimiento, la hora de las plegarias y el descanso; muy mas remarcable para don Santiago y para Gabriel, supuesto que aquella hora era suprema, no sólo por la galanura de la naturaleza y por la esplendidez de los paisajes que se extendían á su vista, sino porque aquélla era una de las horas que precedían á una separación dolorosa y el principio de una obra santa de regeneración y de luz.

D. Santiago, ufano de su obra, acariciaba interiormente las ideas más risueñas con respecto á la educación de su hijo adoptivo; y Gabriel por su parte contemplaba abismado delante de sí el mundo de la ciencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 BOSTON, MASS.

y el primer peldaño de una escala que se elevaba ante su noble ambición de saber: por otra parte, había llegado á amar á don Santiago profundamente y sentía un placer tiernísimo al acariciar las venerables canas de su bienhechor, á quien servía con una solicitud poco común en los niños y estaba pendiente de sus menores deseos.

Eran propiamente el hijo obediente y el padre cariñoso los que así se amaban, y guiados por un pensamiento noble, se dirigían á la hermosa capital para buscar allí las primeras fuentes del saber.

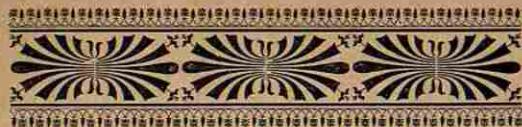
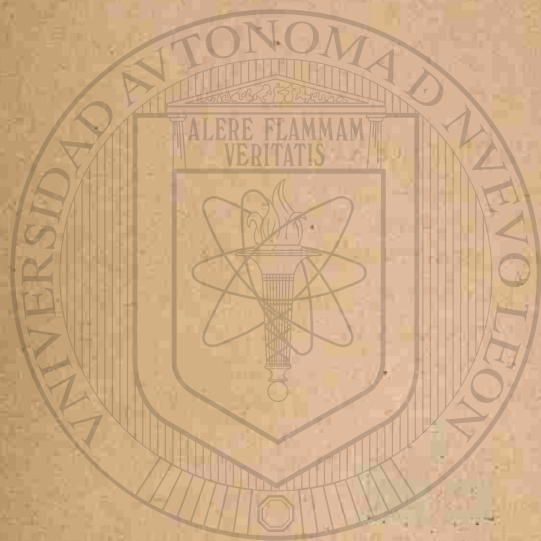
¡Cuánto gozaban padre é hijo ante esa risueña perspectiva! y entregados completamente á las ilusiones de un porvenir risueño, contemplaban el grandioso espectáculo de la puesta del sol, con esa efusión propia del que al sentirse feliz tiende su vista á los incommensurables horizontes, y encuentra algo inmaterial y sublime que se identifica con su entusiasmo, en las nubes, en las distancias y en el firmamento.

Pero en medio de aquel santo recojimien-

to, interrumpiendo los apacibles rumores de la tarde y hundiendo en el abismo del terror el dulce panorama de las ilusiones, resonó en los aires una terrible imprecación, una blasfemia horrible...

Estaban allí Gómez, el Pájaro y los dos bandidos.





CAPÍTULO XIV.

DE CÓMO LAS NOTICIAS DE CELSO
ACERCA DE LA CASA DE CARLOS, ERAN
FIDEDIGNAS.

LOS lectores que hayan tenido la amabilidad de leer nuestras anteriores novelas nos perdonarán que nos ocupemos de dar en este capítulo algunas noticias de Chona, de Carlos y de Salvador; personajes conocidos ya, excepto de los que por primera vez nos favorecen leyendo el presente libro.

Carlos es, como dijo muy bien Gómez,

el dueño de la hacienda grande, en la cual Gómez, en su calidad de mayordomo, se acreditó en un tiempo de hombre honrado.

Chona es la esposa de Carlos, es una señora aristocrática, elegante y severa, y ama por primera vez, á pesar de su estado, á Salvador, joven elegante, rico y natural de Buenos-Aires.

Anualmente visitaba Carlos sus haciendas; y á tales escursiones lo acompañaban generalmente su mujer y algunos amigos, que, en alegre caravana, recorrían las hermosas posesiones de Carlos, y llevaban la fiesta y la animación por todos los pueblos, ranchos y haciendas inmediatas.

La visita anual era un acontecimiento que ponía en movimiento á todos los rancheros de las cercanías, quienes á porfía se disputaban el placer de hacer los honores del recibimiento.

En un rancho recibían un día á la alegre comitiva con una corrida de toros; en otro cortijo ó lugarejo con un coleadero y manga-neadero; en otro con una tamalada; más allá

con un almuerzo; y en suma, no había lugar, pueblo ó ranchería donde el amo no fuera recibido con las mayores muestras de regocijo.

En aquel año la visita del amo se había retardado, y esto, si bien por una parte había sido una contrariedad, por otra había acrecido el entusiasmo de la servidumbre, que tuvo ocasión de hacer dobles preparativos.

Salvador, invitado por Carlos, era de los primeros de la comitiva; y aunque se habían presentado hasta allí algunas dificultades, estaba casi decidido que la comitiva se compondría aquel año, de tres familias, además de la de Carlos; y como iba á estrenarse la capilla de la hacienda, reedificada y hermo-seada notablemente con una obra que había durado un año, se dispuso que un sacerdote formara parte de la expedición; en virtud de lo cual se iba haciendo necesario cada día, hacer nuevos preparativos.

Se contrató una orquesta, se ajustaron cantantes y pianistas para todos los días que habían de durar las fiestas.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTESEY, BUENOS AIRES

Los criados de la casa de Chona, quienes por cuenta de sus salarios acababan de recibir una buena suma, para hacer por su parte sus preparativos, compraban todo el día anillos, pendientes y cuantas chácharas y baratijas les venían á las manos.

El surtidor especial de la servidumbre de la casa, era un varillero de alta estatura, delgado y nervioso, de mirada penetrante y labios delgados; tenía buenas maneras y mucha verbosidad y afluencia para lograr por ese medio colocar sus mercancías.

Este varillero se llamaba Angulo; había recorrido á pié toda la república, y se preciaba de conocer á todos los *mañosos*.

Angulo había nacido comerciante, y tenía todo ese aplomo en el mentir y toda esa sagacidad china para el embuste y la cábala; sabía ganar un quinientos por ciento en objetos totalmente declarados *mulas* en el comercio; hacía cambios ventajosísimos, y comerciaba algunos días de la semana en cambiar loza por ropa vieja; no porque este comercio fuese de su principal inclinación,



Este varillero se llamaba Angulo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTREY, MEXICO

sinó por que esto le proporcionaba poseer prendas de vestuario de todas clases y usos, sin inspirar sospechas.

En efecto, Angulo compraba prendas robadas, sin maldita la aprensión; y la policía nunca sospechó, ni aún pensó en catear la casa de Angulo, pues se le conocía como cambiador de trastos por ropa usada.

En la casa de Angulo se confundían los botines de un asesinado con otros cambiados por un pozuelo; y la levita de un desbalijado se convertía en toquillas á la mañana siguiente ó en cortes de babuchas y botines que la mujer de Angulo *aparaba* y vendía á los zapateros pobres.

Angulo conocía á todos los viandantes, á todos los italianos tocadores de organito, á todos los peajeros y á las autoridades de muchos pueblos.

Iba de feria en feria, de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, desde México hasta el Saltillo; desde el Saltillo hasta Morelia; desde Morelia hasta Veracruz.

Para caminar libremente con garantía pa-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra su ancheta, había tenido que encompardar con los compadres, á quienes prestaba importantes servicios; todo lo sabía Angulo, todo la averiguaba, y sus largas piernas de cobre le servían para devorar leguas como cualquier locomotiva.

Rascaba en la ciudad y desembuchaba en el campo; y allí, á la sombra de algun arbol, ministraba á los compadres valiosos datos y hacía graves denuncias.

Por eso los compadres le llamaban el *Ratón*. El ratón hacía agujeros en las casas: sólo que en vez de dientes roedores, empleaba las baratijas y los collares; inocentes vínculos que lo ligaban, entre otros lazos, con el del amor en más de una cocina, de donde además de las dulces ilusiones de unos amores semiculinarios, sacaba fidedignas é importantes noticias para Gómez y otros de su calaña.

Los hombres como Angulo son nuestros judíos; solo que su religión y sus costumbres difieren de las de aquéllos.

Angulo había logrado hechizar á la ga-

lopina de la casa de Carlos, que era, como se dejará entender, su más constante consumidora de baratijas.

Del fondo de este amor brotaba la fuente de las grandes noticias, y de las denuncias en las cuales se jugaba la honra, la reputación, la vida y la fortuna de una familia; pero ése era el precio del salvo-conducto de Angulo, quien más de una vez se vió precisado á aceptar las albricias de un buen soplo.

El varillero penetraba hasta la cocina con permiso del portero, que se llamaba Santos, y era un viejo soldado inválido, y quien en lo más recóndito de su conciencia honrada, se reprochó más de una vez su debilidad por haber dado entrada á Angulo.

—No me gusta este hombre, decía Santos en su cuarto á su entenada; ha de ser mafioso, tiene una cara y unos modos que no me gustan; y luego esa cicatriz que se cubre con el cabello... Yo no sé, yo no sé, murmuraba el viejo, pero el tal varillero me parece un pájaro de cuenta.

Los refunfuños del viejo portero habían sido ya causa en la cocina de serios disturbios y de hablillas incesantes, á las que Angulo ponía termino prudentemente dejando de ir á la casa por algunos días.

Ya no le cabía duda al Ratón de que la familia no tardaría en ponerse en camino.

Estaban dispuestos cinco carruajes, y entre ellos el faetón de Salvador; caballos de silla, dos carros con equipajes, comestibles, vinos, camas y todo cuanto pudiera apetecerse en materia de comodidades.

El padre capellán estaba ya provisto de la respectiva licencia eclesiástica; las criadas se habían confeccionado enaguas vistosas, y habían comprado rebozos de bolita.

La galopina veía acercarse el cruel momento de separarse del varillero; pero éste no vaciló en jurar que la seguiría con todo y ancheta hasta el fin del mundo; y este juramento de amor tenía tanto más fundamento, cuanto que Angulo tenía la obligación de anticiparse á la familia en su mar-

cha, para estar oportunamente en los terrenos de la hacienda grande.

La galopina acabó de perder el juicio al recibir esta prueba palmaria del amor de Angulo; de manera que la despedida fué larga cuanto tierna y apasionada; se repitieron los juramentos, y el varillero, en un arranque de liberalidad y de entusiasmo, no vaciló en regalar á la galopina los mejores aretes de la vidriera, que eran unos falsos camaféos con bustos griegos.

Entre tanto, Salvador y Chona ocupaban en la sala el lugar de costumbre; quiere decir, Chona estaba sentada en el sillón, cuyo respaldo daba al balcón, y dando según hemos dicho en el libro anterior, la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel en presencia de los leones.

—Un cuadro más variado y más digno de nuestro amor nos espera, Chona, decía Salvador; ya me cansan los salones y me sofoco sobre los resortes de los muebles; tengo no sé que dulce ansiedad porque llegue el momento de contemplarte cuando la natu-

raleza dibuje un fondo de paisaje digno de tu figura y de tu amor; me siento poeta, Chona; hoy empiezo á comprender todo lo que cien veces he despreciado en los versos.

—¿De veras? preguntó Chona cariñosamente.

—Sí, Chona; anoche leí versos.

—¿Lú?

—Sí, Chona; versos que me hicieron un bien, porque encontré en ellos mucho de lo que yo quisiera decirte, y que no he sabido decir; y por la primera vez me estoy figurando que ha de ser delicioso amarte en el campo; me parece que los cielos tachonados de estrellas, que las mañanas frescas y brillantes, que los campos todos, con su agreste pompa y sus encantos misteriosos, nos esperan, nos llaman para saludarnos, para hacernos ver que ellos solos deben ser los testigos de nuestro amor, que á ellos solamente debemos confiarles nuestros dulces secretos y nuestras íntimas alegrías. Sí, Chona, desde que te amo tanto, me parece es-

trecho el mundo y mi amor busca á tu lado un horizonte digno de él, porque mi amor es el eslabón de una cadena cuyo extremo se pierde en el infinito; y allá en el mundo de la luz y de la eternidad, es donde el Dios de los espíritus libres va á ceñirnos la corona de eternos desposados; entretanto espero, y la esperanza es tan grata, que me anima en mi tránsito por este mundo, en donde sólo nos preparamos al gran viaje de ese gran camino del que ya no podrá separarnos ni el destino ni el hombre.

—¡Qué feliz eres con tus ilusiones, y cuánto siento no haberme vuelto por fin, como tú, espiritista!

—¡Con mis ilusiones! exclamó Salvador, ¡llamas ilusiones á la luminosa revelación, á la verdad descubierta para mí por medio del soplo imperecedero del espíritu! ¡ilusión á lo que es tan palpable! Pero llámale ilusión, y sueño, y fantasía: ya sabes que me he impuesto el deber de no obligarte á pensar como yo, porque sé que al fin aceptarás esto de que muchas veces te burlas, y que

para mí es el dogma de los espíritus fuertes, que saben elevarse sobre las viejas ruínas de la tradición y sobre las esferas de la sombra.

—No sé todavía, dijo Chona con aire de tristeza, hasta qué abismo podrá conducirnos este amor insensato.

—Yo sé hasta qué cielos vamos, y en qué abismos vivimos: y mido la pequeñez de nuestros imposibles del mundo, de nuestras mezquinas contrariedades, como abarco los inmensos horizontes en que nuestro amor, un día sin trabas, desplegará sus alas para atravesar el edén de los que se aman como nosotros. ¿Qué importa un sacrificio más? ¿Qué importa un día en nuestra carrera eterna?

—¡Eterna! ¿Y si es de penas?

—¡Jamás! El Sér omnipotente no formó los seres superiores, para hacerlos perecer en el eterno círculo de las destrucciones: el hombre es la tangente de esos círculos precisos, trazados por una mano sabia para mantener las reproducciones por medio de

la inmolación constante; ¡pero nosotros! ¡pero tú tan pura y tan grande, tan espiritual y tan inteligente, tú, perderte en el aplastamiento vulgar de los seres sacrificados á la ley que todo lo consume para mantener al hombre! Jamás, Chona, jamás: yo creo en la pluralidad de los mundos; esos millones de globos que cintilan son mundos habitados, mundos tal vez de maravillas; mundos más antiguos que la tierra y más perfectos; mundos donde la ciencia sea el elemento espiritual, y la última perfección el premio inmortal: humanos aquí, pasaremos espiritualizados á ser ángeles allá, para quienes no habrá distancias ni barreras, sinó la luz divina por númen, el universo por morada, la verdad por creencia y Dios por alma.

—Allá, Chona, allá nos amaremos, allá está la felicidad y la vida verdadera; aceptemos aquí nuestro purgatorio y nuestra cruz, nuestra purificación y nuestro voto, pero con la llave de nuestra fé más pura que nos abrirá el paraíso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Folio 1625 MONTREY, N.M.

La mirada de Salvador ejercía ya un poder magnético sobre Chona, y cada vez que Salvador la imponía silencio sólo con la fuerza de su voluntad, Chona se sentía embargada y enteramente á merced de aquel influjo sobrenatural, al que jamás pudo resistir ni con toda la fuerza de su conciencia estremecida, ni con el poder físico de sus acciones y movimientos.

Cuando Salvador no podía vencer del todo, con la fuerza de la lógica, los escrúpulos de conciencia de Chona, recurría á inundarla con el fluído de su poder magnético, y Chona acababa por entregarse á un éxtasis de amor, cuya duración sólo Salvador calculaba.

Acababa Chona de entrar en uno de esos éxtasis, estaba con la mirada fija en Salvador, y en sus labios se dibujaba una sonrisa tranquila de apacible bienestar.

Salvador tomó entre las suyas una de las bien modeladas manos de Chona y la llevó á sus labios.

Imprimió en ella un solo beso, y la bajó

lentamente para depositarla en el regazo de Chona.

Había en este movimiento de Salvador un sentimiento tan puro de castidad y de respeto, que se podía afirmar que le era repugnante y despreciable el abuso.

Salvador contempló á Chona por largo tiempo, pero con una atención tal, que se hubiera dicho que no se había interrumpido la conversación del pensamiento.

Así permaneció mucho tiempo hasta que notó que la respiración de Chona se hacía fatigosa, y casi de una manera imperceptible dijo Salvador:

—Despierta... Despacio, murmuró en seguida, y articulaba palabras que parecían incoherentes y como si con ellas estuviera completando periodos que Chona pensaba más bien que decía.

En seguida, era Chona ya, y no Salvador, quien decía de vez en cuando una palabra.

Era que Salvador evitaba las transiciones, y tenía el poder de hacer volver á Chona á la vida real, pasando de ésta al sueño mag-

nético y del sueño á la vida, casi sin apercibirse de ello.

—¿Qué tienes? preguntó cariñosamente Salvador al cabo de un rato.

—Una cosa rara, contestó Chona.

—¿Qué es ello?

—Siento con tu mirada algo que me parece un sueño; hay en tus ojos como un desvanecimiento, y aún me parece que llevo á estar callada un largo rato.

—¿Eso sientes?

—Sí.

—¿Y lo has sentido ahora?

—Sí. ¿No es cierto que he estado callada largo tiempo?

—No, Chona; nuestra conversación se ha mantenido sin interrupción; has hablado, te he contestado, y yo no he notado nada.

—¡Qué cosas tan raras me pasan! pero no puedo explicarlas: yo las comprendo, pero á medida que me esfuerzo para decírtelas, me sucede lo que con esos sueños que le dejan á uno una impresión agradable; pero que mientras más luchamos por re-

cordarlos, se pierden más y más á medida que despertamos y á medida que nos empeñamos en que no se nos escapen las imágenes.

—Las excitaciones nerviosas, dijo sencillamente Salvador, producen á veces cortos deslumbramientos pasajeros, en los cuales sufre la memoria algunos cambios y extravíos; pero no hay que fijarse en esos pequeños cambios, si no queremos hacerlos notables y sensibles, cuando, sin fijarnos en ellos, pueden muy bien pasar desapercibidos.

Carlos, contra su costumbre, apareció en la sala de improviso.



CAPÍTULO XV.

DE CÓMO LA APARICIÓN DE UN GATO
NEGRO TRAE UN AVISO DE PARTE
DEL DEMONIO.

EN los labios de Salvador se este-
reotipó esa afectada afabilidad del
falso amigo.

Chona sintió un vuelco en el corazón,
como al influjo de un toque eléctrico.

Y Carlos tuvo que hacer saliva para po-
der emitir la voz.

Todo esto pasó al través del más per-
fecto disimulo. ®

—La lista de los convidados asciende á diez y ocho, dijo Carlos tan luego como sus glándulas secretaron la humedad indispensable para que la lengua no hiciera un mal papel entre las fauces.

—Te aseguro, dijo Salvador levantándose de su asiento, que la caravana va á estar respetable. ¿Has contado á mis dos criados entre la servidumbre? Nos serán muy útiles, especialmente Jacinto, que es un cochero magnífico.

—Suponia ya que vendrían contigo.

—¿Ya viste mis atriles? preguntó Chona á su marido así que el vuelco aquel había tenido la amabilidad de permitirle hablar.

—¿Tus atriles? preguntó Carlos, cuyo pensamiento había ido muy lejos en aquellos momentos.

—Sí, mis atriles, mis blandones, mis ciriales, y en fin, toda mi sacristía.

—¿Trajeron hoy todo eso?

—Sí, y dos incensarios y el ornamento.

¡Sí vieras que bien bordada está la pália!
¡es un trabajo primoroso!

—¿Sí? ¿quién la hizo?

—Luisita, ya sabes que ella desempeña admirablemente estos trabajos.

—Bien, dijo Carlos, eso quiere decir que estamos todos listos y que pasado mañana será definitivamente el día de la marcha.

—¿Pasado mañana? preguntó Salvador.

—Decididamente; si no apresuro este viaje, parece que nos quedamos; notarás que llevamos un mes de transferirlo y ya me está dando no sé qué...

—¡Ave María Purísima! dijo Chona, ¿vas á decir que tienes presentimientos?

—Pues es la verdad, este viaje se está dificultando tanto, que...

—¡Vamos, Carlos! ¿de cuando acá eres aprensivo.

—No, nada; sinó que.... ¡quién sabe! hay cosas que parecen brujerías; á pesar de todo yo siento una repugnancia inexplicable al pensar en este viaje, y no soy supersticioso, ya me conoces, pero....

—¿Pero qué?

—He visto un gato negro.

Salvador encontró una ocasión propicia para reírse, abonando su hilaridad por cuenta de su anterior turbación.

En la conciencia de Chona se levantaba un secreto reproche, como un prelude funesto, y más inclinada á las supersticiones que Salvador, sintió también la influencia del presentimiento, acaso porque sabía bien que su marido tenía sobrados motivos para no estar tranquilo.

Salvador seguía riéndose, más aún de lo que aquella idea lo estimulaba; pero la risa, que como hemos dicho otras veces, está tomada en la sociedad como recurso dramático, era necesaria á Salvador.

Al fin, con el temor de hacer inverosímil su hilaridad, Salvador exclamó:

—Pero, vamos á ver, si eso del gato tiene alguna explicación, dánosla, y sabremos en lo sucesivo si también hemos de temblar ante los gatos negros.

—Mira, Salvador, hay algo siempre oscuro delante del hombre: su mañana viene envuelto, como las hojas, en una yema in-

desciftable; y cuando ha tenido uno la debilidad ó el candor de fijarse en algunos signos exteriores, por incoherentes que parezcan, experimentamos la misma emoción que con un aviso cierto.

—¿Hablas formalmente?

—Sí, Salvador.

—¿Y lo del gato....

—Lo del gato ha sido siempre para mí un augurio funesto, al grado que no recuerdo haber sufrido alguna vez una desgracia que no haya sido precedida de esa extraña aparición.

—Desde muy niño me indujeron á encarnar al mal espíritu, al diablo, al coco, á lo que tú quieras, en la forma de un gato negro.

—El primer peligro que corrió mi vida de niño, fué una congestión cerebral porque me asustaron con un gato negro; creo que desde entonces se hizo el gato negro el tipo de mi fatalidad; desde entonces se encargó de ser el horóscopo de mis desdichas y..... no sé si será porque he estado pen-

diente de esa circunstancia que parece pueril; pero, lo repito, cada vez que he visto un gato negro, he pensado en que me va á suceder una desgracia y me ha sucedido efectivamente.

—¿Siempre? preguntó Salvador.

—Siempre, sin fallar una sola vez.

—¿Y ahora has visto el gato negro?

—Sí, anoche. Iba yo á acostarme y sobre una columna de escayola que está en un rincón de mi cuarto, ví brillar dos luces verdes, fijé la vista y me pareció que allí había un objeto cualquiera que por la disposición de la luz y de las sombras semejava al parecer la cabeza de un animal feroz.

—Al principio casi me recreaba en contemplar aquello que me parecía una de esas casuales combinaciones que engañan la vista y que uno se complace en no destruir.

—Es cierto, interrumpió Salvador, á veces se proyecta en la pared la silueta de una persona y es producida por un sombrero, y un jarrón y un ramillete, ó por objetos, en fin, que están muy lejos de ser lo que parecen.

—¡Eso es! dijo Carlos, bajo esa impresión contemplaba la forma aquella, cuya inmovilidad sostenía mi ilusión. Yo seguí contemplándola sin acercarme, porque si por una parte tenía curiosidad, por otra no quería satisfacerla sinó por medio del raciocinio y la penetración, como al que le presentan una charada cuya solución está á vuelta de hoja y pudiendo desengañarse, prefiere luchar con la dificultad.

—Pero nada, mis esfuerzos eran inútiles; la cabeza era una cabeza de animal y mi imaginación se esforzaba en recordar los objetos de mi pertenencia que pudieran sobre la columna producir aquella aparición. No era ni un sombrero, ni una piel, creí que era un *manguito* ó tal vez un chaleco negro ó... en fin, mil cosas; hasta que no pudiendo más, me acerqué rápidamente á la columna.

—Entonces el animal, levantándose sobre sus patas traseras, brincó sobre mí, espantado y temiendo una agresión... Confieso á ustedes mi debilidad. Me sobrecogí de pavor, temblé como un niño, debo haberme

puesto pálido, debo haber temblado como un cobarde, porque materialmente oí yo las palpitations de mi corazón que se agitaba violentamente.

—Permanecí aterrado por largo tiempo y enseguida busqué á mi alrededor.

—Era efectivamente un gato negro, que, esponjando la cola, me dirigía su última mirada de rencor y tomaba la puerta como seguro de haber cumplido con su deber de parte del diablo, ó de la fatalidad, ó de no sé quien.

—Me acordé entonces de mis presentimientos y de mis desgracias y... lo confieso, leí con la seguridad de un adivino un augurio fatal, aunque indefinido, pero que resueltamente ha engendrado en mí esta convicción.

—Me va á suceder una desgracia.

Cuando Carlos acabó de hablar, reinó en la sala un profundo silencio.

Chona estaba cabizbaja y del semblante de Salvador había huido toda traza de jovialidad: aquel recogimiento fué para Carlos la sanción más manifiesta del augurio.

Salvador no pudo contestar tan pronto,

que impidiera á Carlos recoger esta corroboración.

—¿Sabes, Carlos, que te desconozco? nunca me habías dicho que fueses supersticioso.

—Ya sabes que es difícil confesar uno sus debilidades; pero hoy arrojando hasta con tu risa, te hago esta confesión.

—Pues bien, señor visionario, así como tienes signos que en forma de gato te anuncian las desgracias, tendrás contrahechizos y conjuros á propósito; porque quien te dió el veneno, te daría también la triaca ¿ó te hicieron donación del uno sin permitirte el consuelo de la otra?

—Mira, Salvador, si hemos de aceptar de buena fé, ó mejor dicho, á ciegas, la teoría; sin buscar las causas, ni la aplicación ni nada, sigamos á la misma superstición en su ida y vuelta, en su contra y su pró.

—Eso es lo que yo quería decir.

—Pues bien, la conseja dice que la manera de conjurar el mal, es matar el gato.

—La cosa es bien sencilla, contestó Salvador, se perseguirá al bicho por toda la

servidumbre, nos armaremos de todas armas, y si es necesario, se hará en la casa una verdadera partida de caza con su correspondiente trahilla y sus trompas y todo el aparato.

A pesar de que Salvador procuraba por medio de un tono semiburlesco llevar la cuestión al terreno de la frivolidad, reinaba cierto embarazo en aquellos tres personajes que en vano procuraban ocultar; pero Salvador no creyendo conveniente abandonar su tarea, tiró del cordón de la campanilla y algunos momentos después se presentó un criado.

—Benitez, ¿eres tú? dijo Salvador viendo entrar al criado.

—Sí señor; contestó éste.

—Necesito á toda costa que me traigas muerto.....

—¿A quién, señor? preguntó alarmado Benitez.

La sorpresa del criado hizo vagar la primera sonrisa en los labios de Chona y en los de Carlos.

—No hay que alarmarse, óyeme bien; necesito que me traigas muerto un gato negro que se ha aparecido en el cuarto de Carlos.

—¿El gato de señor Santos el portero?

—No sé que Santos sea dueño de ese animal, dijo Chona con cierto enfado.

—Y sobre todo, agregó Carlos, sea de quien fuere, es necesario que ese gato muera hoy, si es preciso á balazos.

Pronunció Carlos estas palabras con tal acento de energía, que el criado no tuvo más que objetar.

—Arma á los cocheros, á Vicente, al lacayo, á todos y hagan una batida en forma, agregó Salvador; porque hoy ha de morir ese animal, sea de quien fuere; ya lo has oído.

—Está bien, dijo el criado y desapareció.

Benitez, tenía cierta enemistad con Santos el portero; circunstancia que le hizo saborear el placer de la venganza con editor responsable, y se dirigió en derechura al cuarto del portero.

— Señor Santos, le dijo á éste, el amo manda hacer una ejecución de justicia.

— ¡En quién, hombre! exclamó Santos azorado.

— No, nada; en nadie, en el gato prieto de usted.

— ¿Mi gato?

— Sí, señor Santos; me han mandado que hoy mismo mate su gato de usted.

— Pero....

— No hay peros, porque el amo lo manda; yo lo siento mucho, porque sé lo afecto que es usted á los animales, y sobre todo á ese horrible demonio, por más que no haya podido explicarme nunca ese amor; pero ello es que tengo que cumplir con la orden. ¿Me hace usted favor de decirme en dónde está su gato para matárselo?

— ¡Esto es una iniquidad!

— ¡Matar mi gato! exclamó la entenada de Santos. ¿Y por qué, vamos á ver? ¿qué perjuicio les hace, cuando el pobrecito no se atreve á andar por allá arriba? esos son embustes de usted, señor Benitez, y todo

porque nos tiene usted puesta la puntería, por lo que yo me sé; pero ande usted, que si tal cosa hace con mi pobre gato, he de decir todo lo que pasa; yo estoy segura de que el amo no se ha metido en semejante cosa, pues ni conoce á mi gato ni lo ha visto nunca.

— Se equivoca usted, señora, dijo Benitez gravemente, yo no sé qué cosa gorda habrá ido á hacer el gato, que tanto el amo como el señor D. Salvador están resueltos á que ese animal no pase la noche con vida.

— ¿Qué cosa gorda ha de haber hecho mi gato, sinó la que hacen todos los gatos? pero ese no es un motivo para mandarlo matar.... Entonces que nos maten á todos.

— Yo no sé, insistió Benitez encogiéndose de hombros, pero la sentencia está dada. ¿Conque no se encuentra por aquí la víctima?

— ¡La víctima! exclamó la entenada de Santos. ¿Y por qué le dice usted la víctima?

— Porque va á morir.

—Esa no es una razón para que usted le llame víctima á mi gato, que ninguna carne le ha comido ni á usted ni á nadie, porque yo lo mantengo con mi trabajo; que para eso lo he criado con puros *montalayos*, porque ni siquiera ratas sabe coger el inocente.

—Todo eso es inútil, y ya es necesario poner manos á la obra.

Ya los demás criados de las caballerizas, los cocheros y el lacayo se habían enterado de aquella extraña disputa, y se habían ido acercando poco á poco al cuarto del portero.

—¡Ea, muchachos! dijo Benitez, armarse de garrotes, y vamos á matar al gato prieto.

—Aquí está mi palo, dijo el lacayo enseñando el mango de un látigo.

—Voy á llevar la queja á la señora, exclamó la entenada del portero, porque ésta no es una orden del amo, que nada tiene que ver con mi gato; sinó que todo ello es una animosidad del señor Benitez.

—Ve, hija, ve; y le dices á la señora que por Dios, en fin, dile que.... dile que el gato

es inocente, y que impediremos que vuelva á subir á las salas.... dile que.... dile que el señor Benitez tiene reconcomia con nosotros, y que ahora se venga, pretendiendo matar nuestro gato, dile que.... dile todo lo que quieras, y no te tardes.

La entenada subió la queja, y como entró primero á la cocina, allí se levantó la segunda oleada entre las cocineras, fregonas y galopinas, y un coro de maritornes se levantó, protestando contra la ejecución, ni más ni menos que si se tratase de una persona.

Pero mientras se levantaban estos rumores, ya los criados andaban por bodegas, cocheras y azoteas buscando al gato de Santos y armados con escobas y trancas.

El lacayo reanimó á los cazadores diciéndoles que el señor D. Salvador daba media onza de oro por el gato muerto.





CAPÍTULO XVI.

UNA PARTIDA DE CAZA URBANA.

LA emoción que se produjo entre la servidumbre femenina con motivo de la ejecución del gato, fué extraordinaria.

—¡Habrás visto, decía la cocinera, que se llamaba señora Andrea, escándalo tal por un pobre gato, no parece sino que se trata de un criminal.

—¡Qué sabe usted, objetó la galopina, los perjuicios que ese animal habrá ido á hacer al salón, y tal vez en los papeles del amo!

—Pero eso no es motivo para mandarlo matar. ¡Alma mía de él, tan mansito y tan callado!

—¿Callado? dijo una *recamarera*, ¿callado? ¡Qué bien se conoce que no se desvela usted como yo, mi alma. ¡Callado cuando toda la santa noche se la pasa el muy... dando unos gritos que parece que le hacen algo!

—Para eso, dijo Andrea, todos los gatos maullan, especialmente...

—Pues lo que es éste no maullará esta noche; y me alegro, porque me dejará dormir.

—Ni crea usted que lo cojan.

—¿No?

—Ya se ve que no.

—¿Y usted en qué se funda?

—Eso, yo me lo sé.

—Lo habrá usted espantado para que no lo cojan.

—¿Usted así lo cree?

—Por lo menos, me lo malicio.

—Pues bien, sí lo espanté, porque me pareció una obra de caridad; y no sólo lo

espanté sino que lo bañé de agua fría, y ya sabe usted que el gato espantado... del agua fría huye.

—¡Qué cruel es usted! ¡pobrecito animal! ¿Y así está usted abogando por él?

—Lo hice por su bien, para que se destierre por algunos días, mientras pasa el furor de matarlo.

—¡Pues lo matarán á pesar de todo! dijo la *recamarera*.

—¿Cuánto apuesta usted á que no lo matan?

—Lo que usted quiera; mi ración. Figúrese usted que el lacayo me ha dicho que el señor D. Salvador le ha ofrecido media onza de oro por el gato muerto.

—¡Oiga! dijo Andrea, D. Salvador ha... ¡Jesús, María y José nos acompañe! Y cállate lengua, porque....

—¿Qué está usted diciendo, señora Andrea? dijo la galopina.

—Nada, mi alma; decía yo que la primera en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos.

—Y la segunda en los labios, agregó la recamarera, imitando el tono de voz de Andrea porque nos libre Dios de las malas palabras.

—Es que no he dicho malas palabras; que no soy ninguna mal hablada.

—No, no ha dicho usted malas palabras; pero con eso da usted á entender quién sabe qué cosas.

—¡Es usted muy maliciosa!

—No tanto.

—En fin, cada uno es dueño de su pensamiento; y lo que es á mí, no me la dan muy fácilmente.

—¿Por qué dice usted eso? preguntó la recamarera acercándose.

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Nada; era para ver si era lo mismo que yo me pienso.

—¡Si ha de ser! ¿Pues qué no tiene uno ojos?

—Yo no había querido decir nada, porque ya sabe usted que no es bueno andarse una en chismes; pero la verdad, yo compadezco al pobre del amo.

—¡Y con razón! Sí, con perdón de usted, ya se.... descara mncho: ahí los tiene usted hasta las doce ó hasta la una de la noche platicando en la sala solitos; y el amo, ó se sale á la calle, ó está en su gabinete como muerto.

—¡Si le digo á usted, que yo no sé como no ha llegado á haber un escándalo!

—¡Pero lo habrá! ¡Eso júrelo usted, mi alma!

—¡No lo permita Dios! que no soy yo, y se me cae la cara de vergüenza.

—Mientras tomaba en la cocina este carácter la cuestión de la muerte del gato negro, la entenada de Santos se había arrojado ya á los piés de Chona.

—¡Señora, por lo que usted más quiera en el mundo! por el señor D. Carlos! por los huesitos de su mamá de usted! por el señor D. Salvador, le ruego que no maten á mi pobre animal, que yo le ofrezco á usted que no volverá á subir! pero hágalo usted por Dios, señorita, diga usted que no lo maten!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BARRAS"
CALLE DE LOS BARRAS, MEXICO

El dolor creciente de aquella mujer la hacía derramar abundantes lágrimas, ni más ni menos que si se tratara de un sér humano.

Los gritos de la mujer se confundían con los que, por todas partes, daba la servidumbre, alentada por el deseo de ganar la propina, y porque el revestir aquella batida de más aparato del que en sí requería, era para la misma servidumbre una ocasión de manifestar al amo su lealtad y su eficacia.

—¡Don Vicente! gritaba el lacayo desde la azotea, allá vá; dice José que lo ha visto descolgarse al segundo patio; búsquelo, y que cierren el zaguán.

—¡Santos! gritaba otro, que cierre la puerta.

En esto se oyó una detonación en la azotea, y la entenada de Santos no pudiendo contenerse se levantó, y cambiando su actitud humilde por otra resuelta, se irguió y gritó con aire insolente:

—¡Pues no lo matarán! ¡no lo matarán! porque yo lo defenderé; y los amos no son

reyes para dar esas órdenes; ya lo veremos; que también hay justicia para los pobres y el *inspetor* es mi compadre, y aunque sean ricos los amos, ya veremos si esto se queda así.

—¡Cállese usted, mi alma! le decían las criadas, no arme usted escándalo, que tal vez *por la buena* hasta le darán á usted una gratificación.

—No quiero gratificación, lo que quiero es mi gato que nada les come.

—¿Quién tiró? preguntó un criado.

—Fué el amo Don Salvador que le *jerró*, contestó el lacayo.

Efectivamente, Salvador había tirado al gato disparando una pistola y no le había dado. Salvador, no obstante su gravedad habitual, había aceptado sin vacilar el papel de verdugo del gato, porque á pesar de su espiritismo y de todas sus idealidades, no podía disputarle á su propia conciencia que estaba obrando pérfidamente con respecto á su antiguo y fiel amigo Carlos; de manera que el haber tomado á pechos lo de la muer-

te del gato negro, era una especie de excusa que el mismo Salvador creía encontrar; excusa que por insuficiente que fuera bastaba, al menos por el pronto, para hacer algo en favor de Carlos, en cambio de lo mucho que hasta allí había hecho contra él.

Crecían por todas partes los gritos y la algazara de los criados, tomaban incremento los comentarios de las maritornes; y contrastando con la animación de la batida, Carlos estaba quieto, inmóvil y pensativo en un sillón de su cuarto.

Chona apenas se hubo desprendido de la entenada de Santos, creyó, tal vez porque la conciencia no se equivoca, que debía ponerse al lado de su marido.

En el género de vida que estos dos esposos habían seguido desde que se casaron, era un acontecimiento notable ver acercarse á Chona á su marido, de una manera cariñosa y afable.

Chona se acercó á Carlos.

—Me da pena verte tan preocupado y tan entregado á esa superstición. Vamos,

no hay que creer en eso, ó vas á acabar por contagiarnos á todos con esa idea y adios expedición, adios fiestas, todo va á ser duelo y pesadumbre.

Carlos no contestó sinó al cabo de un largo rato esta sola palabra:

—Siéntate.

Chona hizo rodar otro sillón y se sentó al lado de su marido.

—No: dijo éste, más acá; y le indicó á Chona una actitud, en la que casi quedaban marido y mujer frente á frente.

Carlos meditó mucho su introducción, pero dijo así:

—¿Sabes que los gladiadores romanos que morían en el circo en presencia de un numeroso concurso, procuraban tomar una actitud graciosa para exhalar el último suspiro?

—Sí; contestó apenas Chona.

—Eso era porque los romanos, como yo, le tenían más miedo al ridículo que á la muerte.

—¿Por qué dices eso? dijo Chona hacien-

do un esfuerzo supremo para hacer con serenidad la pregunta.

—Lo digo porque.....

Chona estaba en ascuas.

—Lo digo porque mi superstición es muy ridícula.

Chona respiró.

—Yo he conocido personas de muy buen criterio, que participan de algunas de esas ideas que bien puede ser una debilidad; pero que luego se comprende que hay cosas.... dijo Chona procurando forjar una disculpa que ni el mismo Carlos pensaba.

—¿No es verdad que hay cosas..... Voy á explicarte mi superstición.

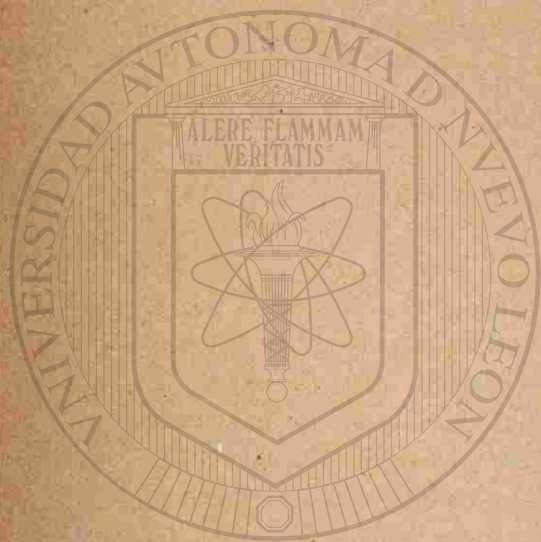
Chona contuvo la respiración.

Carlos continuó:

—Delante del hombre hay eternamente un misterio impenetrable, y cuando se ha tenido la desgracia de perder la receta maravillosa del agua bendita y de otros amuletos no menos apreciables; cuando un día, más atrevido ó más ignorante, el hombre ha pretendido analizar y dar rienda suelta

á su imaginación; entónces surge del fondo de todas las cosas lisas y llanas en virtud de milagros ó de influencias divinas; surge, decía yo, la dicha y vuelve uno al punto de su ignorancia, pero con un desengaño más y con un consuelo menos.

En esta sucesión de acontecimientos en la cual hay necesidad de tomar parte en la vida, el día que uno menos lo piensa comprende todas esas desgracias, todos esos contratiempos que vienen sin aviso previo, y un día se nos desploma un techo ó nos viene equivocadamente una bala destinada á otro, ó nos sucede, en fin, una de tantas desventuras imprevistas y que ni yo ni nadie tiene el poder de conjurar; pues bien: al hombre no debe estarle tan obstinadamente cerrada la clave de esos avisos; es preciso que exista un signo precursor, que surja una coincidencia, que brote un aviso de cualquier objeto, y sucede así indefectiblemente: mi aviso es el gato y por eso insisto: me va á suceder una desgracia. ®



CAPÍTULO XVII.

EL ASALTO.

No debemos dejar pendiente por más tiempo el interés del lector acerca de la suerte de Gabriel, pues lo dejamos en el momento en que Gómez y el Pájaro les daban el sacramental *¡alto ahí!* que precede á todo robo en despoblado.

Cada uno de los cuatro bandidos acometieron simultáneamente á los cuatro viajeros; el Pájaro á Don Santiago, Gómez á Gabriel, y los otros dos compadres á cada uno de los dos criados. ®

Gabriel fué el más listo en sacar su pisto-

la y disparó contra Gómez, pero no salió el tiro.

Gómez por respuesta, asestó al joven una soberbia bofetada, que lo derribó en tierra.

Gabriel cayó dando con la cara en las piedras, mientras Don Santiago á la voz de «eche pié á tierra!» se apeaba procurando socorrer á su hijo.

Entre tanto se había emprendido un altercado entre los bandidos y los mozos, y al pasar á las vías de hecho, los dos criados arrearon sus caballos y se pusieron en precipitada fuga.

—¡Cójalos! gritó el *Pájaro*, y los dos bandidos emprendieron la persecución á todo correr de sus caballos

El sol se ocultaba en el horizonte y alumbraba aquella escena el resplandor de algunas nubes color de fuego, que se destacaban de un inmenso grupo de nubarrones pardos y pesados.

Al verse solo el caballo de Don Santiago, echó á andar, y el *Pájaro* no sabiendo á quien atender, gritó á Don Santiago.

—¡Coja su caballo!

Cuyo grito fué acompañado de una media docena de interjecciones bien acentuadas y claras.

Don Santiago se puso en seguimiento de su caballo y el *Pájaro* tras de él; mientras Gómez se apeaba para levantar á Gabriel que se desangraba sobre las piedras del camino y parecía desfallecido.

Los reflejos rojizos del sol iban extinguiéndose.

Gabriel, efectivamente exánime, fué levantado por Gómez.

Tenía una profunda incisión en la frente, do donde brotaba sangre en abundancia.

Gómez á quien se hubiera juzgado un hombre caritativo, vendaba con su pañuelo aquella herida, pero en realidad lo que estaba haciendo era vendar los ojos á Gabriel.

En tanto D. Santiago y el *Pájaro* se habían alejado, dando vueltas á un pequeño recodo del camino, y habían por lo tanto desaparecido de la vista de Gómez.

En estos momentos sólo quedaba en el

horizonte como los restos de un incendio; una nube cárdena que se parecía á un largo tizón que se apagaba: todo iba poniéndose negro, las sombras se iban apoderando con no sabemos qué extraña precipitación de aquellos campos.

Apenas alguna de esas aves nocturnas que se enseñorean en las tinieblas, hubiera podido distinguir entre las confusas masas negras de las malezas y los árboles entre los boscajes y los peñascos negros, los dos grupos que formaban Gómez y el *Pájaro*, con Gabriel y D. Santiago. Eran dos buitres que habían logrado hacer bien tarde su presa y sorprendidos por la noche, buscaban una guarida provisional para asegurar su banquete.

La noche desplegó por fin su negra colgadura, se extinguieron los silbos de los reptiles y los últimos rumores; venía el silencio como impuesto á la naturaleza por el Gran Rey; todo se sometía, todo se plegaba ante el imperio del silencio y de la sombra; todo entraba al caos de la noche;

y por uno de esos cambios tan frecuentes en nuestras latitudes, casi por ensalmo habían avanzado hacia el zenit del N. E. y del O. E., falanges de vapores que esperaban la desaparición del sol, para invadir la bóveda celeste.

Más que nubes parecían crespones que un maquinista invisible había corrido para aquel segundo acto que requería sombra, porque era el crimen el protagonista.

Los crespones no habían dejado al menos en la periferia visible, un solo girón á través del cual pudiera alguna estrella ver la tierra; nada, ni un resplandor, ni un ruido; parecía que la noche se había tragado, como un inmenso mónstruo, á los viajeros y á los buitres del camino.

Pero los dramas de la sombra tienen por público, al que sabe penetrar con nictálope vista en esas regiones y á esas horas de negros misterios en que nacen las leyendas y las fantasmas.

Informes y movedizas, como las figuras que se proyectan en el agua, podía con tra-

bajo percibirse entre las malezas las sombras del Pájaro y D. Santiago, serpeando por tortuosos senderos, perdiéndose á largos intervalos entre arbustos y malezas, ó hundiéndose en algún bajo del terreno accidentado, como si fueran dos espectros que regresaran á su sepulcro.

Pero poco después aparecían, dibujando sus cabezas en el fondo plumizo de las nubes.

Mas allá, lejos, muy lejos, estaba Gómez liando sobre el lomo de un caballo, el cuerpo flexible y mortecino de Gabriel; pero allí el silencio era interrumpido de la misma manera que lo describe el Dante en uno de los negros círculos del infierno.

Era un rumor, pero acercándose era una sucesión de espantosas imprecaciones y de inmundas palabras.

No sabemos quien estaba deteniendo á uno de los mil ángeles del cielo, á una de las mil almas hijas de la justicia eterna, para que, atravesando el espacio, hubiera descendido á pronunciar en el oído de Gómez estas palabras:

—Es tu hijo.

Pero nadie bajaba, nadie acudía; Gabriel estaba en ese limbo del síncope, que es un lugar tan misterioso que ninguno de los que vuelven nos ha querido revelar sus secretos.

Gómez seguía ajustando su fardo humano como un pesado *pagaré*, que se convertiría en caballos, mujeres y vino para Gómez.

Aquello era realizable.

Abraham llevaba á su hijo cargando el haz de leña y sentía algo de lo único que puede ser superior al amor del padre: algo de Dios en su alma.

Pero Gómez llevaba la misma prenda ante el mito infernal del robo, sin saber que inmolaba su propia sangre.

Por nuestra parte, no creemos dejarnos llevar del espíritu romántico para asegurar las intuiciones magnéticas, ni las adivinaciones milagrosas que preparan un reconocimiento de estampilla, que termina con estas palabras sacramentales:

«¡Padre mío!—¡Hijo mío!»

Y no obstante, aseguramos que Gómez

sentía una insensata amargura, un íntimo reproche en su alma al ejecutar aquel acto infame.

Lo decimos porque Gómez maldijo y blasfemó, en primer lugar al cielo, porque la obscuridad era tal, que no se veía el camino, y ya una que otra gota de lluvia había producido, en el gran sombrero de Gómez, cierto ruido, que era como el aviso de una nueva dificultad.

Gómez estaba más impaciente de lo que la situación en sí hubiera podido ponerlo, y la violencia que experimentaba la atribuía á todos aquellos ligeros contratiempos.

Pensaba en que había sido una brutalidad pegar tan recio al niño aquel; por otra parte, se decía Gómez, sino le acierto me dispara otro tiro el diablo del muchacho.

— Hubiera sido mejor dejar á este... amarrado por ahí, y llevarse al viejo.... y luego que los otros *destaparon!* ¡mal haya!....

Gómez, caminando con su carga, y el Pájaro conduciendo á D. Santiago por intrincadas sendas, se perdían entre las som-

bras; pero ni Gómez ni el Pájaro se habían puesto de acuerdo acerca del lugar en que debían reunirse.

Al cabo de algún tiempo, la lluvia comenzó á caer con fuerza, produciendo un extraño rumor en los campos solitarios y tristes.

Gómez caminaba entre los breñales, y hacía rodar en su marcha, de vez en cuando, las piedras del camino, que caían á alguna profundidad produciendo un sordo estrépito.

Pensaba Gómez en la suerte que habrían corrido sus compañeros, y en el lugar á donde debía dirigirse á fin de reunirse con el Pájaro.

No sabía por qué causa habían obrado en aquel asunto con desusada torpeza; aquel era un golpe que por parecerles muy fácil había sido poco meditado, y á esto atribuía Gómez lo embarazoso de la posición en que se encontraba y las muchas contrariedades y tropiezos que hasta allí había tenido el lance.

Entretanto la lluvia arreciaba y se hacía doblemente difícil su marcha; pero se consideraba cerca de un crestón del cerro que atravesaba, crestón en el que algunas peñas podían, por su especial disposición, prestarle un abrigo contra la lluvia.

Varias veces pensó en silbar para dar noticia de su rumbo al Pájaro; pero no habiendo oído ningún silbido de éste, calculó que sería prudente guardar reserva.

Ya Gabriel había vuelto en sí, y algunos quejidos se escapaban de su pecho; pero Gómez finjía no oírlos y seguía tirando del ronzal del caballo en que iba atado Gabriel.

Al cabo de largo caminar, llegó Gómez al sitio que había elegido como refugio, y en el cual se propuso pasar la noche: se paró, y después de haber lanzado una mirada indagadora á las sombras que le rodeaban, se apeó lentamente y aflojó la silla á su caballo.

Gabriel, impaciente ya en la incómoda postura á que lo había sujetado Gómez: dijo por fin:

—Desáteme usted, porque voy muy mal.

—¡Adios! exclamó Gómez. ¿Conque quiere ir bien?

—Al menos, no creo necesario este martirio, especialmente cuando nada puede usted esperar de mí.

—Eso ya lo veremos. ¿Cuánto tiene su padre?

—No lo sé, y sobre todo, no me encuentro bien para contestar en esta postura; desáteme usted y hablaré.

—¡Vaya porque no diga!

Y Gómez desató á Gabriel y le permitió apearse; pero el niño apenas podía tenerse en pié y se recostó sobre las piedras.

En cuanto al Pájaro y D. Santiago, se encontraban á gran distancia de Gómez y separado uno de otro, esperando que la luz del día volviera á reunirlos.

Gómez, después de largo tiempo de vacilación, se puso á contemplar á Gabriel que se había dormido, y reflexionó que si aquel joven seguía imposibilitado de moverse, Gómez tendría que seguir caminando con

una carga embarazosa que le entorpecería sus movimientos; y una vez bien seguro de que no podía menos de suceder como lo pensaba, se puso á atar de nuevo á Gabriel, no ya sobre el lomo del caballo, sinó contra un arbusto que se elevaba bajo una de aquellas rocas.

En este tormento se agotó completamente la paciencia de Gabriel, y no estando ya bajo la influencia de su anterior caída, manifestó un vigor extraordinario procurando defenderse.

Gómez ejecutaba la operación de sujetar á Gabriel al tronco del arbusto, con ira concentrada y de una manera brutal, y como en algunos momentos Gabriel había podido gritar, Gómez acabó su operación pasando por la abierta boca del niño una de las vueltas de la reata, con lo que acabó de quedar Gabriel privado de todo movimiento.

En seguida, Gómez que había atado su caballo á un árbol, tomó el caballo de Gabriel y desapareció.

Gabriel entretanto jadeante y maltratado

por las fuertes ligaduras que lo oprimían, procuraba en vano romperlas empleando toda la fuerza de que era susceptible; pero aquellas ligaduras parecían cadenas inquebrantables, y ya la sangre había afluido á las extremidades de tal manera, que iba embargando la acción de las manos y de los piés, en medio del dolor de la estrangulación.

Forzado á morder la reata que le servía de mordaza, Gabriel tenía necesidad de permanecer con la boca abierta y esto le había producido tal resequedad en la garganta, que sentía asfixiarse.

A los dolores causados por la presión de las ligaduras, agregaba el niño los que le producían sus desesperados esfuerzos por desatarse, y esta lucha tenaz é impotente se renovaba por intervalos, aunque cada vez con menos éxito y con menos vigor.

Gómez, después de haber ocultado el caballo de Gabriel en el fondo de una pequeña barranca cubierta por la vegetación, subió al lugar donde estaba el jóven y volvió

á tocar una á una todas las ligaduras, para cerciorarse de que su víctima nada había logrado á su favor á pesar de sus esfuerzos.

Gabriel había caído ya en la postración de la impotencia, y agotadas ya sus fuerzas sufría pasivamente sus dolores.

De su pecho se escapaba la respiración como un quejido estertoroso, acompasado y lento.

Gómez se retiró á cierta distancia, guarecido siempre por los peñascos que servían de techo, y se recostó para descansar á su vez de sus fatigas.

La lluvia se desprendía por intervalos, produciendo un rumor sordo y prolongado al caer sobre las malezas y sobre los barrancos, y luego este rumor se iba perdiendo poco á poco dando asiento al solemne silencio de la noche, que se enseñoreaba en las tinieblas.

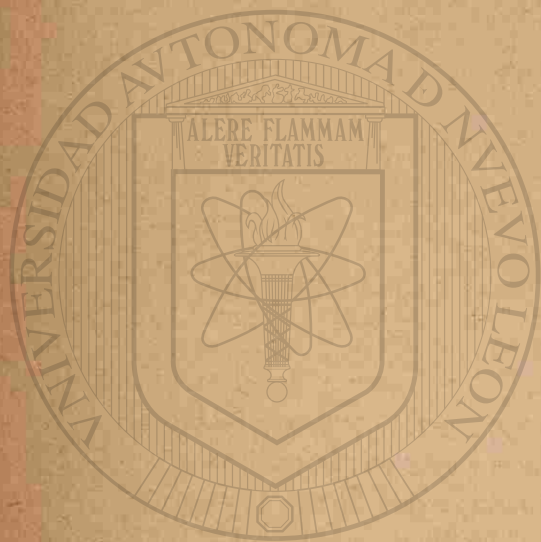
Pero aquel silencio era horrible, al grado de infundir pavor á Gómez, porque cuando la lluvia cesaba, podía oírse distintamente la fatigosa respiración de Gabriel, como se

oye á la cabecera de un moribundo, y el agua entonces no prestaba más ruidos que los que producían una que otra gota desprendida de lo alto de las rocas y produciendo una especie de gemido al caer sobre los charcos.

Algunas veces y cuando el silencio era más profundo, se percibía el rumor de esos mil pequeños hilos de agua, que corren de un depósito accidental á otro más bajo y de éste á otro sucesivamente hasta perderse.

Entonces el silencio tenía un contraste que lo hacía más profundo, porque nada hay que haga más pavoroso el silencio general, como un pequeño ruido; así como no hay nada que realce tanto las tinieblas, como una pequeña luz.

Por lo demás, nada, ni una ráfaga de viento, ni un murmurio, ni siquiera el silbido de algunos reptiles, turbaba aquella calma soporosa de la naturaleza, que yacía como un cadáver en las sombras de su ataúd.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XVIII.

LAS VÍCTIMAS Y LOS VERDUGOS.

NEGRA como la noche se levantaba en medio de las sombras la conciencia de Gómez, á quien ni el silencio ni el cansancio le permitían probar la paz del sueño.

Nada le inquietaba tanto como el silencio; nada le ponía más intranquilo que la soledad; porque una falange de visiones sangrientas, atravesaba por su imaginación, como si las almas de otro mundo vinieran á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, N.P.

visitarlo cada noche, aprovechándose del silencio.

Para que Gómez durmiera, le era preciso recurrir á la embriaguez y sólo en el sopor y el entorpecimiento que produce el alcohol; podía encontrar descanso; pero aquella noche no había podido beber y sus párpados se abrían á su pesar.

Mil imágenes venían á atormentarlo, y, cual si se avivaran sus recuerdos á cada instante, danzaban juntas en su cerebro las imágenes voluptuosas de sus amores con las de sus víctimas.

Apurada la fuerza juvenil de Gómez y agotados sus placeres, había entrado ya á la edad en que el hombre, menos preocupado con su presente, es más sensible á los recuerdos.

La soledad presenta siempre al hombre, abierto el libro de los recuerdos de ayer, y recorrer sus páginas es una operación imprescindible del espíritu.

La soledad es una confidencia y con los ayes del pasado evoca los suspiros de hoy,

acaso para que la conciencia pueda aprender en el manual que dejamos escrito algo provechoso para el sombrío mañana que no podemos descifrar.

Gómez, en su pesada vigilia, delectaba á su pesar su pasada historia, en cuyas hojas, manchadas de sangre, estaba escrito y repetido el nombre de Salomé.

A este punto propendía el recuerdo, á esa imagen convergían las memorias de todos sus hechos, y sin saber por qué, Gómez estaba dotado aquella noche de una doble lucidez que le hacía percibir las imágenes con una claridad y un brillo desusados.

A medida que el silencio era más profundo y la sombra más densa, más vivas y perfectas vagaban en la fantasía de Gómez las visiones de su historia.

Salomé, abandonada, triste, deshonrada, llorosa y suplicante, parecía llamarlo desde la barranca vecina. Otras veces se figuraba ver aparecerse en la oscuridad una reja y tras de la reja la hermosa cabeza de Salomé, y cuando Gómez quería apartar su idea

de aquel cuadro, insensiblemente se veía en el cementerio del pueblo, en presencia de Salomé temblorosa, fascinada, enloquecida, y volvía á ver aquel cementerio lleno de yerba entre la que sobresalían algunas cruces negras.

Súbitamente vino á su cerebro la idea de que podía haber tenido un hijo.

—Ella me lo dijo, pensaba Gómez; lo sentía, estaba seguro de ello... ¿Qué habrá sido de ella? ¿cómo habrá podido ocultarse á los ojos de su marido? ¡Pero quíá... estoy hecho un bestia esta noche, y es que me hace falta un trago de algo. ¡Hace tantos años, nueve ó diez lo menos, que sucedió eso!... ¡No, que diablo! si Salomé tuvo un hijo debe haberse muerto y puede ser que ella también. ¿Para qué he de pensar en eso? ¡Adios! exclamó de repente, pues el diablo del muchacho parece que se ha dormido parado... ya no resuella... mejor, porque el ruido que hacía me estaba fastidiando.

A la sazón, oyó Gómez un silbido y le

pareció reconocer la manera particular de silbar del Pájaro.

—Por ahí anda ese, pensó Gómez, y contestó al silbido.

A poco volvió á repetirse, y Gómez, ya montado, se dirigió al lugar de donde le parecía salir la seña.

Ya el resplandor de las estrellas comunicaba á la tierra cierta claridad, y podía distinguir Gómez las veredas y los malos pasos.

Siguieron por intervalos repitiéndose los silbidos por largo tiempo, hasta que por fin cesaron del todo.

Poco después empezaba á despuntar por el Oriente una tinta luminosa y pálida, y una ave oculta en la enramada envió al aire su primer gorgojo.

El día se aproximaba.

El crestón que servía de respaldo á Gabriel, veía al Oriente, de manera que el primer destello de la aurora iluminó al mártir con su luz pálida, y una ráfaga de la brisa matutina, fresca é impregnada con las primeras emanaciones de las plantas, besó la

frente febril de Gabriel que permanecía inmóvil como un cadáver.

Pero la aurora le era propicia: no parecía sino que el mismo angel color de rosa que Gabriel había contemplado cierta mañana, rasgando los velos de la noche, había descendido para abrirle los párpados.

Aquel pobre niño con su frente ensangrentada, su semblante lívido y su boca entreabierta por la presión de aquella brutal ligadura, que le sujetaba la cabeza al tronco del arbusto, presentaba un aspecto desgarrador.

Las brisas de la mañana iban á llevarle á sus fatigados pulmones un nuevo soplo de vida, acaso para que pudiera despedirse del mundo, bendiciendo al Autor de la luz, como lo bendijo aquella mañana en que, radiante de felicidad, había elevado al cielo su primera acción de gracias.

¡Pobre Gabriel! aún no había hecho mal á nadie, y ya el destino se manifestaba inexorable!

Acaso allá en el fondo de su alma se agi-

tó la idea risueña de la aurora y quiso el niño ver la luz; acaso alguna esperanza nació en medio de su profundo abatimiento, porque se notó en su cuerpo, inanimado en la apariencia, el movimiento de un esfuerzo: pero después volvió á entrar en su profunda postración tal vez para no volver jamás á ver la luz.

Don Santiago había sido ya objeto de la crueldad del Pájaro.

El Pájaro no había amarrado á D. Santiago; pero por lujo de ferocidad le había regalado algunos cintarazos.

Don Santiago no fué dueño de disimular la inmensa pesadumbre que experimentaba por la separación de su hijo, circunstancia de la que se aprovechó el Pájaro para ser exigente é inflexible con su víctima.

—No tengo nada, decía D. Santiago al Pájaro, pero cuanto poseo lo doy de buena gana, porque mi hijo pueda educarse en México; y ya que no pueda legarle mis bienes, porque ustedes..... porque ustedes los necesitan, al menos que ese niño desgraciado

pueda recibir los tesoros de la educación.

—Eso es, contestaba el Pájaro, dele todo eso al muchacho, pero á nosotros el dinero que necesitamos; porque al fin no hay justicia para que usted guarde esos *medios* cuando hay hombres que tienen compromisos que cubrir; y luego que ya ve usted las injusticias; por unos pagan todos; á nosotros nos persiguen, y todo porque el maldito juez de San Pedro se figura que somos mala gente.

—¿Pero qué es lo que usted pretende?

—Ya lo sabe.

—¿Pero de qué manera he de poner á usted en posesión de lo que tengo, cuando mis bienes consisten en propiedades que ofrecen dificultades para su venta?

—¡Adios! pues usted tendrá algunos amigos que le presten el dinero.

—No tengo amigos ricos.

—¡Adios, y cómo no!

—¿Quién podría facilitarme una suma de esa consideración?

—Pues usted sabrá.

—No, no tengo á nadie de mi parte.

—Entonces vamos á colgar al muchacho para quitarlo de penas.

—¡Qué barbaridad! ¡colgar á mi hijo! ¡no sea usted cruel! ¡ese es un atentado horrible!

—Si le parece tan feo, afloje la mosca.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó D. Santiago en el colmo de la tribulación.

—No me ande con oraciones, porque le doy otra cuerada.

Y á las tiernas exclamaciones de D. Santiago, agregó el Pájaro algunas palabras mal sonantes y brutales.

Esta escena se prolongó por largo tiempo, sin que en el fondo del asunto que se versaba se adelantase en ningún sentido.

El Pájaro estaba sentado sobre una piedra: tenía la espada desnuda en las manos y con ella se entretenía, mientras hablaba, en picar las piedrecitas que había regadas en la tierra.

D. Santiago, á muy poca distancia del Pájaro, estaba medio recostado en unas

malezas, sobre las cuales había caído á consecuencia de los malos tratamientos de su verdugo: allí había recibido los primeros cintarazos cuyo estrago estaba resintiendo el pobre viejo en muchas partes de su cuerpo.

El Pájaro pensaba que su situación se iba haciendo embarazosa, y esperaba reunirse con Gómez, con una impaciencia creciente.

Nada había podido conseguir de D. Santiago, porque sus diálogos hasta allí se habían reducido á exigencias por una parte y á negativas por la otra pero sin venir á ningún arreglo practicable.

Cerca del amanecer el Pájaro creyó percibir ruido. Puso el oído atento y se decidió á silbar.

Inmediatamente montó á caballo, pues en lance alguno había querido jamás abandonar su cabalgadura.

El bandido jinete no se considera reintegrado sinó sobre el lomo de su animal: á pié conoce toda su nulidad y su miseria, y no parece sinó que como el minotauro de la fábula, necesita llevar su busto sobre los

cuatro fuertes cascos de un caballo, sin cuya base minotauro y bandido quedan reducidos á la condición del débil sér humano que entraña en medio de la ferocidad de sus instintos la resistencia muscular de las bestias.

La costumbre de manejar el caballo, forma en el jinete uno de sus movimientos naturales y confunde las acciones del bruto con las propias, supuesto que instintivamente maneja á su voluntad así sus brazos como las patas de su caballo.

El Pájaro á pié, era nulo; pero á caballo, era una bestia inteligente capaz de todo.

Montado esperó á que Gómez silbara.

Apenas se vieron, el Pájaro dijo estas palabras:

—¡Pues usted sí que diatiro!...

—¡Adios! ¿y yo qué?

—Que la ierramos.

—¿Onde?

—Onde ha de ser, que usted con el muchacho y yo con el viejo, nos vamos á estar así toda la vida.

—¡Adios! ¿pues qué quería que hiciera?

- ¡Tan tonto!
—¡Pero no de las manos, patrón!
—¿Y creo que usted viene motivoso?
—No sé quien.
—¿Yo de qué?
—¡Hora! pues de andar contestando.
—Yo no.

El Pájaro prorrumpió en una serie de interjecciones incoherentes que á no haber contenido sílabas españolas, se hubiera podido tomar por el rujido de una fiera.

—Oiga, vale, si no nos *sacamos* de este cerro nos cojen. Celso y el otro no parecen y ó les pegaron los otros ó los cojieron.

—Pues eso es lo que digo; y lo que es los mozos ya deben haber avisado en el pueblo.

- Al cabo no hay allí gente.
—Dicen que llegaron ayer los rurales.
—¡Qué rurales! á pié! pues usté si que...
—Pero pueden pedir caballos en la hacienda.

- ¡Vaya! ¿y D. Pepe se los dá?
—Pues qué ha de hacer.

—D. Pepe ya sabe que cuando ando por aquí manda la caballada al otro llano.

—¿Y la mandó ahora?

—¡Pues no!

—Pero por si ó por nó, será bueno irnos al otro lado, al cabo allá en las peñas pardas ni quien nos sienta.

—¿Hasta allá?

—Pues.

—¿Y cómo anda el viejo si no puede *me*-nearse?

—¿Pues qué, lo lastimó?

—¿No, qué... si apenas...

—¿Pues sabe que será bueno que les demos una tortilla y los desatemos?

—Pero cada uno por su lado.

—Se entiende.

—Porque si el viejo ve á su hijo no afloja.

—¿Trae tortillas?

—Traigo unas gordas y *refino*.

—Pues vaya á darle al muchacho, dijo el Pájaro á Gómez, y al *pardear* la emprendemos. ¿Se acuerda de la barranca aquella de las piedras pardas?

—¡Pues no!

—¿No hay tres cuevas?

—Sí.

—Se va á la chica entrando por el monte y yo me voy con el viejo á la grande, por el otro lado.

—Eso es, y nosotros nos vemos en la cueva de en medio.

—Oiga, al pasar por los dos caminos, no deje de comprarse cigarros y lo que haya.

—¿Y los muchachos?

—Pues que se... que se los lleve el diablo.

Y los dos bandidos se separaron

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Preámbulo.	9
CAPÍTULO II.—En el que comienza la historia de una de las gentes que «son así». . .	15
CAPÍTULO III.—Desarrollo del órgano de la adquisividad.	29
CAPÍTULO IV.—Continúa la historia de don José María Gómez.	45
CAPÍTULO V.—Gabriel.	61
CAPÍTULO VI.—El viento de Febrero.	79
CAPÍTULO VII.—Dos compadres curiosos. . .	91
CAPÍTULO VIII.—El rapto y la creciente curiosidad de los compadres.	105
CAPÍTULO IX.—D. Máximo no abandona el proyecto de averiguar lo que pasa.	121
CAPÍTULO X.—El descubrimiento de los dos compadres.	133
CAPÍTULO XI.—En el cual conocerá el lector los poderosos motivos que tuvo Gómez para no concurrir á la cita de Salomé.	143
CAPÍTULO XII.—Apuntes para la hoja de servicios de Gómez.	157
CAPÍTULO XIII.—El padre y el hijo.	167
CAPÍTULO XIV.—De como las noticias de Celso acerca de la casa de Carlos, eran fidedignas.	183

—¡Pues no!

—¿No hay tres cuevas?

—Sí.

—Se va á la chica entrando por el monte y yo me voy con el viejo á la grande, por el otro lado.

—Eso es, y nosotros nos vemos en la cueva de en medio.

—Oiga, al pasar por los dos caminos, no deje de comprarse cigarros y lo que haya.

—¿Y los muchachos?

—Pues que se... que se los lleve el diablo.

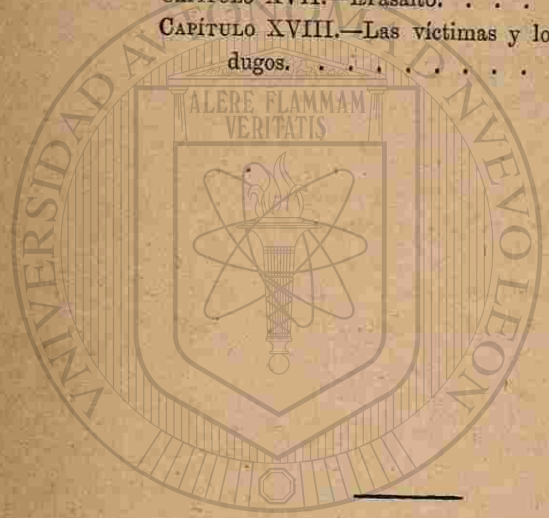
Y los dos bandidos se separaron

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Preámbulo.	9
CAPÍTULO II.—En el que comienza la historia de una de las gentes que «son así». . .	15
CAPÍTULO III.—Desarrollo del órgano de la adquisividad.	29
CAPÍTULO IV.—Continúa la historia de don José María Gómez.	45
CAPÍTULO V.—Gabriel.	61
CAPÍTULO VI.—El viento de Febrero.	79
CAPÍTULO VII.—Dos compadres curiosos. . .	91
CAPÍTULO VIII.—El rapto y la creciente curiosidad de los compadres.	105
CAPÍTULO IX.—D. Máximo no abandona el proyecto de averiguar lo que pasa.	121
CAPÍTULO X.—El descubrimiento de los dos compadres.	133
CAPÍTULO XI.—En el cual conocerá el lector los poderosos motivos que tuvo Gómez para no concurrir á la cita de Salomé.	143
CAPÍTULO XII.—Apuntes para la hoja de servicios de Gómez.	157
CAPÍTULO XIII.—El padre y el hijo.	167
CAPÍTULO XIV.—De como las noticias de Celso acerca de la casa de Carlos, eran fidedignas.	183

CAPÍTULO XV.—De como la aparición de un
 gato negro trae un aviso de parte del
 demonio. 203
 CAPÍTULO XVI.—Una partida de caza urbana. 219
 CAPÍTULO XVII.—El asalto. 231
 CAPÍTULO XVIII.—Las víctimas y los ver-
 dugos. 247



INDICE DE LAS LÁMINAS.

	<u>Páginas.</u>
El mozo del cura, al cromo, (portada). . .	
Gabriel levantó la cabeza, se restregó los ojos y se puso en pié.	72
Los ginetes misteriosos.	115
Este varillero se llamaba Angulo.	187

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA IMPRINTADA
 ALFONSO REYES®
 Desde 1825

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

- TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
- TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.^a parte).
- TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.^a parte).
- TOMO IV.—*Los Mariditos*.
- TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*,
(1.^a parte).
- TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*,
(2.^a parte).
- TOMO VII.—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
- TOMO VIII.—*Mis Poetas*.
- TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos
trascendentales*.
- TOMO X.—*Id., id., id.* (2.^a parte.)
- TOMO XI.—*Isolina*, (1.^a parte.)
- TOMO XII.—*Isolina*, (2.^a parte.)
- TOMO XIII.—*Las Jamonas*, (1.^a parte.)
- TOMO XIV.—*Las Jamonas*, (2.^a parte.)
- TOMO XV.—*Poesías*.
- TOMO XVI.—*Las Gentes que son así* (1.^a
parte.)
- TOMO XVII.—*Las Gentes que son así* (2.^a
parte.)—En prensa.

LIBRERIA
BIBLIOTECA

UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE INVESTIGACIONES Y BIBLIOTECA

LIBRERIA
BIBLIOTECA